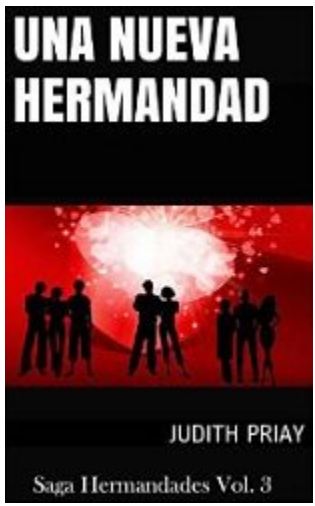
UNA NUEVA HERMANDAD

JUDITH PRIAY

Saga Hermandades Vol. 3


UNA NUEVA
HERMANDAD
JUDITH PRIAY
Saga Hermandades Vol. 3

La dama de la medianoche estaba agotada, pero feliz. Se sabía perseguida por el que más amaba, también por el hijo del que le había fallado. Ahora que estaban lejos de sus amigos eran presa fácil para ella, cuando estuviera preparada.

Además, el Círculo de las sombras estaba a años luz de encontrarla, perdidos como estaban en su propio ego que les hacía creerse invencibles. Pero pronto Lucius sabría que había perdido a su hijo, que se había convertido en lo que él más temía; un cambiante salvaje y descontrolado. Y William, que tanto la había decepcionado, sabría que su hijo también estaba en peligro, se preocuparía por él y tendría miedo de perder lo único que le quedaba.

El sufrimiento de ambos la alimentaba, la mantenía viva, le hacía permanecer en aquel estado en el que solo la venganza era posible. Sonrió, estaba débil, pero pronto volvería a ser la enemiga mortal de siempre.

Romance, amistad, aventuras y magia se unen en el tercer volumen de la saga, en el que la lucha contra la oscuridad enfrentará a los brujos de la Hermandad y a sus amigos cambiantes a nuevos reveses que pueden costarles la vida, pero también les mostrará el valor de la verdadera amistad y del amor.

Judith Priay

Una nueva Hermandad

Saga Hermandades - 3

Título original: *Una nueva Hermandad*

Judith Priay, 2012

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A todas aquellas personas con quienes comparto un mundo gracias al cual soy una mejor versión de mí misma.

Preámbulo

La dama de la medianoche estaba agotada, pero feliz. Se sabía perseguida por el que más amaba, también por el hijo del que le había fallado. Ahora que estaban lejos de sus amigos eran presa fácil para ella, cuando estuviera preparada.

Además, el Círculo de las sombras estaba a años luz de encontrarla, perdidos como estaban en su propio ego que les hacía creerse invencibles. Pero pronto Lucius sabría que había perdido a su hijo, que se había convertido en lo que él más temía; un cambiante salvaje y descontrolado. Y William, que tanto la había decepcionado, sabría que su hijo también estaba en peligro, se preocuparía por él y tendría miedo de perder lo único que le quedaba.

El sufrimiento de ambos la alimentaba, la mantenía viva, le hacía permanecer en aquel estado en el que solo la venganza era posible. Sonrió, estaba débil, pero pronto volvería a ser la enemiga mortal de siempre.

1. Sueños de huida

Tumbado en la cama, Carl miraba con preocupación a su primo. Habían pasado varias horas cambiados, siguiendo el rastro de la bruja. Finalmente, se habían colado en una casa deshabitada que debía de ser residencia de verano, para poder asearse y descansar. Carl había encontrado latas de conservas en la despensa y había tenido que obligar a Huck a que comiera algo, ya que este estaba profundamente afectado por todo lo que había sucedido con Debby.

Volvió a mirarlo. Huck tenía el sueño inquieto, pero parecía muy sumergido en él, agotado como estaba después del cambio realizado. Al verlo con ese aspecto enfermizo, Carl tuvo que controlar sus instintos de llamar a Andrew, ya que Huck le había prohibido terminantemente ponerse en contacto con él o, si lo hacía, garantizar que este no le dijera nada a ninguno de los miembros de la Hermandad de la Luz. Pero, en realidad, no era a Andrew a quien quería llamar, sino a Joshua, que siempre sabía qué hacer, que veía las situaciones con calma, que hubiera encontrado la manera de convencer a Huck de la locura de su huida. Joshua… Había sido tan fácil amarle desde la primera vez que le vio como imposible era no hacerlo ahora, olvidarle. Podía haberse alejado de él físicamente, podía no atreverse apenas ni a mirarle cuando se cruzaban en el campus, pero sabía que su corazón le pertenecía completamente. Suspiró. Si al menos Joshua hubiera dejado de amarle, si pudiera aferrarse a que él ya no sentía lo mismo… Pero no era así. En las miradas que se habían intercambiado el día anterior había leído en sus ojos los mismos sentimientos que veía cada día en el espejo cuando se miraba a sí mismo: amor, frustración, dolor por la separación…

Bloqueó rápidamente esos pensamientos de su cabeza, como tantas veces

había hecho antes para sobrevivir; y volvió a concentrarse en su primo, que seguía yaciendo en aquella especie de sueño perturbador. Huck… Había sido como un hermano para él, hasta que sus padres decidieron que, por el bien común, era mejor que estuvieran separados, como brujos y cambiantes debían estarlo. Ambos habían aceptado la decisión de sus progenitores, cambiando sus conversaciones interminables por frases secas plagadas de ironía, haciendo lo que se suponía que tenían que hacer, sufriendo por ello cada día.

Huck pareció intuir lo que Carl estaba pensando, porque entreabrió los ojos diciendo:

—¿Qué hora es?

—Hora de que sigas durmiendo —le respondió Carl.

—Tenemos que seguir buscando —replicó él haciendo ademán de levantarse.

—Huck, estas son las normas. Si no quieres que volvamos a tu Hermandad hoy mismo antes de encontrar a esa bruja, vas a tener que obedecerme.

—¿Desde cuándo das las órdenes tú? —protestó Huck.

—Desde que tú estás agotado y no atiendes a razones. De hecho, ni siquiera debería haberte dejado convertirte, pero ya que lo has hecho, al menos tengo que controlarte.

Huck le miró, intentando encontrar algún comentario irónico con el que replicarle, pero estaba demasiado cansado para ello, así que se limitó a cerrar los ojos y volvió a dormirse, sabiendo que en sus sueños volvería a colarse la pesadilla de Debby muriendo.

2. Sueños de preocupación

William observó a Lucius contraer el gesto ante sus palabras, adivinando que aquello era el comienzo de una larga y pesada discusión. Suspiró pacientemente, al fin y al cabo aquella vez había acudido por iniciativa propia al castillo del Círculo de las sombras. Aunque tal y como estaba reaccionando su cuñado, comenzaba a arrepentirse de ello.

—¿Qué dices que Huck se ha convertido en un cambiante? Mi hijo definitivamente está peor de la cabeza de lo que pensaba —gritó al oír su explicación.

—Lucius, deja de preocuparte tanto, Carl está con él.

—Y eso me deja mucho más tranquilo… Fue idea de él…

—No, Carl le dijo a Huck que iba a buscar a la bruja. Y tiene razón, los cambiantes podemos detectar mejor su rastro, si ha hecho un conjuro para evitar que lo hagan los brujos. Pero fue Huck quien insistió en ir con él, y estoy seguro de que Carl lo aprueba tan poco como nosotros —recalcó William.

—¿Y por qué no me llamó para pedir mi opinión?

William esbozó una mueca irónica y le recordó:

—La última vez que hablaste con él le dijiste que su novia estaba muerta, que no ibas a hacer nada para intentar averiguar si eso era cierto, y de paso le dijiste que era culpa suya. ¿De verdad crees que te iba a llamar para pedir tu opinión?

Lucius sintió como una herida se reabría en su interior. Aunque una parte de él creía que la única manera de evitar que Huck se fuera al lado oscuro era con disciplina y dureza, la otra parte de él, la que Náyade había intuido, no podía dejar de pensar en la mirada perdida de su hijo la última vez que le vio.

William advirtió la brecha que se abría en su cuñado e insistió:

—Lucius, cada vez que hablas con él discutís, le humillas y él reacciona como un animal herido. Por eso se ha ido sin avisarte, por eso jamás confía en ti para nada.

Su cuñado le miró furioso y rebatió:

—¿O sea que la culpa es mía que él sea incapaz de perdonarme?

—Tú tampoco te perdonas a ti mismo. Además, tienes demasiado miedo a que Huck sea como Lorraine, le juzgas como a ella sin que haya hecho nada, y eso te aleja cada día más de él.

Lucius se dejó caer sobre la silla mientras decía:

—Son iguales: inestables y emocionales. Y ambas cosas combinadas con poder son un peligro para ellos mismos y para el resto de personas.

William le miró tristemente y le recordó:

—Pero Huck también tiene una capacidad increíble de amar a los demás, de preocuparse por todo el mundo. Carl me ha contado que es el defensor de los débiles en el campus, como evita que cualquier matón pueda atacar a nadie. Y, de algún modo, sé que también te quiere a ti, pero estáis tan acostumbrados a hablaros como si fuerais enemigos mortales que lo ha olvidado.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto hoy? —susurró Lucius, visiblemente tocado por sus palabras.

—Porque yo también estoy preocupado por el hecho de que Huck se haya convertido en un cambiante; pero aún más porque cada vez que se pelea contigo se acerca más a la oscuridad. Es comprendiéndole que le mantendrás sereno, no provocándole.

Lucius bajó los ojos y William continuó diciendo aquello que le había costado tanto callar:

—Huck no se ha ido en busca de esa bruja, arriesgando su vida, porque está descontrolado, sino para proteger a su novia.

—Novia que no debería tener —masculló Lucius.

—No puedes elegir la mujer de la que él se enamora, solo confiar en que ella sea la adecuada. Y, antes de que lo digas, la culpa de que Huck se haya marchado no es de ella, sino tuya.

—¿Mía? —le preguntó Lucius furioso.

—Le dijiste que era por su causa que la bruja hubiera intentando matar a su novia. ¿Qué esperabas que hiciera? Está enamorado de ella, ¿no lo hubieras hecho tú por Lorraine?

Lucius bajó la guardia definitivamente y, con la voz rota, admitió:

—Hubiera ido al fin del mundo si con eso hubiera conseguido salvarla.

—Entonces, ya tienes la respuesta —resolvió William mientras, en un gesto que no había hecho durante años, apoyaba la mano sobre la espalda de su cuñado.

Al sentir el contacto con su antiguo amigo, Lucius sintió un escalofrío. Hacía años que nadie, ni siquiera su hijo, se acercaba a él de un modo cariñoso. Creía que lo había superado, que no lo necesitaba pero, tan preocupado como estaba por Huck, por un momento, dejó sacar a su antiguo yo y apoyó la mano sobre la de su cuñado, sintiendo toda la amistad que él le brindaba. Estuvieron así largo rato, hasta que William se separó diciendo:

—Sé que no puedes rastrear a Huck ni a Carl en forma animal, así que te avisaré en cuanto sepa algo. Y llámame si algún día necesitas algo, aunque sea hablar. Se nos daba bien.

—Gracias —respondió Lucius en un tono muy diferente al que solía utilizar.

William salió lentamente de la habitación, mirando a su cuñado que, concentrado en sus recuerdos, veía el crepitar del fuego dejándose llevar por la nostalgia. Cuando cerró la puerta tras de sí, William sonrió esperanzado y pensó que, quizás, solo quizás, aún existía una oportunidad de poder recuperar a su amigo, al que hacía demasiados años que había perdido.

3. Sueños de búsqueda

El ruido de la puerta hizo abrir los ojos a Debby. Observó que Lucy entraba con una dulce sonrisa mientras la saludaba diciendo:

—Espero que hayas podido descansar. Te traigo el desayuno.

Su amiga la miró aún adormecida y comentó:

—Muchas gracias, pero no era necesario, podría haber bajado yo a la cocina y prepararlo.

—Sí que lo es. Joshua ha sido claro, tienes que descansar todo el día en la cama.

Debby esbozó una sonrisa y le preguntó:

—Lucy, ¿cuándo me he quedado en la cama todo el día? Ya sabes que me pongo nerviosa…

—Pues ahora debes hacerlo. Tienes que recuperarte —insistió Lucy en tono autoritario.

—¿Dónde está mi comprensiva amiga que me permitía levantarme cuando tenía gripe? —protestó Debby con una sonrisa burlona.

—Es que ahora soy tu enfermera, o tu médico, o lo que sea, y tengo que asegurarme que te recuperes —recordó su amiga.

—Eres su sanadora —puntualizó Joshua con una sonrisa amable desde la puerta, en la que también estaba Jimmy—. Y sí, Lucy tiene razón, no puedes moverte de la cama.

Debby hizo un mohín de protesta y él se conmovió aceptando:

—Puedes bajar después para la reunión que haremos organizativa, pero nada más.

—Y estarás en el sofá sentada con tu manta y sin protestar —añadió Lucy.

—Y yo que pensaba que en el internado la enfermera nos controlaba —refunfuñó Debby con otro mohín.

—Un consejo, no trates de llevar la contraria a un brujo sanador, siempre ganan —comentó Jimmy burlonamente—. ¿Cómo te encuentras? Estás pálida…

—Me encuentro bien —comenzó a decir, pero al ver la mirada reprobadora de sus amigos admitió—. Reconozco que estoy agotada, pero en cuanto descanse se me pasará. Aunque estoy muy preocupada. ¿Sabéis algo de Huck?

Jimmy negó con la cabeza y contestó:

—He hablado con Andrew, de la Hermandad de las Águilas. Él se encargará de avisarnos si tiene noticias de Carl. Eleanor está desde primera hora de la mañana encerrada con Luke, quiero decir, Amanda, intentando buscar algo en los libros para atraer a cambiantes. Supongo que en la reunión nos lo explicarán.

—¿A qué hora es?

—Benjamin ha propuesto a las doce —contestó Jimmy.

—Entonces, allí estaré —afirmó Debby en un tono que no admitía réplica.

—Está bien, pero ahora tienes que tomar tu desayuno —insistió Lucy.

—Sí, mamá.

—Es: «Sí sanadora» —replicó Lucy riendo.

—Yo en tu lugar le haría caso —sugirió Jimmy.

Ella se limitó a tomar la taza de té que él ofrecía y confirmó:

—Nos vemos en la reunión.

—Perfecto. ¿Vienes, Joshua?

—Sí, dejaré que Debby desayune tranquila y descanse. Después de la reunión te reconoceré, ¿de acuerdo?

Debby asintió con la cabeza y Lucy aseguró:

—Yo me quedo con ella y me aseguro de que haga ambas cosas.

Su amiga hizo una mueca de resignación y comenzó a comer, aunque su preocupación por el paradero de Huck hacía que apenas tuviera hambre. Lucy la miró, leyendo sus pensamientos, y la tomó de la mano transmitiéndole su fuerza. Debby la miró a su vez, sabiendo que no estaba sola, pero también que el agujero que sentía en su corazón se iría haciendo más grande a medida que pasaran las horas sin saber nada de Huck. Y eso terminó, definitivamente, de quitarle el hambre.

Media hora más tarde, cuando Debby bajó a la sala común, ya estaban todos reunidos. Amanda y Eleanor estaban sentadas en la banqueta del piano, Benjamin y Zack sentados en el suelo como les solía gustar; y los demás habían ocupado las sillas restantes. Le habían dejado el sofá, con la manta preparada y Debby no pudo evitar comentar:

—Me siento como una anciana.

—En realidad hemos decidido que vas a ser «la pequeña bruja».

Debby esbozó una sonrisa, Eleanor tenía la capacidad de hacerle reír en cualquier circunstancia. Con voz irónica le preguntó:

—¿La «pequeña bruja»?

—Tranquila, yo soy la «pequeña Jedi» —le explicó Lucy entre risas.

—Lo que de paso me ha convertido a mí en el maestro «Yoda» —añadió Joshua.

Todos rieron y Chris preguntó:

—Solo por curiosidad… ¿Cuál es el sobre nombre de Amanda?

Eleanor le sonrió pícaramente y reveló:

—Ella es mi brujita sexi.

Amanda se sonrojó ante el comentario y Chris comentó:

—No puedo estar más de acuerdo, aunque sigo sintiéndome extraño diciendo eso.

La aludida le lanzó un cojín y Eleanor, poniéndose seria, propuso:

—Bien, será mejor que comencemos la reunión.

—¿Sabes algo de Huck? —se apresuró a preguntar Debby.

—Ese es nuestro primer tema…

Mientras lo decía, intercambió una mirada con Amanda, que la instó a decir la verdad.

—Lamento tener que decir que va a llevarnos un tiempo. Amanda y yo hemos comenzado a mirar los libros de la biblioteca. Atraer a cambiantes es peligroso y complicado, nuestra única opción es intentar averiguar cuando están en forma humana y entonces traerlos con un conjuro o bien localizarlos para ir a buscarles. Debby, sé lo desesperada que estás, pero no podemos cometer errores sin poner en peligro no solo a Huck sino también a Carl, así que tendremos que tener paciencia.

La aludida bajó los ojos, intentando evitar que las lágrimas que pugnaban por salir lo consiguieran. Con voz triste indicó:

—Tendré paciencia, pero no esperaré de brazos cruzados. Quiero que me enseñes a usar mis poderes para poder ayudaros a traerlos de vuelta.

Lucy intercambió una mirada con Joshua, y este comentó:

—Estoy de acuerdo, pero no podrá ser antes de una semana, mínimo.

—¿Una semana?

—Debby, cuando los poderes se activan, todos pasamos por unos días de agotamiento, nuestro cuerpo se está acostumbrando a un nuevo caudal de energía. Tú además estuviste a punto de morir a causa de un arma de magia oscura, necesitas tiempo para sanarte. Extenuada no le servirás de nada a Huck y pondrás en peligro tu salud.

Ella torció el gesto y Eleanor le dijo:

—Joshua tiene razón, pero te prometo que en cuanto estés recuperada, y dado que yo activé tus poderes, me encargaré personalmente de tu adiestramiento. ¿Estás de acuerdo?

Debby asintió y Joshua añadió:

—Por mi parte, comenzaré con la formación de Lucy. Ninguno de los dos somos de mucha utilidad para localizar a Carl y a Huck, pero podemos ser necesarios a su vuelta, para ayudarles a volver a la normalidad.

Debby arqueó una ceja al oír esto y Joshua se explicó:

—No es necesario que os asustéis antes de tiempo. Simplemente, hay que estar prevenidos.

—Bien, entonces Joshua y Lucy practicarán sanación; y Eleanor se encargará de enseñar a Debby para que pueda participar en los conjuros. El lazo que la une con Huck y sus poderes nos serán de mucha utilidad cuando estén en pleno funcionamiento —resumió Chris.

—Yo me ocuparé de seguir buscando datos en la biblioteca sobre conjuros para cambiantes —se ofreció Amanda—. Se me dan bien las búsquedas.

—Yo te ayudaré —propuso Benjamin—. De hecho, he pensado que podríamos digitalizar la biblioteca y crear una base de datos que nos facilite el trabajo. ¿Qué te parece?

Amanda le miró aprobadoramente y contestó:

—Eso estaría genial. La biblioteca es muy extensa y cuando únicamente utilizamos los libros para estudiar nos es útil en papel; pero para las urgencias nos sería muy práctico disponer de un buen motor de búsqueda.

—Entonces, yo os ayudaré. Digitalizar todo eso puede ser un trabajo de chinos —se ofreció Zack.

—¿Y qué hacemos Chris y yo? —preguntó Jimmy.

Benjamín les miró moviendo las gafas pensativamente y luego propuso:

—Vosotros deberías intensificar vuestro aprendizaje. Después de Eleanor, Chris es el brujo de más poder de la Hermandad, y tú aún tienes que aprender bastante. Os necesitamos al máximo nivel, no solo para traer de vuelta a nuestros amigos, sino también por si esa maldita bruja vuelve a aparecer por el campus.

—Me parece una gran idea —aceptó Jimmy, encantado con la propuesta. Chris podía parecer un bromista al que no le importaba nada, pero era un gran brujo que desde el principio se había encargado de su formación; y estaba seguro de que aún podía aprender mucho de él.

—Ahora que hemos organizado la parte mágica ¿nos ponemos con la logística? Ya sabéis, organización de dormitorios, comidas, limpieza… —propuso Zack.

—Perfecto, comencemos por los dormitorios —sugirió Chris—. Dado que supongo que Jimmy prefiere a Lucy antes que mi maravillosa compañía nocturna, estoy sin habitación. Algo que me dice que a Amanda se le han pasado sus problemas de sueño y compartirá habitación con Eleanor, ¿me equivoco?

La aludida volvió a sonrojarse y se disculpó:

—Lamento esa mentira. Pero, aparte de que no me apetecía ver a ninguno de vosotros desnudaros delante de mí cada noche; el conjuro cesaba cuando dormía, así que me hubierais descubierto.

—¿Quieres decir que has sido una chica todas las noches? —preguntó Chris con sorna—. ¿Y yo me lo he perdido?

—Tranquilo, el salto de cama se lo dejo a Eleanor —indicó Amanda entre risas.

Joshua también rio, pero más seriamente comentó:

—Nos quedan dos habitaciones libres. Así que, Chris, puedes dormir conmigo o coger una de las que están libres.

—¿Sigues despertándote de madrugada a meditar?

—Por supuesto.

—En ese caso seguirás durmiendo solo. O con Carl, el día que os reconciliéis. Ya que dejamos entrar novias brujas no veo porque en un futuro no podemos aceptar novios cambiantes —bromeó Chris.

Joshua fulminó a su amigo con la mirada por el comentario; pero ignorándolo se limitó a decir:

—Bien, puedes ocupar una de esas habitaciones y compartirla con el próximo brujo que entre en la Hermandad. Sigue quedando una habitación libre. Debby, ¿quieres ocuparla tú? —propuso Jimmy.

—Si nos os importa, prefiero quedarme en la de Huck. ¿Crees que a él le molestaría?

—En absoluto —se apresuró a contestar Eleanor, sabiendo que Debby necesitaba desesperadamente estar cerca de las cosas de Huck, como única forma de soportar su ausencia y el miedo a lo que le podría estar ocurriendo.

—Estoy de acuerdo —confirmó Joshua—. ¿Algún cambio más?

—He pensado que Benjamin debería ocupar la habitación libre —propuso Zack.

—Estoy de acuerdo. —Se sumó Chris—. Es lo mínimo después de que nos haya salvado de la presión económica del Círculo de las sombras.

Todos hicieron afirmaciones por el estilo, pero Benjamin les miró tristemente y preguntó:

—Zack, ¿ya no quieres que seamos compañeros? Pensaba que nos lo pasábamos bien juntos…

El aludido se sintió apenado por la mirada de su amigo, y, comprendiendo que había cometido una equivocación, balbuceó:

—Claro que lo hacemos, es solo que pensé que ahora que tú pones el dinero…

Benjamin se levantó, mientras movía las gafas nerviosamente. Dirigiéndose a todos comentó:

—Por si no quedó claro anoche, no quiero volver a oír hablar de mi dinero. Chicos, lo único que ha cambiado es que ahora hay una cuenta bancaria que paga nuestros gastos, de forma que somos independientes. Sé que os cuesta entenderlo, pero me desagrada mucho que me lo recordéis.

—No era nuestra intención —se explicó Chris—. Solo te estamos agradecidos.

Benjamin le miró con desidia y recalcó:

—Quiero vuestra amistad, no vuestro agradecimiento; tampoco que me tratéis diferente. Si quisiera dormir solo me compraría una casa en medio del campus; o una mansión en cualquier ciudad del mundo, pero vivo en una Hermandad porque por primera vez tengo familia; así que entended que me moleste que pretendáis quitarme eso.

Espontáneamente, Amanda se levantó y le dio un cálido beso en la mejilla mientras le decía:

—Lo sentimos, Benjamin, no volverá a suceder.

—Yo también lo siento —añadió Zack—. Además, estoy pensando que si te vas de mi habitación, no sé con quién jugaré a la Play hasta quedarme dormido por las noches.

Benjamin sonrió con el comentario y comentó:

—Eso está mejor. Y ahora que estamos con el tema de las habitaciones, propongo que pasemos a un asunto para el que si necesitaremos si no mi dinero mi habilidad informática.

Amanda sonrió al oírlo y explicó:

—Benjamin hablará con el rector, organizará un traslado del Luke imaginario y mi incorporación como Amanda; presuntamente seré una prima suya americana. De este modo me mantengo también fuera del alcance del Círculo de las sombras.

—Pero no tienes acento americano… —puntualizó Jimmy, siempre metódico.

—Tranquilo, al rector solo le preocupa que pague la matrícula y el resto de estudiantes no se juntan con nosotros, así que no habrá problemas —aclaró Benjamín—. Lo que me recuerda que también me encargaré de que os den de baja a las tres en la residencia y paséis a formar parte oficialmente de la Hermandad de la Luz.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan eficiente? —se rio Chris.

—Ya lo era. ¿Quién os creéis que ha organizado todos los años vuestras matrículas y quién llevaba la organización de la casa? —confesó Joshua.

El aludido le miró haciendo ademán de protestar, pero su amigo insistió:

—Benjamin nunca ha querido que se supiera que él era quien hacía todo, pero Huck y yo no hubiésemos sabido que hacer sin él, esa es la verdad.

—¿Y por qué nunca has dicho nada? —le preguntó Jimmy.

Benjamin volvió a jugar con las gafas y protestó:

—Chicos… ¿Qué parte de «me encanta pasar desapercibido» no habéis entendido? Si me gustara ser el centro de atención, llamaría a los periodistas y saldría con famosas modelos.

—¿Famosas modelos? ¿Me dejas que me haga pasar por ti? —bromeó Chris.

—No es divertido cuando los que te rodean solo te quieren por tu dinero, créeme.

Lucy le miró comprensivamente y le dijo:

—Está bien, te damos las gracias por todo una última vez y te dejamos tranquilo.

—Pero ¿seguirás organizando tú todo eso? —rogó Chris.

—Por supuesto, ni loco lo dejo en tus manos —se burló Benjamin, más relajado.

Todos rieron, y Amanda comentó:

—Chicas, el tema de la limpieza lo teníamos bastante bien organizado. Cada uno se ocupa de su habitación, y cada día dos de nosotros se ocupan de la limpieza de la casa, normalmente establecemos los turnos por habitaciones.

—Me parece un buen sistema —aceptó Lucy—. Aunque debo confesar que tendréis que enseñarnos a hacer de todo a Debby y a mí, no somos lo que se dice unas expertas…

Jimmy rio y se ofreció:

—Dado que yo seré tu compañero de habitación, yo te ayudaré. Pero Debby, cuando vuelva Huck, lo tienes poco claro, es peor que vosotras dos juntas y casi tan malo como Chris.

—Gracias amigo. Bien, dado que mis habilidades son parecidas a las de Huck, hasta que él vuelva seré tu compañero en la brigada de limpieza, Debby. Ah, y por supuesto tú no haces nada hasta que Joshua te del alta.

—Ya que habláis de mí, supongo que no os importará que me siga ocupando del huerto y las comidas principales, me da pánico lo que podéis hacer si os cedo cualquiera de las dos cosas —expuso Joshua.

—Yo te ayudaré —propuso Lucy—. Al fin y al cabo, tendré que aprender a preparar todas esas infusiones tan increíbles.

—¿Vas a aprender a limpiar y a cocinar a la vez? —le preguntó Jimmy asombrada.

—Sí, y si no quieres dormir con Chris de nuevo, yo en tu lugar no haría ningún comentario burlón acerca de que casi quemé la cocina de tus padres la única vez que tu madre me dejó ayudarla con un pastel.

Jimmy rio a carcajada limpia, pero evitó seguir haciendo comentarios a su novia. Eleanor recordó, intentando restarle importancia:

—Queda un tema pendiente, deberíamos ir a buscar nuestras pertenencias a la residencia…

Debby la miró horrorizada, y sintió enseguida la mano de Lucy sobre la suya mientras la tranquilizaba:

—Tú no tienes por qué ir. Jimmy puede acompañarme a mí, y nosotros traeremos tus cosas.

—Y yo recogeré las de Eleanor, no quiero que ella vaya —se ofreció Amanda.

—Chris y yo también podemos ayudarte con el traslado, si quieres esta tarde. Benjamin estará ocupado con tu cambio de identidad, pero nosotros estamos libres —propuso Zack.

—No es necesario, yo puedo ir… —comentó Eleanor.

—Leny, no creo que sea buena idea…

La mirada comprensiva de Amanda se clavó en la suya. Lo cierto es que, por muy fuerte que quisiera parecer, sobre todo ante Debby, le resultaba horrible el recuerdo de lo que allí había sucedido. Por eso concedió:

—Está bien. Os lo agradezco.

—Yo también. No sería capaz de volver a pisar esas habitaciones, al menos no por ahora —reconoció Debby—. Además, hoy se habrá sabido lo de Allison…

—¿Cómo creeréis que lo habrán explicado? —preguntó Jimmy, convencido de que el Círculo de las sombras no dejaría que hubiera la más mínima sospecha de algo mágico relacionado con el incidente.

—Han dicho que tuvo un accidente de tráfico —les explicó Joshua—. Me informé esta mañana. Os lo iba a decir, pero no sabía cómo sacar el tema.

Todos permanecieron en silencio unos segundos. Puede que a nadie le cayera bien Allison, pero desde luego todos lamentaban que aquella bruja la hubiese dominado hasta matarla.

Joshua se dio cuenta de que había llegado el momento de reflexionar sobre lo sucedido, y fue el primero en hablar:

—Ya hemos agotado bastante a Debby por hoy. Si te parece, te acompaño con Lucy a tu habitación y te reconocemos. Luego bajaremos a preparar la comida.

—He pensado en llamar a que nos traigan la comida hecha hoy, si os parece bien —comentó Benjamin—. Todos tenemos demasiado trabajo para pensar en cocinar.

—Me parece muy bien —convino Joshua con una sonrisa.

Benjamin siempre había sido de gran ayuda, pero ahora veía también su gran generosidad. Sin embargo, sabía que lo último que quería eran más muestras de agradecimiento. Lo único que parecía importarle era tener una familia, y eso si podían dárselo. Así que le palmeó la espalda y se dirigió con Lucy y Debby a la habitación de esta, mientras los demás se iban dispersando poco a poco. Mientras lo hacía, se acordó de Huck y le dijo mentalmente: «Te va a gustar la nueva Hermandad, amigo, te va a gustar de verdad».

Y el mero hecho de hablar con él hizo que una parte de su corazón se sintiera algo más aliviado. Aunque jamás lo confesaría ante Debby, para no empeorar su estado, él también lo echaba mucho de menos. Estaba acostumbrado a que doliera la lejanía de Carl, pero Huck siempre había estado a su lado desde hacía años, desde que se conocieran en un campo de verano para brujos. Él le conocía mejor que nadie, sus miedos, su historia, y por eso él más que nadie sabía también el peligro al que Huck se estaba enfrentando convirtiéndose en un cambiante. Pero también conocía a Carl y sabía que, por mucho que sus padres les hubieran obligado a hacer vidas separadas, ambos primos se añoraban profundamente en secreto; y nunca dejarían que nada malo le sucediera al otro. Y eso también le alivió lo suficiente como para poder

concentrarse en la sanación de Debby.

4. Sueños de amistad

Eran las diez de la noche, pero todos se habían retirado a las habitaciones pronto, ya que la tarde había sido bastante agotadora, al dedicarse a realizar el traslado de las pertenencias de Lucy, Debby y Eleanor a la Hermandad de la Luz.

Tumbados en el suelo de la habitación, con la espalda apoyada en la cama, Zack y Benjamin jugaban a la Play como solían hacer antes de acostarse. Sin embargo, cuando el avatar de Zack ya había muerto diez veces seguidas, Benjamin cerró el juego y comentó:

—No soy el rey ni de las conversaciones ni de captar estados emocionales, así que te lo preguntaré directamente: ¿Qué te pasa?

Zack hizo una mueca, a él tampoco se le daba muy bien hablar de sus sentimientos. Pero Benjamin era su mejor amigo, así que le debía sinceridad.

—Te debo una disculpa.

—¿Por lo de la habitación? Lo hacías por mí. Además, ya está olvidado.

Zack le miró, sintiéndose aún más culpable y confesó:

—No me refería a eso, sino a que yo… no quería hacerlo pero, necesitaba comprenderte… así que he buscado información sobre ti en Google.

Benjamin se quitó las gafas y miró al infinito mientras decía:

—Supongo que todos los harán. Es normal que tengáis curiosidad.

—Pero debería haberte preguntado en lugar de buscar en Internet. Hubiese sido más honesto —reconoció Zack.

—¿Por qué no lo has hecho? —le preguntó Benjamin.

—No quería molestarle, solo entenderte. Pero ahora solo estoy más confundido, toda esa información, todo lo que debiste pasar…, es horrible. Y, después, el hecho de que decidieras estar aquí, con nosotros, como si nada…

Benjamín le miró a los ojos, algo que no hacía casi nunca, y le recordó:

—Eres mi mejor amigo, no hay nadie en el mundo que me conozca mejor que tú. Y lo único que ahora importa sobre mí es lo que vivo aquí, como brujo. Estoy intentando dejar atrás todo aquello, por eso cambié mi nombre, para poder empezar de cero.

—Puedo entender eso, pero sigo sin comprender cosas como lo de este verano. Eres rico, pero dijiste que no tenías a dónde ir —le comentó Zack, intentando explicarse.

—No, lo que te dije fue que no tenía nadie con quien ir; y era cierto. Tú supusiste que no tenía dónde y, sí, me pareció acertado no sacarte de tu error —repuso Benjamin tranquilamente.

—Pero podrías haber ido a cualquier sitio del mundo, a un hotel de lujo, a donde fuera. Y preferiste venirte a ayudar a mis padres en el restaurante. No tienes por qué trabajar, pero montaste todo un sistema informático nuevo para el restaurante de mi padre para ganarte tu alojamiento en una simple casa familiar de costa; incluso en los días de más clientes ayudaste a servir mesas. Y dormías conmigo en el garaje reconvertido en habitación, ya que mis padres tienen alquilada mi habitación para poder llegar a final de mes. No lo entiendo…

Benjamin se levantó, nervioso. No le gustaba hablar ni de sus sentimientos ni de sus motivaciones, pero quería que su amigo comprendiera, para que su relación volviera a ser la de antes de su confesión:

—Zack, tu solo ves una parte de la historia, por eso crees que irme a trabajar con tu familia era un sacrificio, algo extraño para una persona que tiene todo el dinero que quiere, para el resto de su vida. Pero yo veo algo muy diferente. Este verano fue el primero que pasé en familia, rodeado de gente a la que he llegado a apreciar, y con mi mejor amigo. Antes de venir a esta universidad tuve dos etapas en mi vida, igual de malas, aunque por diferentes motivos. Pasé de dormir en la calle y luchar por mi supervivencia a ser perseguido por mi dinero; pero en ninguno de los dos casos importaba realmente a nadie, siempre estuve solo, salvo por una persona, algún día te hablaré de ella. Cuando entré en la Hermandad y te asignaron como mi compañero, fue genial. Compartimos las mismas aficiones y entiendes mis silencios, eres mi mentor en la magia, y cuando no estás en las nubes como hoy eres perfecto para jugar a la Play.

Zack sonrió, comenzando a comprender.

—Cuando me ofreciste ir con tu familia, no me lo podía creer. De estar siempre solo o con gente a la que pagaba en mi empresa, pasé a ser uno más en la familia. Tu madre se preocupaba por si comía y me trataba con dulzura, tu padre me gritaba como si fuera su hijo de verdad cada vez que la pifiaba sirviendo los platos, y tus hermanas pequeñas me hacían rabiar tanto como a ti. Fue genial. Nos pasábamos horas trabajando, pero luego íbamos a la playa y encendíamos hogueras con tus amigos del instituto… Lo creas o no, fue un verano increíble y no hay dinero que pueda darme eso.

Su amigo le miró, entendiendo todo lo que realmente había sucedido:

—Por eso nos hiciste el regalo, cuando dijiste que en aquel boleto te había tocado una cena en el restaurante más lujoso de toda la zona para mi familia y tú, en realidad lo pagaste. Mi madre aún lo recuerda cuando me llama por teléfono…

—Quería daros las gracias, pero no que supierais quién era. La gente me trata diferente cuando sabe quién soy, dejo de saber quién está conmigo por lo que soy y quién por mi dinero. Por eso no quería que nadie lo supiera.

Zack le miró. Lo que había leído sobre él en Internet era increíble, tanto si se fijaba en lo que debía haber sido crecer en uno de los barrios más pobres y con más alto índice de criminalidad de Nueva York, como su nueva vida al vender su gran invento informático. Siempre había sabido que Benjamin era brillante, con una inteligencia muy superior a la media, pero ahora entendía el porqué de su carácter introvertido, casi miedoso, pero siempre amable y bondadoso. Le había caído bien desde que ingresara en la Hermandad y tenía razón, se había convertido en su mejor amigo. Y también supo que no hacía falta decir nada más. Le estrechó la mano y le propuso:

—Entonces, sigamos como siempre. Lo que significa que espero que en las vacaciones de Navidad vuelvas a mi casa, aunque te advierto que las gemelas se ponen insoportables el día de los regalos.

Benjamin rio ante el recuerdo de las hermanas de Zack, dos terremotos iguales de doce años, y comentó:

—Seguro que será genial.

Zack sonrió y ambos supieron que el hielo que la confesión de la verdadera identidad de Benjamin había creado se había disuelto. Con voz risueña Benjamin preguntó:

—¿Echamos una última partida?

—Por supuesto, pero que sepas que voy a machacarte.

—Dirás que vas a intentarlo.

Y entre risas comenzaron de nuevo el juego, esta vez atentos a lo que sucedía en la pantalla… con una victoria aplastante de Zack.

5. Sueños de un antiguo amor

La Hermandad de la Luz se hallaba sumida en una especie de caos organizativo, ya que era el primer día de convivencia en el que todos tenían que ir a clase. Zack y Benjamin se habían quejado de lo mucho que las chicas tardaban en el baño, en palabras de Zack «más que mis hermanas juntas, que ya es decir», cosa que Benjamin había corroborado después de sufrirlas todo el verano. Jimmy, con su carácter tranquilo habitual, se había limitado a sonreír pacientemente ante la ocupación de Lucy y Debby del baño que compartían. La única que no recibió críticas fue Amanda, que estaba acostumbrada a asearse rápidamente.

Mientras desayunaban, Joshua miró a Debby y comentó:

—Me sigue sin parecer bien que vayas a clase, deberías descansar.

—Estoy de acuerdo. —Se sumó Lucy.

—Si me quedo sola en la Hermandad me pondré de los nervios pensando en Huck, así que de verdad que necesito ir a clase —insistió ella.

Joshua esbozó una sonrisa comprensiva, la noche anterior había tenido que volver a dar una infusión calmante a Debby, ya que la ansiedad por la ausencia de Huck no disminuía. Por eso indicó:

—Está bien, pero nada de ir a la biblioteca después de clase.

Ella sonrió. Joshua actuaba más como un padre que como un compañero, pero lo cierto era que, aunque no lo confesaría en voz alta, estaba agotada. Sin embargo, necesitaba distraerse, por eso tomó los libros y se fue hacia su edificio, ubicado en la parte nordeste del campus. No fue consciente de lo duro que era estar allí sin Huck hasta que atravesó el umbral. Aunque fueran a cursos diferentes, desde que comenzaron a salir siempre la acompañaba y la recogía en sus clases, y aprovechaban cualquier descanso para verse y hablar un poco. Ahora, el hecho de recorrer sola el pasillo no hacía sino acentuar su soledad. Con los ojos bajos, entró en el aula y fue a ocupar uno de los asientos traseros, ya que no estaba muy segura de estar muy centrada durante la clase. Una voz risueña la recibió, tomándola por sorpresa:

—Hola Debby, ¿cómo te encuentras?

Los ojos de Matt la miraban brillantes y preocupados a la vez. Ella sintió un vuelco al corazón. Desde la escena en la escalera, no había vuelto a verle, y estaba tan preocupada por Huck que apenas si había vuelto a pensar en su presencia en el campus. Con voz queda le preguntó:

—¿Qué haces aquí? Creía que estudiabas magisterio.

—Sí, pero hago aquí las optativas. Vamos a ser compañeros —le explicó con un tono expectante.

Debby bajó los ojos. Lo último que necesitaba en esos momentos era a Matt queriendo retomar su relación. Él pareció advertir su preocupación, porque cambió de tema diciendo:

—Te llamé, pero Lucy me dijo que estabas guardando reposo.

—Sí, muchas gracias por preocuparte.

—¿Bromeas? No he pensado en otra cosa. Estaba tentado a ir a verte, pero Andrew me dijo que ni humanos ni cambiantes pueden entrar en la Hermandad. ¿Cuándo vuelves a la residencia de chicas?

—No voy a volver, me quedo en la Hermandad, igual que Lucy —reveló ella.

—¿Vas a vivir con Huck cuando él vuelva? —le preguntó Matt entre sorprendido y dolido.

Debby le miró, sin saber qué responder, pero entonces la profesora entró en clase y se libró de contestar, aunque no por mucho tiempo. Matt compartía con ella gran parte de sus asignaturas, así que durante toda la mañana estuvieron juntos, hasta que el anhelado timbre sonó. Debby recogió sus libros rápidamente, pero Matt se colocó delante de ella y le preguntó:

—¿Podríamos comer juntos? Me gustaría hablar contigo.

Debby le miró. Se sentía exhausta y no estaba preparada para una conversación con Matt sobre el pasado o sobre su relación con Huck, sobre todo ahora que él la había dejado y nadie sabía dónde estaba. Con voz queda comenzó a decir:

—Matt, no me encuentro muy bien…

—Pero igualmente tienes que comer… —insistió Matt.

—Había pensado en hacerlo con Lucy.

—Deb, solo quiero hablar contigo. Vamos a compartir asignaturas, ¿no sería lo mejor que aclaráramos las cosas?

Ella sonrió levemente, recordando el apelativo cariñoso con el que Matt solía llamarla cuando salían juntos. Sus ojos la miraban expectantes y sabía que no se rendiría, así quizás sí que era mejor no posponer la conversación. Envió un mensaje telefónico a Lucy explicándole lo que sucedía y después se dejó guiar por Matt hasta la cafetería. Una vez allí, él propuso:

—¿Te apetece que comamos en el parque? Aún no me acostumbro a estar lejos de la montaña.

Ella sonrió y aceptó con la cabeza, así que eligieron unos sándwiches y se dirigieron a un banco cercano. Pusieron la comida entre ellos y se sentaron con las piernas atravesadas, mirándose mutuamente. La conversación había sido distendida desde que estuvieran en la cafetería, ya que Matt había omitido cualquier comentario sobre Huck o lo que había sucedido aquel verano; y se había limitado a comentarle las novedades de la mansión y de la relación que su padre mantenía con *lady* Angélica. Debby sentía como se iba relajando, ya que Matt siempre había tenido el poder de resultar divertido y tranquilizador a la vez. No solo durante los días vividos en la mansión, sino también en la relación que mantuvieron en la distancia, donde sus llamadas de teléfono y sus chats por Internet habían conseguido que mantuviera la calma en mitad de la marabunta de exámenes y trabajos del último curso.

Sin embargo, cuando terminaron de comer, Matt terminó con la tregua y comentó:

—Hay algo que quiero contarte, sobre cuando rompimos.

—Ahora eso ya no importa —comenzó a decir Debby, pero Matt la interrumpió diciendo:

—Deja que me explique, al menos una vez.

Debby le miró. Lo cierto es que, si no fuera por todo lo sucedido con Huck, le hubiera dado esa opción, así que sabía que lo merecía. Por eso asintió con la cabeza y Matt comenzó a explicar:

—Fui un idiota al enfadarme porque te fueras a Francia, y al romper contigo por ello. Y aún fue más estúpido por mi parte salir con la primera chica que se me puso delante para poder olvidarte. Pero no lo conseguí, por eso rompí con ella. Entonces me llegó la aceptación de la beca y me di cuenta de que debería haberte esperado; pensé que aún estaba a tiempo de arreglar las cosas. Tu tía nunca me dijo lo de Huck…

Debby bajó los ojos, sintiéndose culpable, y confesó:

—Ella no lo sabe. Hace muy poco tiempo que Huck y yo estamos juntos, así que quería explicárselo en persona. No pensé que eso pudiera afectarte a ti.

—Hubiera venido a la universidad aunque tú no estuvieras, si es lo que me estás preguntado. Pero sí que tenía esperanzas sobre nosotros cuando acepté venir. —Se sinceró Matt.

Debby alzó los ojos, pero se sintió muy incómoda al ver la decepción en los ojos de Matt, saber que él había estado convencido de que podían retomarlo donde lo habían dejado. Con voz suave comentó:

—Ya sabes lo que significaste para mí. Pero estoy con Huck…

—Andrew me ha dicho que se ha ido con Carl, a buscar esa bruja; y también que Carl le explicó antes de irse que había roto contigo.

Debby se sonrojó, se suponía que aquello era un secreto, algo que solo ella y Joshua debían saber. Con voz crispada replicó:

—Huck solo intenta protegerme. Pero sigo siendo su novia y sé que volverá pronto. Lo siento, Matt, pero no hay vuelta atrás.

Él la miró, sintiendo como su corazón se partía en dos al escuchar esas palabras. Había esperado que la historia de Debby con Huck fuera algo similar a lo que había tenido él durante el verano; pero algo le decía que era mucho más complicado que eso. Sin embargo, se negaba a perder tan fácilmente a la chica de sus sueños, así que una idea pasó por su cabeza. No podía seguir insistiéndole en retomar la relación, porque eso alejaría a Debby definidamente de él, sobre todo porque estaba seguro que ella pensaba que le debía respeto a Huck en la distancia; ya que si había partido en busca de la bruja era para protegerla. Pero había oído muchas cosas sobre ese chico y sus relaciones sin compromiso; y no dudaba que en algún momento tenía que cometer algún error; algo que hiciera ver a Debby que no era bueno para ella. Y, entonces, él estaría allí para ella. Por eso comentó:

—Está bien. Supongo que no podemos volver a salir juntos, pero podríamos ser amigos.

—Matt, eso tampoco es posible —negó ella.

—¿Por qué no? Así empezamos. De hecho, si te lo planteas, casi toda nuestra relación fue en la distancia, así que fuimos más amigos que una pareja real.

—Pero tú quieres algo más… —comenzó a protestar ella.

Matt la miró y la interrumpió diciendo:

—Debby, me gustas. Siempre lo has hecho. Pero puedo ser tu amigo. De hecho, aparte de Andrew ahora mismo no conozco a nadie más aquí.

—De igual modo, no podemos ser amigos, a Huck no le gustaría demasiado —musitó ella, cabizbaja.

Matt la miró indignado y le espetó:

—Te enfadaste conmigo y me acusaste de posesivo cuando no quería que fueras a Francia. ¿Y ahora me dices que no podemos ser amigos porque no le gustaría a tu novio? ¿Qué diferencia hay entre esas dos actitudes?

Ella le miró, sabía que tenía razón. No le gustaban las relaciones posesivas y, si era sincera consigo misma, el único motivo para no mantener su amistad con Matt era Huck o, mejor dicho, lo que él pensaría si lo hacía. Pero si tenían que durar como pareja, si a su vuelta iban a estar juntos como ella anhelaba; Huck tendría que aprender a confiar en ella, y eso incluía que Matt pudiera estar entre sus amigos. Así que concedió:

—Está bien, amigos entonces. Pero Andrew tiene razón, es mejor que no te acerques a la Hermandad de la Luz. No es por Huck, es que realmente no dejan, quiero decir, no dejamos entrar a cambiantes ni a humanos.

—No importa, lo entiendo. Por cierto, ¿le has explicado a tu tía que has dejado la residencia?

—No, no sabe nada de lo que ha pasado estos días. Tú no le habrás contado nada a tu padre, ¿verdad?

—No, pensé que no querrías preocuparla, con todo lo que ha pasado ella misma —contestó Matt empáticamente.

Debby suspiró aliviada, se alegraba de que él también comprendiera la importancia de proteger a su tía, que tanto tiempo había sufrido a causa de la magia oscura. Por ello afirmó:

—Has hecho bien, se merece un poco de descanso de todo esto. Me comentó que tenía pensando visitarme a mediados de trimestre, entonces le explicaré todo. ¿Podrás guardarme el secreto hasta entonces?

—Por supuesto, para eso están los amigos —aceptó Matt sonriendo.

Debby le devolvió la sonrisa y ambos volvieron a clase comentando las asignaturas de la mañana.

6. Sueños de nostalgia

Debby salió de clase, acompañada por Matt. Estaba agotada. Habían transcurrido tres semanas desde la partida de Huck, y ella no podía evitar sentirse cada día más preocupada por él. Matt lo advirtió, pero no hizo ningún comentario. Durante ese tiempo, había conseguido ganarse nuevamente la confianza de Debby, a base de no hacer preguntas sobre su novio ni, menos aún, intentar nada romántico con ella. Le costaba mucho no hacerlo, pero sabía que para poder arrebatársela a Huck, este tenía que estar presente, porque Debby no haría nada mientras él estuviera arriesgando su vida por ella. Así que se limitó a proponer:

—¿Comemos juntos?

Ella asintió. Dado que Lucy, Jimmy y los demás cursaban estudios diferentes, era lógico que ella pasara el tiempo libre con Matt, ya que además de las asignaturas optativas, compartían edificio. Además, en esos momentos de tensión, en los que apenas si podía concentrarse en nada que no fuera Huck, Matt resultaba refrescante. Cuando estaba en la Hermandad, todos tenían una dura rutina centrada en la magia. Cada uno de ellos se encargaba de la tarea pactada para hacer volver a Huck y Carl y por la noche ponían en común los avances, que, de momento, parecían escasos. Por otra parte, ella había comenzado su entrenamiento con Eleanor, que resultaba más difícil de lo que había pensado en un principio, ya que requería una concentración que ahora mismo le faltaba.

Lo cierto es que no tenía un minuto libre porque no podía permitírselo, y de noche descansaba mal. Le hubiese gustado poder tomar cada día una de aquellas infusiones para dormir, pero Joshua se las racionaba para que no se acostumbrara a ellas y se hiciera dependiente. Como le había dicho, aquellas infusiones eran para ocasiones puntuales, y ella necesitaba aprender a mantener su equilibrio sin ellas. Joshua tenía razón, lo sabía, pero con todo lo que estaba sucediendo le resultaba imposible encontrar ese equilibrio interior. Sus únicos momentos de paz procedían de las clases y de los momentos que, entre ellas, pasaba con Matt. Era inteligente, divertido y siempre había tenido el don de hacerle sonreír. En la Hermandad todos estaban sumidos en el mismo halo de preocupación que hacía más honda su pena, así que estar con Matt era un bálsamo para su dolor. Al principio se había sentido culpable, temiendo que él quisiera retomar su relación, pero lo cierto es que se limitaba a ser su amigo, lo cual era reconfortante, porque no hubiese estado con él si eso hubiera supuesto darle falsas esperanzas. Y se alegraba de ello también porque le necesitaba para mantener la cordura, para sentir algo más que el dolor profundo en el corazón por la ausencia de Huck.

Poco a poco, día a día, volvieron a retomar la confianza que se habían tenido

los meses que mantuvieron la relación por Internet, y por eso Debby, mientras entraban en la cafetería, no malinterpretó cuando Matt la tomó por la cintura suavemente indicándole que pasara primero, ni tampoco cuando le dio algo de comer de su plato entre risas. Pasaron la tarde juntos en clase, pero a la salida Debby se despidió rápidamente como tenía por costumbre; para poder llegar a la Hermandad y comenzar su entrenamiento con Eleanor. Matt no la detuvo, nunca lo hacía. Aunque siempre le proponía comer juntos o tomar algún café por la mañana, incluso quedar para desayunar; parecía entender a la perfección que ella necesitaba ese espacio para la magia y ayudar a encontrar a Huck; así que nunca le decía nada más que una breve despedida. Sin embargo, en su fuero interno, él se moría por continuar hablando, por ir a tomar un café con ella, por pasear, por disfrutar de una de aquellas citas que nunca llegaron a tener. Pero, no podía decir nada de esto en voz alta, así que cada día se limitaba a morderse el labio y volver a su Hermandad, donde solía encerrarse en su habitación. Carl y Andrew eran los únicos con los que realmente había conectado; el primero estaba desaparecido y Andrew parecía perdido desde entonces, sumido en su propia desesperación. Había otros cambiantes, pero solo se relacionaban entre ellos; y los miembros del equipo de fútbol no eran muy de su agrado. Si conversaba alguna vez con ellos era porque le daban información de Huck, información que le hacía aún más incomprensible porque estaba Debby con él; y que le reafirmaban la idea que, en algún momento, ella se daría cuenta de eso y volverían a estar juntos. Y eso era lo que le mantenía esperando pacientemente a su lado.

Debby estaba llegando a la Hermandad de la Luz cuando una voz la llamó. Era Benjamin, que la miraba tímidamente. Ella le sonrió y le saludó, mientras él se atrevía a decir:

—¿Podemos hablar un momento a solas?

Ella le miró extrañada. Benjamin era amable y con Zack hasta parecía hablador, pero con el resto permanecía casi siempre en silencio, como si le gustara la compañía de ellos pero desde un segundo plano. Así que intuía que debía ser algo importante, por lo que con voz dulce convino:

—Por supuesto. ¿Nos sentamos en el banco?

Él asintió y cuando estuvieron allí, se quitó las gafas nerviosamente y comenzó a decir balbuceante:

—Debby, no sé cómo decirte esto.

—Tranquilo, puedes decirme lo que quieras, somos amigos —contestó ella con una cálida sonrisa.

Benjamin dudó, pero finalmente se atrevió a decir:

—Bien… lo que quiero decirte es que tú… eres una chica muy guapa, y también eres inteligente, encantadora, amable y…

Ella le miró asustada y le interrumpió diciendo:

—Benjamin, te lo agradezco, pero soy la novia de Huck…

Él la miró sonrojado y se apresuró a decir:

—Yo, no, lo siento, no quería parecer que me estaba declarando.

Debby suspiró aliviada y él continuó diciendo:

—No es que no piense que eres todo eso, pero yo te veo como una amiga.

—Eso es genial, porque tú también eres mi amigo. Pero, entonces, ¿qué es lo que me quieres decir? —insistió Debby.

—Te he visto en la cafetería, con tu antiguo novio. Siempre os veo allí y por todo lo que te he dicho es lógico que él esté enamorado de ti y solo quería decirte que sé que Huck volverá y también que te ama.

Debby le miró boquiabierta. Benjamin pasaba desapercibido para todo el mundo, pero parecía que nada le pasaba inadvertido a él. Quizás porque era tranquilo y silencioso nadie le prestaba atención, ni siquiera ella había advertido que había estado observando. Antes de hablar, le miró unos segundos más atentamente. Podía haberle dicho que no era asunto suyo, pero por la forma como jugaba con las gafas y su tono balbuceante, era fácil intuir que tenía que haberle sido muy difícil mantener aquella conversación con ella. Así que puso su mano sobre la de él, causándole aún más nerviosismo y le explicó:

—Matt y yo ahora solo somos amigos. Amo a Huck y cuento los segundos para que vuelva. No tienes que preocuparte por ello. De verdad.

Benjamin apartó la mano, nervioso, y se disculpó:

—Siento haberme metido en tus asuntos.

—Tranquilo, sé que estás preocupado por él. Y eso me parece bien —le tranquilizó Debby.

Benjamin sonrió y, esta vez sí, la miró a los ojos y le confesó:

—Huck me dio una nueva vida cuando me contó que yo era un brujo y me acogió en la Hermandad. Sé que intenta parecer un chico duro, pero le he observado todo este tiempo y leo en su interior que ha sufrido mucho. Tú y él hacéis muy buena pareja, y está mejor desde que está contigo.

—¿Aunque se esté jugando la vida por protegerme?

—Ya te lo he dicho, te ama. Yo también lo hubiera hecho por la chica que amaba, pero no tuve oportunidad.

Su voz se quebró mientras lo decía y Debby lo interrogó con la mirada, pero él volvió a su hermetismo habitual y se limitó a decir:

—Eso forma ya parte de mi pasado. Será mejor que lo olvidemos.

Debby no insistió, pero mientras se levantaba le ofreció:

—Ya sé que tienes a Zack, pero si alguna vez quieres que hablemos de ello, dímelo, ¿de acuerdo?

Benjamin asintió y comentó:

—Será mejor que vayamos a la Hermandad.

En silencio caminaron los escasos metros que les separaban de la Hermandad y, antes de que llamaran al timbre, la puerta se abrió mientras Amanda les saludaba pletórica:

—Hemos encontrado algo. Solo faltabais vosotros, así que reunión de urgencia en el desván, os estábamos esperando.

Benjamin y Debby intercambiaron una mirada esperanzada y siguieron a Amanda escaleras arriba. Los demás ya estaban sentados en el suelo cómodamente, y parecían tan expectantes como ellos. Amanda se sentó al lazo de Zack y este comentó:

—Explícaselo tú.

Amanda asintió con la cabeza y comenzó a explicar:

—Gracias a la base de datos de Benjamin hemos estado buscando en los libros escaneados y hemos encontrado un conjuro que nos permite averiguar cuando Carl y Huck están en forma humana. Una vez los hayamos detectado en esa forma, podemos hacer el conjuro para traerlos de vuelta.

—¿Cómo funciona el conjuro? —se apresuró a preguntar Debby.

—Tendremos que reunir algunas hierbas, Joshua y Lucy pueden encargarse de eso —propuso Amanda—. Yo ayudaré a Eleanor a prepararse, tiene que pensar la forma de canalizar la energía del círculo para que nos ayude. El resto, podéis ir a descansar.

—Yo también quiero hacer algo útil —se ofreció Debby.

—Tú también necesitas descansar —objetó Eleanor—. Será tu primer círculo de energía, así que te quiero en plena forma.

—¿Cuándo vamos a intentarlo? —inquirió Jimmy.

Eleanor miró interrogativamente a Joshua y este contestó:

—Podremos tenerlo todo para esta noche. Si os parece, encargaremos unas *pizzas* para cenar, de este modo iremos rápido. Cuando hayamos terminado, podemos realizar el conjuro, así aprovecharemos la luz de las estrellas, siempre ayuda.

Todos asintieron y salieron del desván, todos menos Debby, que permaneció junto a Eleanor y Amanda. Con voz triste les preguntó:

—¿Creéis que funcionará?

Las dos la miraron, y Amanda respondió con sinceridad:

—Nunca hemos hecho ese conjuro, pero estoy segura de que encontraremos la manera de traerlos de vuelta.

—Tiene razón. Al fin y al cabo, rompimos un portal cerrado por una bruja oscura, no debería ser tan difícil traer el cabezota de tu novio —añadió Eleanor—. Y, ahora, vete a descansar o no te dejaré formar parte del círculo.

—Sí, maestra —contestó Debby burlona.

Cuando salió de la habitación, Amanda miró preocupada a Eleanor y le comentó:

—Ahora que estamos solas, ¿crees que tendrás la suficiente fuerza?

—Tendré que tenerla. Amanda, esto no puedo decirlo delante de Debby. La noche que Jack nos atacó y Huck se abalanzó sobre él, sentí como la ira le dominaba. Huck tiene demasiado fuego en su interior, hay un exceso de asuntos en su pasado que le hacen daño, más del que él imagina. Como brujo ha aprendido a dominar esa parte de sí mismo, pero no estoy convencida de que pueda hacerlo como cambiante.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos a trabajar en cómo organizar el Círculo —propuso Amanda mientras le tomaba de la mano para darle fuerzas.

Eleanor la besó suavemente en los labios por toda respuesta y ambas comenzaron a estudiar el conjuro.

7. Sueños de reencuentro

Tres días más tarde, sentados en círculo, cogidos de las manos, con Eleanor en medio dirigiendo el conjuro, todos pronunciaban la letanía, mientras un fuego con las hierbas preparadas por Joshua y Lucy ardía en el centro. Habían colocado las fotografías de Carl y Huck en medio; al lado del fuego, e igual que las tres noches anteriores, activaban el conjuro intentando coincidir con algún momento en que estuvieran en forma humana. No habían tenido éxito en las anteriores ocasiones, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a perder la esperanza. Llevaban ya casi una hora cuando, de pronto, las llamas comenzaron a temblar y un fuerte viento les rodeó. Eleanor les instó a seguir la letanía con más fuerza y todos apretaron las manos para mantener el máximo de su energía dentro del círculo. Estuvieron así varios minutos, hasta que, de pronto, una figura desnuda apareció en medio de ellos. Era Carl, temblando, con los ojos entrecerrados Todos se soltaron las manos y Joshua corrió hacia él y le giró hacia sí, mientras Zack le cubría con una manta. Carl

se envolvió con ella rápidamente, muerto de frío como estaba, y con la voz rota musitó:

—He perdido a Huck.

Debby se quedó paralizada al oír esto y Jimmy le espetó:

—¿Qué quieres decir con que lo has perdido?

Carl intentó hablar, pero por el estado de sus labios Joshua adivinó que estaba sediento. Con una voz inusitadamente nerviosa en él comentó:

—Está deshidratado y parece agotado. Necesita tomar una infusión y descansar un poco antes de poder hablar. Lucy, ¿puedes prepararsela?

—Por supuesto.

Jimmy ayudó a Lucy, preparando a la vez las infusiones que todos debían tomar después del conjuro para reequilibrar su energía. Joshua permaneció al lado de Carl, inmóvil, sosteniéndole la manta y sin dejar de mirar el estado en el que se encontraba. No necesitaba ser un sanador para saber lo débil que estaba, le bastaba con tomarle de la mano y dejarse llevar por sus sentimientos, por lo que su corazón le decía. Los demás también parecieron advertirlo, porque nadie volvió a preguntar nada a Carl hasta media hora más tarde, después de la infusión y de que Joshua le impusiera las manos junto con Lucy.

Debby fue la primera en hablar, llorosa:

—¿Qué le ha pasado a Huck?

Carl la miró y después a Joshua, que le indicó con la mirada que debía ser sincero. Con voz cansada comenzó a explicar:

—Estuvimos siguiendo el rastro a esa maldita bruja, pero era una locura. Siempre está dando vueltas entorno a este campus, va y viene, pero no parece tener más destino fijo que algo que la retiene aquí. Las primeras noches conseguimos dormir como humanos colándonos en alguna casa desocupada, pero después, a medida que tuvimos que pasar más tiempo en los bosques, tuvimos que permanecer más tiempo en forma animal.

—Y Huck comenzó a verse afectado. —Adivinó Joshua.

Carl asintió con la cabeza y Chris le espetó:

—No deberías habértelo llevado contigo, no en esa forma.

—Lo creas o no, intenté hacerle cambiar de idea. Pero lo hubiera hecho igualmente, al menos conmigo tenía una oportunidad —contestó Carl con tristeza.

Chris le miró, arrepentido de lo que había dicho, y añadió:

—Es verdad, Huck es un cabezota. Lamento haber insinuado que…

—Tranquilo, no hay problema. Además, tienes razón, tendría que haber encontrado una manera de retenerle —corroboró Carl, sintiéndose culpable.

—Eso no importa ahora. ¿Qué es lo que pasó? Necesito saberlo —insistió Debby.

—Cuando te conviertes en un animal, mantienes tus pensamientos humanos, pero tus instintos son mucho más salvajes. Lleva mucho tiempo acostumbrarte a dominarlos, y Huck no ha tenido tiempo para ello. Cuando estamos en forma animal podemos comunicarnos con la mente, pero cada día que pasaba era como si Huck no quisiera que yo me comunicara con él, como si solo quisiera olvidar que era humano, todo lo que dejaba atrás. Se volvió muy difícil, y solo el hecho de saber que tenía que encontrar a esa bruja para mantenerla alejada de Debby evitó que perdiera la cordura del todo.

Carl hizo una pausa, le dolía tanto el cuerpo como el alma cuando recordaba lo que había sucedido:

—Esta mañana encontramos un rastro mucho más fuerte. Sea quien sea, se mueve rápido, incluso en el bosque. Cuando encontramos los restos de un fuego, nos convertimos en forma humana para poder investigar la zona y ver si encontrábamos algo entre los restos. Era una trampa.

Su voz se quebró y Joshua apretó su mano para darle fuerzas, sorprendiéndose porque él no la rechazaba. Carl hizo una respiración profunda y continuó explicando:

—No llegamos a verla, pero sí percibimos su presencia. Huck sugirió que nos convirtiéramos, pero ella impidió que yo lo hiciera, y además me transportó lejos de allí. Para cuando pude volver a convertirme, Huck debía estar demasiado lejos para escuchar mis pensamientos. He buscado todo el día, pero al final he aceptado que no lo conseguiría, así que he vuelto a mi forma humana.

—¿Te has quedado solo y desnudo en el bosque durante horas? —le preguntó Jimmy atónito.

Carl miró a Joshua y contestó:

—Intuía que nos estabais buscando, y también que la única forma de encontrarnos era en nuestra forma humana. Por eso lo hice.

Lucy se acercó a él suavemente y colocó su mano sobre la frente mientras le decía:

—Estás ardiendo. Deberías descansar.

—Estoy de acuerdo —corroboró Joshua.

—No —protestó Carl—. Ahora que os he avisado, tengo que volver a buscar a Huck. Ya os lo he explicado, lo único que mantiene sus instintos controlados es mi voz, alguien que le recuerde quién es. No puedo dejarlo allí fuera, solo.

—Ahora mismo, no puedes volver a cambiarte sin ser un peligro para ti mismo —replicó Joshua—. Estás enfermo.

Carl comenzó a protestar, pero Eleanor se lo impidió diciendo:

—Joshua tiene razón. Ve a una de las habitaciones con él y que continúe sanándote. Los demás acostaros, es tarde y no podemos seguir trabajando después de la energía de este conjuro. Mañana seguiremos buscando la manera de contactar con Huck.

Debby la miró con ojos llorosos y Eleanor, abrazándola, le aseguró:

—Le encontraremos, te lo prometo. Mañana es sábado, así que todos trabajaremos todo el día para coordinar la búsqueda. Y ahora, vete a dormir, necesitas descansar.

—Lo único que necesito ahora mismo es a Huck —rezongó Debby mientras se dirigía lentamente hacia la puerta.

Lucy la acompañó hasta la habitación y con voz suave le ofreció:

—¿Quieres que duerma contigo esta noche?

Debby sonrió y contestó:

—No, con una noctámbula en la Hermandad ya es suficiente. Además, te necesito despierta y rebosante de energía para mañana, por si encontramos a Huck.

—Por supuesto que lo haremos —corroboró Lucy mientras la tomaba de la mano—. Trata de descansar y, si te encuentras mal, ven a buscarme. ¿De acuerdo?

Su amiga asintió con la cabeza y entró en su habitación agotada física y mentalmente. Sus poderes aún eran débiles para un conjuro tan importante, y además saber que Huck estaba perdido y solo era más de lo que podía soportar. Con desgana, se desvistió, se puso el camisón y se tumbó en la cama, deseando con toda su alma ser capaz de conectar con Huck, explicarle como lo amaba, cuánto lo necesitaba. Pero lo único que consiguió fue que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas hasta la almohada, la misma en la que Huck había soñado tantas veces con ella. Enterró su rostro allí, ahogó su llanto y comenzó a musitar el nombre de Huck como en una letanía.

8. La dama de la medianoche

La dama de la medianoche sonreía satisfecha. El hecho de que quien más amaba se hubiera convertido, quizás para siempre, en un animal, no era su plan inicial, pero prefería eso a que regresara a la Hermandad que tanto odiaba. Maquiavélicamente, se sentía feliz porque sabía el sufrimiento que aquello ocasionaría a Lucius, saber que su propio hijo no era el brujo que él había anhelado, sino un cambiante dominado por sus instintos, perdido en los bosques como ella lo había estado.

Sabía también que el hijo de quien le había fallado estaba de vuelta en la Hermandad, pero aquello era menos importante. Cuando llegara el momento de la venganza definitiva todos perecerían, así que no podía permitirse seguir perdiendo el tiempo con un simple peón. Ella era la reina, ella ganaría la partida y, cuando lo hiciera, todos los que quedaban por recibir su castigo morirían.

9. Sueños de reconciliación

Tumbado en la cama, Carl abrió los ojos lentamente, intentando discernir donde se encontraba. Joshua estaba a su lado y, a pesar de tener el semblante tranquilo, le preguntó en un tono preocupado:

—¿Cómo te encuentras?

Carl le miró. Le había echado mucho de menos aquellas semanas, primero cuando se marchó con Huck y después cuando tuvo que enfrentarse solo a su búsqueda. Tenía ganas de abrazarle, pero, después de haberle ignorado durante tantos meses, solo pudo recurrir a la familiar técnica de la ironía:

—Pues me siento como si un montón de brujos me hubieran traído a través de un portal. Por cierto, gracias por eso y también por dejarme dormir en tu habitación. ¿Dónde has dormido tú?

—Estaba preocupado por ti, así que me quedé contigo para vigilar tu sueño. Has dormido un montón de horas.

—¿Te has pasado la noche en vela? —le preguntó Carl, estupefacto.

—Debo reconocer que me dormí a ratos —confesó Joshua con una sonrisa.

Carl le miró, algo nervioso, y comentó:

—No me puedo creer que haya dormido en la «Hermandad de la Luz». Un hito en la historia de los cambiantes.

—Digamos que las normas se han relajado desde que os fuisteis —aclaró Joshua.

—Es verdad, ahora hacéis los conjuros con chicas…

—Sí, Eleanor y Debby son brujas, y Lucy, la novia de Jimmy, es una bruja de sanación. De hecho, hacemos algo más que magia con ellas. Ahora viven aquí.

—¿El Círculo de las sombras os lo permite? —se apresuró a preguntar Carl, incrédulo.

Joshua dudó, sabía que lo último que quería Benjamin era que la historia de su fortuna se extendiera por el campus, así que generalizó diciendo:

—Digamos que hemos encontrado a un benefactor, así que nos hemos librado de ellos.

—Genial… ¿No querría ese benefactor encargarse de mi Hermandad también? Así podría echar a todos los que no me gustan —comentó Carl con ironía.

Joshua rio y, al hacerlo, movió la mano, que mantenía sobre la de Carl. Este le miró al darse cuenta y Joshua hizo ademán de retirarla, mientras retomando su semblante serio decía:

—Lo siento, parecía que te relajaba mientras dormías.

Sin embargo, Carl se la retuvo, apretándola con fuerza. Era la misma mano que tantas veces había acariciado, la mano que siempre sabía que estaba allí para sanarle. Después de lo vivido los últimos días, se veía incapaz de seguir fingiendo, así que le suplicó:

—No me sueltes. Quédate conmigo, por favor.

Joshua esbozó una sonrisa y confirmó dulcemente:

—Por supuesto. Me encargaré de cuidarte hasta que te recobres. Los demás están de acuerdo en que permanezcas aquí hasta entonces.

—No me refería a eso.

Joshua le miró directamente a los ojos, por primera vez en mucho tiempo. Seguían siendo verdes, seguían siendo preciosos y, sobre todo, seguían mirándolo con un amor que tenía el poder de hacer que su corazón se detuviera por unos instantes. Temblando musitó:

—No sé si te comprendo…

—Sí que lo haces, siempre lo has hecho, solo necesitas seguir mirándome.

Joshua hizo lo que le pedía, se perdió en sus ojos, mientras Carl continuaba estrechándole con fuerza la mano. Joshua le preguntó:

—¿Qué ha cambiado? Yo… te perdoné desde el mismo momento del accidente porque no fue culpa tuya, pero tú jamás te perdonaste a ti mismo, por eso te alejaste.

Carl se sintió estremecer y contestó:

—Yo he cambiado. No me perdonaré nunca haberte hecho daño, aunque fuera un accidente, pero ahora sé que puedo controlar perfectamente mis instintos, que puedo cambiar sin ser un peligro para nadie. Todos estos días, con Huck, intentando que él no perdiera el sentido, me dieron más fuerza de la que jamás he tenido. Sé que me alejé de ti, que quizás tú no…

Antes de que pudiera terminar de hablar, los labios de Joshua se habían posado sobre los suyos, interrumpiéndolo. Como siempre, sus besos eran suaves, delicados, llenos de amor. Cuando se separaron, Carl le acarició la mejilla mientras le decía:

—Anoche, antes de que me trajerais de vuelta, estaba pensando en ti, en Huck, en nosotros tres juntos, y comprendí que ambos te necesitamos, más de lo que nunca hemos podido entender. Somos como los tres elementos: Huck es el fuego, yo soy el agua cambiante y tú eres la tierra a la que los dos siempre volvemos, porque es la que nos da la vida. Tenemos que traerle de vuelta. Sé que tú podrás arreglar lo que esté mal en su interior, lo sé.

Joshua esbozó una dulce sonrisa y afirmó:

—Juntos lo encontraremos, estoy seguro. Al fin y al cabo, te he encontrado a ti.

Volvieron a besarse y Carl le preguntó:

—¿Por qué siento que nunca perdiste la esperanza sobre nosotros?

—Porque nunca lo hice. Eres mi alma gemela, Carl, siempre lo has sido, y por eso te esperé, siempre te he esperado y siempre lo haré, no importa lo que suceda —le declaró Joshua sin vacilar.

Carl clavó su mirada en la suya y, lentamente, comenzó a quitarle la camiseta mientras le decía:

—Necesito ver cómo quedó.

—No… —Rechazó Joshua, intentando apartar su mano.

Sin embargo, Carl continuó subiéndosela y le rogó:

—Por favor, lo necesito.

Al oír su voz suplicante, Joshua se quitó él mismo la camiseta, dejando su torso al descubierto. Carl le miró con una tristeza infinita, mientras pasaba la mano por la cicatriz que iba del hombro hasta el centro del pecho; la misma que él le había infringido.

—¿Todavía te duele? —le preguntó con la voz rota.

Joshua sonrió dulcemente y contestó con sinceridad:

—Hace tiempo que no. Y jamás me dolió tanto como a ti hacérmela.

Carl bajó los ojos, pero antes de que pudiera apartarse, Joshua le retuvo la mano contra su pecho y le explicó:

—Aquella noche, cuando Andrew me contó que estabas gravemente herido, en la cabaña, me sentí morir. Por eso me descuidé, olvidé que en tu forma animal y herido no podías controlar tus instintos de defensa cuando me acerqué para sanarte.

—Y yo te clavé mi garra.

—Sí, pero al hacerlo tu cordura volvió y te convertiste de nuevo en un ser humano, así que pude ayudarte.

—Me sanaste, incluso antes de ocuparte de ti mismo.

Joshua sintió que todo su cuerpo se estremecía al oír esas palabras. Recordaba la sangre brotando de su pecho, a Carl medio inconsciente y aun así sollozando que le perdonara mientras veía la herida que le había generado. Había necesitado la ayuda de Andrew, Huck y Chris para calmarlo, para que se dejara sanar. Después, él mismo había caído exhausto, y había dejado que sus compañeros le llevaran hasta la Hermandad para sanarse a sí mismo, con la ayuda de Chris, que había aplicado con una suavidad extraordinaria todos los ungüentos que él le había pedido. Con sus poderes de sanación y el uso de plantas medicinales, tanto él como Carl habían curado completamente sus heridas físicas, pero no las emocionales, ya que desde aquel día Carl le dejó muy claro que no podían volver a estar juntos. Al recordar todo aquello, con la voz rota, Joshua reconoció:

—Han pasado tantos meses desde aquello… Te he echado mucho de menos, me dolía tanto tu ausencia…

—Yo también, pero necesitaba estar seguro de que no soy un peligro para ti —insistió Carl.

—No lo eres —volvió a decirle Joshua.

Sus labios se juntaron de nuevo, y entonces la puerta se abrió para dejar paso a un Chris boquiabierto.

Joshua se separó de Carl y se puso la camiseta mientras Chris les saludaba diciendo:

—Estábamos preocupados por Carl. Pero veo que está mejor.

—Sí, Joshua me ha sanado de nuevo —comentó el aludido.

—Es el mejor. Aunque a mí cuando me sana nunca me besa… —se burló Chris.

Su amigo esbozó una sonrisa de fingida paciencia y replicó:

—No creo que ninguno de los dos nos sintiéramos cómodos con eso. Y, dado que Jimmy te mata si te acercas a Lucy, me temo que de momento te quedas sin besos de sanación.

—Entendido, pero como ya dije, la próxima bruja que entre por aquí espero que esté soltera.

Carl rio, Chris siempre le había hecho para un buen rato de adolescentes; aunque ya en la Universidad, siguiendo la regla no escrita de que cambiantes y brujos estuvieran separados, apenas si habían hablado. Joshua interrumpió sus pensamientos al comentar:

—Me gustaría ir a preparar algunas infusiones para Carl. ¿Podrías quedarte tú con él?

—¿Yo de enfermera? Me parece bien, pero sin besitos.

Carl esbozó una mueca irónica y Joshua le dio por imposible con un «No sé qué haríamos sin tus comentarios en off todo el día». No se despidió de Carl, le bastó una mirada para saber que estaría allí cuando regresara, que ya no volvería a irse.

Cuando se quedaron solos, Chris tomó asiento en una silla cercana e inquirió con voz más seria de la que era habitual en él:

—¿De verdad te encuentras bien?

—Estoy mejor —respondió Carl con cautela.

—¿Suficiente bien como para hablar? —preguntó Chris sin rodeos.

Carl, intuyendo lo que quería decirle, preguntó a su vez con desgana:

—¿Es sobre Joshua y yo besándonos?

—Más bien sobre tú y Joshua en general.

Carl suspiró y Chris, vaciló, buscando las palabras adecuadas. Después, comenzó a decir:

—Joshua es… Tú sabes perfectamente como es, lo que se merece.

—Lo sé, y también sé lo que estás pensando. Tú estabas allí cuando le ataqué. Créeme, si no estuviera seguro de que…

—Carl, para un momento. Como bien has dicho, yo estaba allí y sé que fue un accidente. Tú fuiste el único que no lo vio así. Lo que trato de decirte no es que te mantengas alejado de Joshua porque tenga miedo de que le hieras, al contrario, es que, ¡maldita sea!, no vuelvas a dejarle; porque eso sí que le destrozaría.

Carl le miró asombrado y Chris añadió:

—Yo también estaba la primera vez que os conocisteis. Desde entonces, sé que Joshua nunca miró a nadie más y algo me dice que tú tampoco. Ni siquiera el hecho de que nuestras Hermandades deban estar separadas fue capaz de impedir vuestra relación. Sé por qué le dejaste y también sé que es fuerte y te ha estado esperando; pero ha sufrido más de lo que nunca nos reconocerá a ninguno. Y no quiero que vuelva a pasar por lo mismo.

—Yo tampoco, te lo aseguro. Pero ¿de verdad te parece bien que estemos juntos?

Chris esbozó una sonrisa y contestó:

—Joshua te eligió, y confío en su criterio. Además, a diferencia del «Círculo de las sombras», mi único problema es con los humanos de tu Hermandad, no con los cambiantes en general, ni mucho menos contigo. Y, por cierto, te estoy muy agradecido por lo que has hecho por Huck, aunque no esté de acuerdo en que os marcharais —declaró Chris.

—No tienes por qué dármelas —repuso Carl—. Huck es mi primo, en realidad, es como un hermano para mí. Que hayamos estado separados tanto tiempo no fue decisión nuestra, nosotros acatamos lo que nos pidieron nuestros padres.

—Sí, supongo que todos lo hicimos.

Ambos se miraron, leyendo uno en los ojos del otro la ausencia de la ironía con la que solían hablarse. Chris sonrió y comentó:

—Supongo que Joshua ya te lo ha dicho, pero puedes quedarte en nuestra Hermandad todo el tiempo que necesites…

—Sí, gracias por eso.

—No hay que darlas —aseguró Chris mientras le estrechaba la mano.

Joshua entró en ese momento, portando una infusión, y Chris retomó su tono burlón diciendo:

—Ya ves, me dejas cinco minutos con él y ya estamos haciendo manitas. Tienes un novio irresistible.

—Lárgate, Chris —respondió Joshua por toda respuesta, aunque con una sonrisa.

Su amigo se marchó riendo y, cuando cerró la puerta tras de sí, Joshua se apresuró a preguntar:

—¿De qué habéis hablado?

—De ti… Chris quería asegurarse de que esta vez no voy a dejarte —le explicó Carl.

Joshua le miró, temiendo pronunciar las palabras, pero el brillo en los ojos de él le hizo preguntar:

—¿Qué le has contestado?

—Que quiero estar siempre contigo —confesó Carl mientras alargaba la mano hacia él.

Joshua se la tomó y, mientras le abrazaba, afirmó:

—Ídem.

Y con un beso ambos supieron que la pesadilla de su separación había terminado.

10. Sueños de un nuevo reencuentro

Sentada en el banco del jardín, Debby pasaba revisión a los acontecimientos del día. Carl había pasado el día en la cama, con Joshua y Lucy turnándose para cuidarle. El resto había estado revisando los libros y la base de datos una y otra vez, sin encontrar la forma de atraer a Huck en su forma cambiante. Después de la cena, se habían dado por vencidos y se habían retirado a sus habitaciones. Todos menos ella. Apenas había podido dormir la noche anterior, y no presentía que esa noche pudiera hacerlo, así que al menos se quedaría un rato al aire libre. Joshua la vio desde la ventana, y bajó a hablar con ella:

—¿Te encuentras bien?

—No puedo dormir. Ya has oído lo que han dicho todos, no sabemos cómo hacerle volver.

—Seguiremos buscando mañana. Y puedo darte algo para ayudarte a dormir.

—Será mejor que no, tienes razón, tengo que aprender a controlarme. Aunque cada día se me hace más duro —confesó Debby—. Por cierto, ¿cómo está Carl?

—Mejor. Mañana volverá a su Hermandad —contestó Joshua con tristeza.

Debby sonrió y comentó pícaramente:

—Entonces, será mejor que subas con él y aproveches la noche.

Joshua se sonrojó y se limitó a contestar:

—De acuerdo, pero quiero que tú también subas e intentes descansar.

Debby asintió y le siguió escaleras arriba. Cuando entró en la habitación, se tumbó y cerró los ojos, intentando concentrarse como Joshua le había enseñado. Poco a poco, se fue sumergiendo en un lento sueño, que dio paso a una extraña visión. Ella continuaba en la habitación, pero ya no estaba sola, sino que Huck estaba con ella en la cama, abrazándola y besándola con pasión. Ella se dejaba hacer, en sueños, sintiendo como sus caricias aliviaban las heridas de la separación. Él parecía estar encima de la manta, y cuando ella lo abrazó, sintió la desnudez de su espalda, justo en el momento que él se separaba de ella y desaparecía.

Debby abrió los ojos sobresaltada, sintiendo aún las caricias de Huck sobre su piel. Se levantó rápidamente y miró la hora, eran las cuatro de la mañana, demasiado tarde para despertar a nadie. Volvió a acostarse y también volvió a dormirse, pero esta vez Huck ya no estaba acariciándola, sino que solo sentía el dolor de su ausencia.

Apenas los primeros rayos de sol entraron en la habitación, Debby se levantó y se vistió. El sueño sobre Huck la había dejado intranquila y no había conseguido descansar. Aún medio dormida se dirigió al baño y allí, al mirarse al espejo, observó que en su cuello se había formado la marca inconfundible de un prolongado beso. Corriendo, bajó las escaleras, sabiendo que Amanda y Eleanor estarían ya desayunando. Por suerte, estaban solas en la cocina, así que confesó:

—Me ha pasado algo esta noche.

Ellas la interrogaron con la mirada y Debby se explicó:

—Soñé con Huck. Él, y yo nos estábamos besando y abrazando…, y todo era muy pasional.

Amanda y Eleanor intercambiaron una mirada cómplice y esta última preguntó:

—¿Has tenido un sueño erótico con Huck? ¿Qué tiene eso de malo?

—Que no creo que los sueños dejen marcas en el cuello —contestó Debby.

Al verlo, Eleanor se apresuró a decir:

—Tenemos que hablar con Joshua y con Carl.

—¿Qué? De ningún modo.

—Pero necesitamos que ellos lo sepan —corroboró Amanda.

—¿De verdad pretendéis que les cuente a dos chicos mis sueños eróticos con Huck? —protestó Debby, sonrojándose.

—Pero es que ni tú crees que sea un sueño —comentó Amanda.

—¿Quieres decir que…?

—Huck estuvo en tu habitación.

—No lo comprendo. ¿Por qué aparecer y volver a marcharse? ¿Y cómo lo hizo?

—Para eso necesitamos a Carl y Joshua, ellos podrán darnos más información —explicó Eleanor.

Debby hizo una mueca y concedió:

—Está bien, esperaré a que bajen a desayunar.

—Sí, de hecho, es raro que no estén aquí. Joshua siempre se despierta a la misma hora que nosotras —comentó Amanda.

—Ya, pero hoy tiene a Carl —subrayó Eleanor maliciosamente.

—Pero resulta que Carl también madruga. —Incidió Joshua burlonamente desde la puerta.

Las chicas se giraron y la pareja entró sonriente. Debby jamás le había visto tan feliz, y Eleanor y Amanda se intercambiaron una mirada cómplice al reconocer la mirada en su amigo; era la misma que había tenido hasta que rompió con Carl.

Debby se interesó:

—¿Cómo estás, Carl?

—Bien, así que se me han acabado las excusas para quedarme en la Hermandad —contestó tristemente.

Joshua le apretó la mano y comentó:

—Ahora puedes venir cuando quieras. Ya no hacemos saltar a los cambiantes por los aires, o al menos no a ti.

Carl sonrió y Amanda añadió maliciosamente.

—Sí, esta Hermandad es cada día más abierta. Me gustará ver la cara de Lucius cuando se entere de que volvéis a estar juntos y de que además puedes venir aquí.

Carl la miró, recordando las veces que su tío le había echado en cara tanto su homosexualidad como el hecho de que su pareja fuera un brujo. Sabía que a Joshua también se lo había hecho pasar mal en algunas ocasiones, así que él también estaba deseando que lo supiera y se le borrara la estúpida sonrisa de satisfacción que asomó a su rostro cuando se enteró de que habían roto.

Mientras hablaban, Debby había preparado dos tazas más de café y unos bollos, intentando encontrar la manera de sacar el tema de su presunto sueño. Por suerte para ella, Eleanor fue más rápida y en cuanto todos volvieron a estar sentados comentó:

—Bien, antes de que baje nadie más, hay algo que queremos explicaros. Huck se ha aparecido esta noche en la habitación de Debby.

—¡Qué! ¿Qué te ha dicho?

—Nada, yo creía que era un sueño, pero cuando me levanté vi que no —contestó Debby mientras les mostraba la marca en el cuello.

Carl suspiró y explicó entre aliviado y preocupado:

—Está reaccionando, pero se deja llevar por sus instintos. Por eso ha acudido a ti.

—¿Y cómo podemos retenerlo? —se apresuró a preguntar Debby.

—Nuestro problema para encontrarle era que no podíamos saber cuándo estaba en forma humana; y que teníamos miedo que permaneciera en forma animal. Pero ahora sabemos que te está buscando —aclaró Eleanor.

—Pero ¿por qué huyó? —preguntó Debby, angustiada.

—Como te he dicho, ahora que permanece más tiempo cambiado se deja guiar por sus instintos. Por una parte, se siente atraído irresistiblemente hacia la mujer que ama, por la otra sabe que debe estar lejos para protegerla. Ahora mismo no creo que razone mucho más —expuso Carl.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Amanda.

Carl miró a Eleanor que, comprendiendo, propuso:

—Esta noche, tienes que atraerlo, dejar que él acuda en tu búsqueda. La diferencia será que, cuando lo haga, nosotros estaremos a la vez haciendo un conjuro para mantenerle aquí.

—Pero no puedes retenerlo si se convierte de nuevo —puntualizó Carl.

—Lo sé, por eso primero haremos un conjuro que bloquee sus poderes de cambiante, y después uno de retención.

—¿Puedes hacer eso? —le preguntó Joshua sorprendido.

—El conjuro está en la biblioteca, será cuestión de probar. Huck ya ha estado bastante tiempo fuera, voy a retenerlo, cueste lo cueste, si estáis de acuerdo —propuso Eleanor.

Todos asintieron y, para cuando el resto de los brujos bajaron, el plan estaba completamente listo.

11. Sueños de regreso

Tumbada en la cama, Debby no podía dejar de moverse. Sabía que tenía que fingir que estaba dormida, pero la ansiedad por el regreso de Huck le hacía imposible estarse quieta. Mientras, en la buhardilla, sus amigos esperaban la señal. Se habían pasado el día trabajando en el conjuro, de forma que ahora la habitación de Huck se había convertido en una trampa mágica de la que, una vez apareciera, no podría escurrirse. Nervioso, Chris preguntó:

—¿Soy el único al que le parece demencial estar esperando que Huck se meta en la cama de su novia para obligarle a volver a la Hermandad en forma humana?

—Me temo que es la única opción que tenemos. Si te sirve, creo que funcionará —explicó Eleanor.

—El fin justifica los medios, al menos a veces —intercedió Jimmy—. Sé que esto es muy raro, sobre todo para Debby.

—Sí, cuando la he dejado estaba un poco desquiciada —comentó Lucy preocupada—. Solo de pensar que no funcione…

—Funcionará —aclaró Eleanor—. De eso estoy segura. Pero, ahora que Debby no nos oye, me preocupa el estado en el que Huck pueda encontrarse.

—¿Te refieres a físicamente?

—Más bien a nivel mental.

—Eleanor tiene razón, a mí también me preocupa eso. Los cambiantes ven afectados sus instintos, así que tenemos que estar preparados para un Huck diferente —reflexionó Joshua.

Todos intercambiaron miradas de miedo, pero Joshua añadió:

—No me importa cuán diferente esté, le ayudaremos a que vuelva a ser el de siempre —afirmó Carl.

Joshua le sonrió. A pesar de que los cambiantes no solían tomar parte en las ceremonias de los brujos, teniendo en cuenta el estado en el que podía estar Huck, le había pedido ayuda a su novio para que estuviera allí con ellos. Su novio… Sonaba tan bien volver a pensar en él ese modo, saber que estaba a su lado, que podía volver a abrazarle, que podía contar con él para ayudar a Huck, juntos… Delicadamente le tomó de la mano y propuso:

—Si queréis, podemos hacer un círculo de energía mientras esperamos. Nos hará más fácil la espera.

Carl hizo ademán de soltarle la mano, pero Joshua se la retuvo mientras decía:

—Solo es un círculo de amistad, si los demás están de acuerdo puedes participar. No necesitas ser brujo para ello.

Chris, que estaba sentado al lado de Carl, rio y comentó tomando su mano:

—Por supuesto. Además, le estoy cogiendo el gusto a hacer manitas con tu novio.

Joshua esbozó una sonrisa, al ver que sus amigos reían. A veces, todos necesitaban ese punto de broma que solo Chris sabía dar, sobre todo en las situaciones complicadas. Tomando de la mano de Lucy, que se sentaba a su lado, comenzó el círculo de energía.

Media hora más tarde, la señal del fuego humeando más fuerte les indicó que había funcionado. Casi atropellándose los unos a los otros, corrieron escaleras abajo hasta la habitación de Huck. Joshua y Carl iban a la cabeza, y entraron en la habitación, dejando la puerta abierta, mientras los otros observaban desde el pasillo. Al verlos, Debby, sentada sobre la cama, balbuceó entre lágrimas:

—No deja que me acerque. Dice que me hará daño.

—Aún cree que puede cambiarse. Lo hace para protegerte —explicó Carl mientras se acercaba con cuidado a su primo, que yacía sentado en el suelo únicamente cubierto por una manta.

Huck se apretó contra la pared aún más, mientras clavaba en él su mirada, perdida en el infinito.

—Necesito cambiarme, pero no puedo, ayúdame.

Carl se sentó junto a él y denegó:

—Esta vez no, hermano.

Huck le miró y luego a Joshua, comprendiendo, y gritó furioso:

—¡No podéis hacerlo, no podéis retenerme aquí! Dejadme ir.

Carl evitó que se levantara, pero Huck también era muy fuerte, así que comenzaron un forcejeo. Eleanor entró rápidamente y lanzó un conjuro sobre Huck, consiguiendo que se quedara inmóvil, cayendo en un sueño profundo. Debby aprovechó para acercarse a él mientras sollozaba. Su amiga se acercó a ella y la abrazó mientras le decía:

—Ahora está bien, necesita estar un rato así. Es la única forma que se me ocurre para que Joshua y Lucy puedan trabajar con él mañana.

—¿Mañana? —protestó Debby.

—Cariño, ya has visto el estado en el que está. Ahora mismo todos sus instintos le dicen que tiene que volver a cambiarse, que tiene que huir. Nuestra magia le retiene, pero necesita descansar, como humano, para que podamos tener alguna posibilidad.

Debby no dijo nada, pero observó como Joshua y Carl llevaban a Huck hasta la cama y le tumbaban. El resto de amigos les miraban desde el pasillo, horrorizados por el estado de Huck. Joshua posó delicadamente su mano sobre la espalda de Debby y le propuso:

—Puedes quedarte con él, si quieres. No despertará hasta mañana.

—No volveré a separarme de él —se apresuró a contestar Debby.

—Bien, en ese caso, será mejor que todos vayamos a descansar también —propuso Jimmy—. Tal y como está Huck, mañana tendremos un día muy largo.

Lucy asintió y besó a Debby en la mejilla mientras le decía:

—Le sanaremos. Te lo prometo.

Su amiga asintió y recibió como en sueños las palabras de consuelo y ánimos de todos sus amigos, que fueron entrando uno a uno antes de volver a salir de la habitación. Joshua fue el último, que con voz apenada le propuso:

—¿Quieres que te prepare una infusión que te ayude a dormir?

—No, hoy no quiero dormir.

—Huck no despertará. Te lo aseguro, el conjuro de Eleanor es muy potente —repitió.

—No importa, necesito tiempo con él y no sé si cuando despierte me lo querrá dar.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Carl se acercó a ella y, mientras se las secaba suavemente, la consoló:

—Huck te adora, lo sé porque he estado comunicándome con él todo este tiempo. Solo necesita tiempo. Créeme, sé de lo que hablo.

Debby le miró, observando cómo estaba con Joshua, el amor que emanaban cuando estaban juntos. Esbozó una sonrisa y más animada garantizó:

—Le esperaré.

Los dos chicos le sonrieron y, mientras les veía salir de la habitación cogidos de la mano, se metió en la cama con Huck, abrazándole. Puede que estuviera mágicamente dormido y que no pudiera ni hablar, pero al menos podía volver a sentir su cuerpo pegado al de ella, podía sentir que volvían a estar juntos. Y, disfrutando de esa sensación que tanto había añorado, enterró su cabeza en sus cabellos y se quedó dormida instantáneamente, algo que no le había sucedido desde que él se había marchado.

12. Sueños que se alejan

Un mes más tarde, Debby se mordía las uñas delante de la puerta de Huck, mientras recordaba lo que había acontecido durante ese tiempo. El conjuro había funcionado a la perfección y habían conseguido bloquear permanentemente la capacidad de Huck de cambiarse, reteniéndole en forma humana. Al principio, él estaba agotado y desquiciado. Una parte de él anhelaba volver a la forma animal, volar libre; la otra luchaba por ser el brujo que había dejado atrás. Para protegerle de sí mismo, siempre se había quedado con él alguno de los miembros de la Hermandad de la Luz; todos menos Debby. Lo único que Huck había tenido claro desde la mañana en la que despertó en sus brazos, era que no la quería cerca de él. Así que ella había abandonado entre lágrimas su habitación para ir a la que estaba desocupada en el piso superior, esperando que cambiara de idea.

Durante días, Joshua y Lucy habían trabajado con él, sanando sus heridas, y consiguiendo que recuperara su completa cordura cuando ya habían pasado tres semanas desde su regreso. Todo ese tiempo, Debby había esperado que la quisiera de nuevo a su lado, que reaccionara. Sin embargo, eso no había llegado a suceder nunca. Aunque había vuelto por ella, siguiendo sus instintos de amor, en cuanto recobró su sentido común humano, se aferró a que debían mantenerse separados; y le había dejado muy claro que su historia era imposible. Debby había tratado de tener paciencia, pero aquel día, cansada de que él se mantuviera alejado de ella tanto en la Hermandad como fuera de ella, fue a su habitación a la vuelta de las clases para hablar de su relación. En cuanto tomó las fuerzas suficientes, no llamó a la puerta, sino que entró directamente, temiendo que él le negara la entrada. Huck la miró con dureza teñida de dolor y le espetó:

—No debes estar aquí.

—Necesito hablar contigo —repuso Debby, inflexible.

—Ya hemos hablado de todo.

—No, tú has hablado. Te has limitado a decirme que no podemos estar juntos, pero dado que yo no creo eso, tengo derecho a opinar.

Huck la miró. Que ella viviera en su Hermandad había sido un sueño para él, pero ahora no podía sino sentir dolor por su presencia, saber que estaba siempre tan cerca de él, y a la vez tan lejos. Pero tenía que ser así, él lo sabía. Por eso insistió:

—No quiero estar contigo, y no puedes obligarme.

—¿Es que no entiendes que me haces más daño tú alejándote de mí que el que me pueda hacer esa maldita bruja? —le espetó ella, furiosa.

Huck comprendió que había sido un error dejarle entrever a Debby que el hecho de que estuvieran separados era una obligación; porque eso era algo con lo que ella nunca estaría de acuerdo. Por ello, supo que tenía que decirle lo que había estado pensado, el último plan que se le ocurría para alejarla de él. Con voz pretendidamente fría contestó:

—Yo no te quiero, Debby. Sé que te dije que sí antes de marcharme, pero no es verdad.

—Sí que lo es, solo dices eso para protegerme —recalcó ella.

Huck apartó la mirada y con voz de hielo replicó:

—Te lo dije, no soy bueno con las chicas. Creía que te amaba, pero me equivoqué. Por eso quiero que me dejes tranquilo. No puedo rehacer mi vida contigo a mi lado continuamente pidiéndome que volvamos.

Debby sintió como una daga se le clavaba en el corazón, mientras Huck se sentía romper por dentro al saber el daño que le estaba infringiendo. Con lágrimas en los ojos, Debby le preguntó:

—¿Me estás diciendo que quieres salir con otras chicas?

Huck asintió con la cabeza mientras le espetaba duramente:

—Tengo veintiún años. ¿No es eso lo que se supone que debo hacer? Soy demasiado joven para salir con nadie seriamente.

Debby se sintió desfallecer y añadió con la voz rota:

—¿Quieres que me vaya de la Hermandad?

Huck sintió que se volvería loco si ella se alejaba, más cuando allí era el único sitio en que sabía que estaba completamente segura. Por eso se apresuró a decir:

—Por supuesto que no. Eres libre de quedarte, pero siempre y cuando te quede claro que…

—Déjalo, no quiero oírlo —le interrumpió Debby, incapaz de volver a escuchar que quería salir con otras chicas.

Huck bajó los ojos, incapaz de aguantarle la mirada; y Debby añadió mientras daba un fuerte portazo y corría a encerrarse en su habitación.

—No te preocupes, no volveré a molestarte.

Poco después, sentada en la cama, Debby sollozaba mientras Eleanor, Amanda y Lucy intentaban consolarla sin conseguirlo. Estaba destrozada. Lucy le insistió:

—Tienes que tener paciencia, Huck solo está siendo cabezota.

Debby la miró entre lágrimas y contestó:

—¿Paciencia? Él no quiere estar conmigo, me lo ha dicho por activa y por pasiva desde que le hicimos volver. Ya no puedo más.

—En eso tienes razón. A pesar de que estoy convencida de que todo eso de salir con chicas es un embuste para que te alejes de él, lo cierto es que llevas un mes encerrándote aquí a llorar cada vez que te rechaza, así que quizás ha llegado el momento de que dejes de intentarlo —comentó Eleanor.

—Pero si él la ama… —protestó Lucy.

—Leny tiene razón. Es como si cuanto más se intenta acercar Debby, más se aleja él. Tú y Joshua le habéis sanado, pero mientras siga pensando que estar juntos es un peligro para Debby, la mantendrá alejada de él.

—¿Y qué debo hacer? —rogó Debby—. La idea de que esté con otra me tortura.

—Como ya te he dicho, no creo que eso sea verdad. Pero no puedes seguir así, tienes que cambiar de aires, salir un poco de aquí —insistió Eleanor.

Debby esbozó una sonrisa amarga y confesó:

—Tengo que reconocer que me siento asfixiada. En cuanto salgo de clase, vengo corriendo para estar disponible para Huck, pero él siempre termina rechazándome; así que yo me derrumbo.

—Lo sé, ya ni siquiera quieres entrenar —recordó suavemente Eleanor.

—Si os soy sincera, la única vez que estoy un poco bien es en clase, cuando puedo fingir que Huck no me rechaza.

—¿Con Matt? —se atrevió a preguntar Lucy.

—No siento por él lo que sentía antes, si te refieres a eso —se apresuró a explicar Debby—. Pero su amistad me facilita las cosas, al menos cuando estoy fuera de la Hermandad.

—¿Y él no ha vuelto a insistir en que volváis a salir juntos? —Curioseó Amanda.

—No, ni una sola vez. Ya os lo he dicho, ahora somos solo amigos —insistió Debby.

Lucy la miró, y una idea le vino a la cabeza:

—Te diré lo que haremos. Eleanor y Amanda están de exámenes, pero tú y yo no, así que esta noche, salida de chicas, como los viejos tiempos. Necesitas distraerte un poco de todo esto, y yo me encargaré de que eso suceda.

—Me parece una idea perfecta. Así que deja de llorar, ponte guapa y salid a divertiros —añadió Amanda.

Debby esbozó una sonrisa y comentó:

—Gracias chicas, no sé qué haría sin vosotras.

Las cuatro se abrazaron, y después Lucy comenzó a planear los vestidos que llevarían.

13. Sueños de traición

Sentada en una esquina del bar, Debby esperaba a Matt, que había ido a buscar otra ronda de bebidas. Aunque Lucy y ella habían planeado una velada de chicas, lo cierto era que esta última tenía un fuerte dolor de cabeza, así que habían decidido volver a la Hermandad y posponer la salida para otro día. Sin embargo, en la puerta del bar se habían encontrado con Matt, que le había propuesto a Debby que se quedara un rato con él, y así hablaban de su padre y de *lady* Angélica, que parecía que cada vez estaban más unidos. A pesar de lo que Huck le había dicho, Debby no le había creído, así que era reacia a darle ningún motivo de celos que le alejara más, pero Lucy había insistido en que tenía que tratar de distraerse. Y, una hora más tarde, no se arrepentía de ello. Después de pasarse el día encerrada en la habitación llorando por el rechazo de Huck, era agradable estar con Matt, que le hablaba de la mansión y de un mundo que parecía en esos momentos mucho más fácil que el que ella vivía. Además, a pesar de que no era difícil adivinar por el estado de sus ojos que

había estado llorando, Matt había sido lo suficientemente prudente como para no preguntar nada, y se había limitado a intentar hacerle reír.

Mientras esperaba que volviera, su mirada recorrió el bar con desgana, hasta que sus ojos se clavaron en Huck coqueteando con una de las animadoras. Tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que lo que estaba viendo era cierto, que efectivamente era «su Huck» el que decía algo en el oído de la muchacha, casi acariciándola. Con el corazón desgarrándose poco a poco, observó como él salía del bar, apenas lanzándole una mirada, demasiado ocupado como estaba sosteniendo por la cintura a la muchacha y pidiéndole en voz alta que lo llevara a su residencia.

Siguió así, incapaz de moverse ni de pronunciar una palabra, hasta que Matt, que sin que ella se diera cuenta se había acercado comentó:

—No me puedo creer que se haya ido con esa chica delante de ti. Aunque no debería extrañarme por lo que me han contado de él, por lo visto siempre le hace lo mismo a todas las chicas…

—Matt, cállate —le espetó Debby.

Él la miró preocupado y ella añadió más suavemente:

—Necesito irme.

—Debby, no voy a dejar que vayas detrás de él.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es —le contradijo Matt mientras la obligaba a permanecer sentada—. Mira, vale que finja que no sé qué estás destrozada porque no ese idiota no quiere estar contigo, pero me niego a aceptar ver cómo te rebajas ante él. Se acaba de ir con otra delante de ti, ¿hasta dónde vas a llegar? Vamos, Debby, tú vales mucho más que eso.

Debby sintió las lágrimas fluir por sus mejillas y Matt se apresuró a llevarla fuera del bar, pero por la parte trasera, para evitar encontrarse con Huck y la animadora. Cuando estuvieron solos, Debby intentó secarse las lágrimas, pero Matt fue más rápido y lo hizo utilizando su pañuelo, con la misma ternura que siempre le había mostrado. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Debby dejó caer la cabeza sobre su pecho, necesitando olvidar por unos minutos la herida de su corazón. Matt la abrazo fuertemente, besándole los cabellos y susurrando palabras confortadoras hasta que las lágrimas cesaron. Debby alzó la cabeza hacia él, que, incapaz de soportar más que pensara en Huck, descendió con suavidad la cabeza y posó sus labios sobre los de ella. Ella intentó separarse, pero Matt la retuvo mientras le decía:

—¿No te das cuenta de que yo si te quiero de verdad, solo a ti?

Debby le miró. Aquello no estaba bien, lo que sentía era necesidad de dejar de sentir dolor, no amor. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Matt la volvió a abrazar e, incapaz de resistirse al bálsamo de sentirse amada, dejó que sus besos tomaran su boca de nuevo.

14. Sueños celosos

Huck entró en la Hermandad derrumbado, sintiendo sobre sí mismo el peso del daño que le había infringido a Debby. Fue a la sala común, con la intención de dejarse caer sobre el sofá y poner cualquier cosa en la televisión que le hiciera olvidar durante unos minutos la mirada llorosa de Debby clavándose en él cuando había salido del bar abrazado a la animadora.

Cuando entro en la habitación, sintió que se le erizaba el vello al ver a Lucy hablando en el sofá con Benjamin y Jimmy. Una terrible idea le pasó por la cabeza y se apresuró a preguntar:

—Lucy, ¿qué haces aquí?

—Vivo aquí… —indicó ella mientras los chicos le miraban extrañados.

—Me refiero a que cómo has podido llegar tan rápido desde el bar. ¿Y dónde está Debby?

Lucy le miró, intuyendo que algo no iba bien y respondió:

—Debby está en el bar, tomando algo.

—Pero ¿no se supone que estaba contigo? Jimmy me comentó que teníais salida de chicas…

Lucy vaciló, pero finalmente reveló:

—Así era, pero me dolía la cabeza y solo estaba allí por ella, para animarla después de la conversación contigo esta mañana. Entonces Matt apareció y le propuso que tomaran algo, ya que tenía que contarle cosas de su padre y *lady* Angélica; así que les dejé solos.

Mientras escuchaba, Huck se dejó caer en una silla con el semblante angustiado, por lo que Jimmy incidió:

—Huck, no seas dramático. Solo están tomando algo. A pesar de que te pasas la vida rechazándola ella está convencida de que se te pasará la obsesión de que tenéis que estar separados.

—El problema es que he hecho algo más que rechazarla —confesó Huck con la voz rota.

Lucy le miró, intuyendo que algo iba muy mal y Huck le explicó con voz de culpabilidad:

—Fingí que seducía a una animadora y le ofrecí que fuéramos a su residencia, asegurándome de que Debby nos escuchara.

—¡Eres un idiota! —le espetó Jimmy.

—Pensaba que estaba con Lucy y que volvería a la Hermandad.

—O sea, que le romperías el corazón pero seguiría esperándote —le espetó Lucy.

—No es eso lo que yo quería… —repuso Huck.

—Por supuesto que sí —corroboró Jimmy—. Tú, en el fondo, lo que quieres es que ella sea tuya pero de lejos, para sentirse que la proteges y a la vez que no la pierdes.

Huck bajó los ojos, reconociendo la verdad en las palabras de sus amigos, y Benjamin le espetó:

—¿Te das cuenta de que puedes haber echado a tu novia a los brazos de Matt? Confirmo lo que ha dicho Jimmy, eres idiota —añadió Benjamin.

Huck le miró entre enfadado y arrepentido de lo que había hecho, mientras Benjamin añadía:

—Cuando estuviste fuera, Debby y Matt volvieron a ser amigos, y no necesito ser un experto para saber que ese chico está loco por ella. Por eso hablé con Debby, le dije que te esperara, que la amabas.

—¿Tú hablaste con Debby para que se mantuviera alejada de Matt?

—Sabía que volverías y pensé que te darías cuenta de que lo mejor era que estuvierais juntos.

Huck le miró sorprendido de que Benjamin se hubiera tomado tantas molestias por él, más cuando parecía vivir en su mundo. Con voz suave le dijo:

—Gracias por eso, amigo.

—Ya, pues no me las des porque no sé si servirá de mucho esta noche, cuando le has roto el corazón delante del mismo chico que sueña con consolarla —masculló Benjamin.

—¿Estás diciendo que Debby puede enrollarse con Matt? Ella no lo haría, por muy enfadada que esté conmigo…, ¿verdad, Lucy? —comentó Huck mirando a su amiga con ojos desesperados, dándose cuenta por primera vez de lo que podía haber generado con su actitud.

Lucy esquivó su mirada, y Huck insistió:

—Por favor, dime que no crees…

Lucy le miró con lástima, pero le interrumpió diciendo:

—Debby lleva más tiempo del que recuerdo llorando por ti, primero esperando a que regresaras y luego a que quieras volver con ella. Y Benjamin tiene razón, yo tampoco creo lo de que Matt haya aceptado ser solo su amigo. No sé qué va a hacer, porque nunca antes la había visto en esta situación. ¿Quieres que la llame?

Huck asintió con la cabeza y Lucy marcó el número de su amiga. Con voz queda comentó:

—Lo siento, lo ha apagado.

—¿Y qué significa eso? —se apresuró a preguntar Huck.

—No lo sé —confesó Lucy.

—Me voy a buscarla —aseveró Huck mientras se levantaba rápidamente.

—¿Dónde vas?

—Al bar, y si no a la Hermandad de las Águilas. No dejaré que pase nada entre ellos.

Jimmy continuó interceptándole el paso y le dijo ante la mirada aprobadora de Lucy:

—De acuerdo, amigo, pero si vas a buscarla no es para volver a romperle el corazón. Me da igual que esa maldita bruja os persiga, no puedes dejarla en el estado de estas últimas semanas. ¿Entendido?

—Me sumo a la petición —añadió Benjamin.

Huck asintió y les garantizó:

—Os prometo que si la encuentro y me quiere escuchar, no volveré a dejarla.

Y, ante la mirada entre comprensiva y preocupada de sus amigos, salió de la Hermandad a toda prisa.

La Hermandad de las Águilas parecía sumida en la calma, que Huck rompió al llamar violentamente al timbre. Por suerte, fue Andrew el que apareció por la puerta con la sonrisa que le caracterizaba y se limitó a comentar irónicamente:

—Huck… debí adivinarlo por tu estilo inconfundible de llamar al timbre. ¿Qué hay hoy en tu dramática agenda que te trae de nuevo a nuestra Hermandad?

Él le fulminó con la mirada y Andrew añadió:

—Carl no está, ha salido con Joshua. Lo digo por si les buscas.

—No le busco a él, sino a Debby.

Andrew arqueó las cejas y Huck aclaró:

—Mi novia.

—Sé quién es Debby, pero ¿no se te ocurre otro lugar para buscarla que no sea aquí? No creo que con lo que pasó con Jack esté precisamente en nuestro club de admiradoras… —comentó Andrew.

Huck le lanzó una mirada asesina y Andrew comprendió:

—¿Crees que está aquí con Matt?

—¿Qué sabes tú de eso? —se apresuró a preguntar Huck—. ¿Te ha dicho algo de lo que siente por ella o de si ha pasado algo?

Andrew vaciló y después contestó:

—Oye, tú me caes muy bien y todo eso, pero no pienso hablar de ti sobre Matt, él es mi compañero de Hermandad.

Huck se acercó a él amenazadoramente y Andrew le miró con ojos tranquilos mientras le decía:

—¿De verdad quieres pelearte conmigo porque respeto a un «hermano» que, por cierto, no se mete nunca en problemas con nadie?

Huck retrocedió y se apresuró a decir:

—Lo siento, estoy algo desquiciado.

Andrew le miró. Parecía muy preocupado y nervioso, así que le propuso:

—¿Quieres pasar? Podemos tomar una cerveza y hablar. Se me da bien escuchar.

Huck esbozó una sonrisa incrédula y le preguntó:

—¿Me estás invitando a una charla de amigos?

—Si Carl y Joshua pueden salir juntos y funciona, no acabo de ver el problema en que tú y yo seamos amigos. Entre nosotros, estoy algo cansado de las guerras entre brujos y cambiantes. No va con mi estilo.

Huck le miró sorprendido y comentó:

—Es lo último que esperaba que me dijeras y te lo agradezco, pero tengo que seguir buscando a Debby.

Su voz triste bajó las defensas de Andrew, que reveló:

—No te contaré nada de Matt, pero al menos te diré que está solo, en su habitación, y que no parecía feliz cuando ha llegado. El resto tendrás que preguntárselo directamente a tu novia.

Huck emitió un suspiro de alivio primero, pero luego torció el gesto, intentando pensar donde podía estar Debby. Andrew adivinó sus pensamientos y se apresuró a añadir:

—¿Quieres te acompañe a buscarla? Por si está en peligro…

Huck le miró agradecido, quizás Andrew tenía razón y no le sería muy difícil ser amigo de él, aunque fuera un cambiante. Sin embargo, algo en su interior le decía que Debby estaba a salvo, al menos físicamente. Por lo que Andrew le había dicho sobre Matt, Debby tenía que haberle rechazado, así que lo más lógico era que se hubiera refugiado en algún lugar donde pudiera desahogarse sin miedo a que él la encontrara. Una idea apareció en su mente y, con una sonrisa, se despidió de Andrew diciendo:

—Gracias, pero creo que sé dónde está.

—Como quieras.

Huck hizo ademán de marcharse, pero antes se giró un momento y comentó:

—Puede que algún día podamos tomarnos esa cerveza, aunque mejor en terreno neutral.

Andrew sonrió y contestó amigablemente:

—Cuando tú quieras.

15. Sueños de amor definitivo

El observatorio estaba a oscuras, pero gracias a la luz que se filtraba en la cristalera pudo ver la imagen de Debby tumbada en el sofá, llorando. Se acercó a ella que, al verlo, se sentó y le espetó entre lágrimas:

—Dile a esa chica que os tendréis que ir a otra parte. No pienso cederte este sitio para que estés con ella.

Huck se arrodilló delante de ella y le recordó:

—Ya te dije que aquí solo te traía a ti. Además, no hay ninguna chica. Nunca la ha habido desde que estuvimos en París.

Debby le miró, visiblemente enfadada y le acusó:

—Te vi salir abrazado del bar con ella y decirle que te llevara a su residencia. No soy tan idiota como crees.

Huck suspiró y reconoció.

—El idiota soy yo. Creé esa farsa para que te enfadaras conmigo y aceptaras que no podemos estar juntos.

Ella le miró indignada y le espetó:

—Entonces, felicidades, lo has conseguido. Además, no me creo que no haya pasado nada.

—Te juro que ni siquiera la besé; era incapaz de hacerlo aunque fuera en una farsa. Además, puedes preguntarles a Jimmy y a Lucy. En cuanto salí del bar, dejé a esa chica y me fui a la Hermandad. Creía que estabas con Lucy y cuando me dijo que estabas con Matt, enloquecí. Te he buscado por todas partes, incluso fui a la Hermandad de las Águilas. Allí me dijeron que Matt había vuelto furioso, así que supe que no estaba contigo. Entonces, tuve la intuición de que estarías aquí.

Debby le lanzó una mirada penetrante y mientras se secaba las lágrimas le espetó:

—No te atrevas, Huck, no te atrevas. Te marchaste rompiendo conmigo a través de una visión en lugar de decírmelo a la cara; después te apareciste de noche en mi cama para desaparecer de nuevo. Y cuando volviste definitivamente a la Hermandad, me rechazaste una y otra vez. ¿Y ahora te enfadas porque tomo algo con Matt?

Huck bajó los ojos, entendiendo como sonaba todo aquello en su mente, la confusión que le había generado. Con voz dulce le explicó:

—No era contigo con quién estaba enfadado, sino conmigo por haberte lanzado en sus brazos. Lucy me contó lo que él siente por ti, y pensé que tú y él…

—Estaríamos juntos —musitó Debby terminado su frase.

Huck la miraba apenado y ella confesó:

—Matt me besó. Y me dijo que quería que volviéramos.

—¿Y tú que le respondiste? —balbuceó Huck.

Debby le miró, hastiada, y contestó:

—Estoy aquí, sola, pensando en la noche que pasamos en este mismo sitio juntos y maldiciéndote porque no quieres estar conmigo. ¿Qué crees que le dije?

Huck no respondió, sino que se limitó a acariciar su mejilla suavemente. Ella protestó:

—No lo hagas. No puedo soportar más veces esto, que me ames y luego rompas conmigo, aunque sea porque crees que es por mi bien. No lo resisto más tiempo.

Huck no dejó de acariciarla, sino que le reconoció:

—Lo entiendo, y también sé cómo me he sentido yo cuando he pensado por un momento que pudieras estar con Matt, que te había perdido para siempre. Debby, ya no puedo estar lejos de ti. Sé que no lo he hecho demasiado bien hasta ahora, pero encontraré la manera de protegerte y a la vez estar contigo.

—No puedes protegerme siempre, nadie puede —insistió Debby.

—Entonces, al menos lo intentaré, si tú me lo permites.

Hizo una pausa, clavando su mirada en ella, que permanecía en silencio. Entonces, añadió:

—Quiero volver a estar contigo, independientemente de lo que pase con esa bruja obsesionada conmigo o con quién sea.

—Huck, no podría soportar que volvieras a dejarme… Duele demasiado —suplicó ella.

—No lo haré, nunca más, pase lo que pase. Lo siento muchísimo, de verdad. ¿Puedes perdonarme?

Debby se mordió el labio inferior y musitó:

—Sigues siendo el único que puede hacerme feliz, así que supongo que sí.

Huck la abrazó por toda respuesta, y ella le apretó contra sí, con todos los sentimientos que había retenido desde su retorno. Estuvieron así largo rato, hasta que Debby se separó un poco de él y le amenazó:

—Si vuelvo a verte con una chica…

—Ya te lo he dicho, no hay ninguna otra chica, nunca la habrá. Te quiero, solo a ti. Para siempre.

Al oír las palabras que tanto tiempo había esperado, Debby se volvió a lanzar a sus brazos, pero esta vez alzó sus labios hacia él para que la besara. Huck no se hizo de rogar, él también había pasado demasiado tiempo echándola de menos, demasiado tiempo deseándola sin poder ni siquiera tomarla de la mano. Debby rodeó su cuello con sus manos, atrayéndolo hacia ella mientras se dejaba caer sobre el sofá. Huck se tumbó a su lado, sin dejar de besarla, pero esta vez, a diferencia de la primera ocasión en la que la había llevado al observatorio, se sintió descontrolado por el cúmulo de sentimientos acumulados. Debby pasó su mano por la espalda, y le ayudó a quitarse la camiseta como había hecho aquella mañana hacía tanto tiempo, antes de que Carl apareciera. Solo que esta vez ambos estaban seguros de que nadie les interrumpiría. Huck pasó la mano por la cintura de ella y, sintiéndose tímido por primera vez en su vida, le quitó la camiseta dejando su piel desnuda a su vista, con el pecho cubierto únicamente por el sujetador. Debby se estremeció, era la primera vez que un chico la veía así. Al advertirlo, Huck hizo ademán de apartarse, pero ella le retuvo y le abrazó, apretándolo contra ella, deseando

sentir su piel en contacto con la suya. Huck comenzó a besarla y, lentamente, comenzó a bajar su mano hasta el pantalón, desabrochándolo hasta deslizarlo por sus caderas mientras Debby hacía lo mismo con el suyo. Su piel era suave, y en contacto con la suya, parecía que tenía el poder de nublarle completamente la mente, sobre todo porque ambos iban quedándose en ropa interior. Dejándose llevar, la apretó contra sí pero, cuando sus manos se deslizaron por su espalda para desabrocharle el sujetador, una idea pasó por su cabeza y se separó diciendo:

—No tengo nada, de protección, me refiero. No pensaba estar con nadie esta noche.

Debby bajó los ojos y musitó con una sonrisa entre tímida y traviesa:

—Yo tengo.

Huck la miró extrañado y le preguntó:

—¿Tú tienes preservativos?

—No, no es eso. Tengo un conjuro. Amanda y Eleanor lo hicieron para Lucy, pero, en palabras textuales de Eleanor, me lo explicaron a mí para cuando dejaras de ser un idiota y volvieras a salir conmigo.

Huck esbozó una sonrisa y comentó:

—Eleanor nunca pierde la fe en nosotros. Pero tiene razón, he sido un idiota, lo que he llegado a hacer para que me odiaras…

—Ahora eso ya no importa.

—Pero ha sido otra noche horrible. Será mejor que dejemos esto para…

—No —se negó Debby rotundamente.

—¿No? —le preguntó Huck sin comprender.

—Estoy cansada de ocultar lo que siento cuando estoy contigo, como ahora. No quiero postergarlo más, esperando a una ocasión perfecta que nunca llega. La mañana en la que Carl nos interrumpió, estuve a punto de morir. Si vuelve a pasar, quiero al menos saber lo que siento estando así contigo.

Mientras lo decía volvió a rodear sus brazos en el cuello de él y añadió:

—Te quiero y confío en ti, no necesito nada más. Así que, como diría Eleanor, deja de ser un idiota y bésame.

Él hizo lo que le pedía y mientras posaba sus labios sobre los de ella y sentía su aliento embriagador, supo que por fin podía dejarse llevar y que, por primera vez en mucho tiempo, todo era perfecto.

16. Sueños rotos

Apenas hacía una hora que había amanecido y, aunque el observatorio estaba cerca de la Hermandad de la Luz, parecía que estaba muy lejos a juzgar por lo que habían tardado en recorrer la distancia. Aún embriagados por la noche que habían pasado juntos, Huck y Debby caminaban abrazados, deteniéndose a casa momento para besarse, saboreando aún las sensaciones que habían compartido.

Sin embargo, cuando el edificio se alzó ante ellos, Debby se separó de Huck instantáneamente mientras musitaba:

—Matt…

Huck alzó la vista y su mirada se topó con la del chico que, apoyado sobre la entrada, con las manos en los bolsillos, le miraba con desprecio. Sintió la sangre hervir y le espetó:

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar con Debby.

Y, mirándola a ella, añadió.

—Estaba preocupado… No me cogías el teléfono, y cuando vine aquí Joshua me dijo que no estabas en tu habitación.

—Matt, yo… —comenzó a hablar Debby.

—Ella no te debe ninguna explicación —la interrumpió Huck—. Debby es mi novia, así que como ya te dije una vez, aléjate de ella.

—¿Eso no tendría que decírmelo ella? Porque, hasta donde yo recuerdo, has estado semanas sin hablarle, y el único que ha estado allí he sido yo.

—¡Basta! Los dos —ordenó Debby ganándose una mirada reprobadora de ambos—. Volvéis a hablar como si yo no estuviera delante, como si fuera un trofeo. Así que Huck, entra en la Hermandad, necesito hablar con Matt, a solas.

Este esbozó una sonrisa victoriosa y Huck protestó:

—No me parece…

Debby le tapó la boca con la mano, y, con los ojos suplicantes le dijo:

—Huck, yo confío en ti. ¿Puedes hacer lo mismo por mí? Por favor… No quiero discusiones entre vosotros.

Él hizo una mueca, pero hizo lo que Debby le pedía, aunque no pudo evitar entrar en la Hermandad dando un portazo. Cuando estuvieron solos, Debby se giró tristemente a Matt mientras le decía:

—Siento que te preocuparas. Y también que te hayas enterado así de que volvemos a salir juntos.

Él la miró perplejo y respondió:

—Debby, ¿qué demonios te pasa? Anoche estabas llorando porque se fue con otra delante de ti y ahora vienes abrazada a él. ¿Habéis pasado la noche juntos?

—Ya te imaginas la respuesta a eso.

Él hizo un gesto de dolor y reprochó:

—Llevo desde que llegué a esta Universidad oyendo las chicas con las que Huck se ha acostado. Te mereces algo mejor, pensaba que tú sabías eso.

—Él es mejor, mucho más que todo lo que te hayan podido contar —replicó Debby.

—No es lo que me cuentan, anoche lo vi con mis propios ojos —insistió él, cada vez más enfadado.

Ella suspiró y comentó:

—Era una farsa, como todo lo que ha hecho este tiempo manteniéndome alejada de él, solo quería protegerme, de la bruja que nos atacó a Eleanor y a mí. Matt, sé que desde fuera parece otra cosa, pero realmente me ama.

Él la miró tristemente y musitó:

—El problema es que yo también te amo.

Debby clavó en él una triste mirada y le recordó:

—Dijiste que querías ser mi amigo, que lo entendías…

—Supongo que yo también hice una farsa. Creía que si éramos amigos, si podía hacerte comprender lo bien que estábamos juntos, podría recuperarte.

Su voz estaba rota y Debby sintió que las lágrimas subían a sus ojos mientras le decía:

—Matt, me gusta estar contigo, eso no ha cambiado nunca. Tú me ayudaste a mantenerme cuerda todo este tiempo que Huck y yo estuvimos separados. Igual que cuando salíamos, el último año del internado, con la presión de las notas y también cuando me ayudaste a salvar a Lucy.

—¿Y eso no te hace pensar que aún me quieres?

Debby vaciló unos segundos y luego declaró:

—Siempre te querré Matt, pero como amigo. Lo nuestro nunca llegó a nada serio, como tú mismo dijiste, fue más una amistad que un noviazgo.

—Podría haber sido diferente, aquí, en la Universidad, si Huck no estuviera…

—Pero lo está y no hay nada en el mundo que pueda hacer que deje de amarle, ni siquiera anoche, cuanto intentó que yo pensara que estaba con otra. Cuando me besaste, podía haberme quedado contigo y una parte egoísta quería hacerlo, quería que me abrazaras y me hicieras olvidar. Pero eso no es amor, es necesidad, y no hubiera sido justo para ninguno de los dos.

Matt se sentó lentamente en el banco, aturdido por sus palabras, y Debby hizo lo mismo mientras le decía:

—Lo último que pensaba es que te rompería el corazón. Solo quería seguir teniendo a mi amigo cerca de mí. Lamento si he sido egoísta.

Él se giró hacia ella y secó sus lágrimas suavemente con sus manos mientras le decía:

—Tú nunca me diste esperanzas, yo me las creé solo. Y ahora te he perdido también como amiga, porque no soy capaz de estar a tu lado, es demasiado doloroso.

Debby sintió las lágrimas fluir de nuevo en sus ojos y comentó:

—Mi tía siempre dice que cuando algo tiene que ser, el destino encuentra el modo. Tú y yo no pudimos ser la pareja que pensamos cuando nos conocimos, pero quizás encontremos el modo de volver a ser amigos.

Matt asintió y puso su mano sobre la de ella, apretándola con fuerza:

—Suena bien eso que dices, pero ahora mismo no puedo estar cerca de ti. Lo siento.

—¿Vas a dejar la Universidad por mi causa? —le preguntó ella, sintiéndose terriblemente culpable.

—No, fue mi sueño estar aquí durante mucho tiempo. Me quedaré, pero dejaré las clases conjuntas y me mantendré alejado de ti.

Debby suspiró y, mirándole a los ojos le aclaró:

—Está bien, pero Matt, tienes que saber que te esperaré. Si yo estoy enamorada de Huck es porque tú y yo no estábamos predestinados a estar juntos, así que de algún modo, en el futuro, estoy segura de que podremos ser amigos.

Matt esbozó una triste sonrisa y comentó:

—No creo que tu novio llegue a caerme nunca bien.

—Eso no es necesario. Me basta con que un día puedas estar conmigo como lo están el resto de amigos de la Hermandad, sin dolor, sin sentimientos de amor. Solo la parte buena.

Matt le tomó la mano que tenía estrechada con la suya y la llevó a sus labios, besándola. Después se la soltó y le dijo:

—Yo también lo espero.

Ella le vio marchar, con los hombros caídos y la espalda encorvada, terriblemente triste. Y tuvo que hacer acopio de valor para poder aferrarse a la esperanza de que no había perdido a su amigo para siempre.

Cuando entró en la Hermandad, Huck estaba en la entrada, mirándola. Ella enterró su cara aún húmeda sobre su pecho y él la abrazó diciendo:

—No era la llegada a la Hermandad que había previsto después de la primera noche que pasamos juntos.

—Lo siento, pero tenía que hablar con él. Se lo merece.

Huck la soltó lentamente y se atrevió a preguntar:

—¿Cómo ha ido?

—No quiere que sigamos siendo amigos, por el momento.

—¿Debo fingir que eso me molesta? —preguntó Huck irónicamente.

—Huck, te amo, no tienes que tener celos de Matt ni de nadie, ya te lo dije.

—Pero has llorado por él… —recordó él, sintiéndose vulnerable.

Debby le acarició la mejilla y le explicó:

—Se portó bien conmigo. Y le he hecho daño. Sé que no te cae bien, pero de verdad fue un buen amigo todo este tiempo.

Huck suspiró y aceptó:

—Sé que lo hizo. Supongo que estoy enfadado conmigo por haberle cedido terreno.

—No lo hiciste, porque no dejé de amarte nunca. Pero es mi amigo, y me gustaría que algún día él me viera así. Y que tú lo comprendieras si eso sucede.

Él hizo una mueca, mientras la imagen de su novia con Matt, como les había visto cuando les conoció, se aparecía con fuerza en su mente. Pero sabía que para Debby era importante, así que concedió:

—De acuerdo, pero no me pidas que me caiga bien.

—Tranquilo, él ha dicho lo mismo de ti —repuso Debby, esbozando una pequeña sonrisa.

Huck la abrazó y comentó:

—Y ahora, ¿estás preparada para el interrogatorio? Lo digo porque después de mi espectáculo de anoche, vamos a tener que contestar algunas preguntas.

Debby hizo un mohín y preguntó a su vez:

—¿Hay mucha gente despierta?

—Será fácil, solo los habituales: Eleanor, Amanda y Joshua.

—Genial. Vamos… —respondió ella intentando quitarse la imagen del semblante triste de Matt de su cabeza.

En la cocina les estaban esperando sus amigos. Joshua fue el primero en hablar:

—Matt te estaba buscando.

—Lo sé, ya he hablado con él —se limitó a responder Debby.

A nadie le pasó inadvertido que no parecía un tema del que ella quisiera hablar, así no hubo ningún comentario más al respecto. Eleanor les miró sus manos entrelazadas y adivinó con su habitual tono irónico:

—¿El hecho de que vengáis juntos significa que el rocambolesco espectáculo organizado por Huck anoche terminó bien?

—¿Cómo sabes lo que pasó? —preguntó este.

—No es que nuestra Hermandad se caracterice por saber guardar los secretos precisamente… Además, seguir vuestra historia me resulta más apasionante que las novelas que leía hasta la fecha, así que en cuanto llegamos Lucy nos lo explicó —respondió Eleanor.

—De ahí que cuando no os vimos aparecer a ninguno de los dos presupusimos que estabais reconciliándoos —añadió Amanda con una sonrisa pícara.

Debby se sonrojó y Huck se mordió el labio ante la mirada divertida de Joshua. Eleanor volvió a la carga preguntando:

—¿Significa esto que tenemos que volver a llevar la ropa de Debby a tu habitación?

—Por supuesto. Nunca debí decirle que se fuera —se apresuró a contestar Huck, mientras apretaba la mano de Debby con fuerza, como si temiera que ella pudiera cambiar de idea. Pero está sonrió a su amiga y le aseguró:

—Prometo que será la última vez. Lleváis tres traslados…

—Oh, claro que será la última. Porque si Huck vuelve a liarla, o a sentirse atormentado o cualquier cosa similar, será él quien se vaya de la habitación —afirmó Eleanor.

—¿Por qué presupones que yo el que va a liarla? —protestó Huck.

—¿Cuestión de estadística? —le preguntó Amanda a su vez.

Debby y Joshua estallaron en carcajadas ante las ironías de las dos chicas y, ante las protestas de Huck, siguieron riendo mientras preparaban el desayuno. Después, cuando se quedaron solos, Huck le comentó:

—¿Tú sabes que no voy a volver a dejarte, verdad?

Debby le miró, sintiendo como sus ojos verdes se clavaban en ella, anhelante. Ella le devolvió la mirada, y con voz suave le dijo:

—Estamos juntos y nada va a volver a separarme de ti. Ni animadoras, ni chismes, ni siquiera poderosas brujas que intenten encantarme. Pase lo que pase, voy a estar a tu lado, y no dejaré que vuelvas a alejarte de mí, ni siquiera para protegerme.

Al oírlo, Huck la abrazó fuertemente contra él, para luego posar sus labios fogosamente sobre los de ella. Debby sonrió y le susurró al oído:

—El traslado durará un largo rato y antes de eso tendré un largo interrogatorio por parte de Lucy. ¿Y si nos escondemos un rato en tu habitación?

—Buena idea, pero ni siquiera tienes pijama allí —se rio Huck.

—No recuerdo que eso fuera un problema anoche… —replicó ella con una sonrisa traviesa.

—Eso es cierto, ¿vamos? —le repitió mientras le acariciaba la espalda por debajo de la camiseta.

—No tan rápido. —La detuvo Lucy desde la puerta—. Estoy muy intrigada, así que Debby, ¡a mi habitación!

—¿Pero no se supone que tú te levantas tarde? —protestó Debby mientras Huck seguía haciéndole caricias por la espalda.

—No cuando mi mejor amiga desaparece con su exnovio toda la noche…

—Ahora vuelve a ser novio —aclaró Debby.

—Ya, eso lo he deducido yo sola. Y, ahora, en marcha, tienes mucho que contarme.

Debby rio y Jimmy, que estaba detrás de Lucy comentó:

—Será mejor que no le lleves la contraria. Yo me quedaré con Huck tomando un café.

Las dos chicas salieron cuchicheando de la cocina y Huck refunfuñó:

—No te ofendas, pero prefería el plan inicial, o sea, estar de nuevo a solas con Debby.

Jimmy rio, pero contestó:

—Pues lo siento, me temo que Lucy tiene preguntas para un buen rato.

—¿Tú no irás a preguntarme nada, verdad?

—No, básicamente porque mi querida novia me explicará lo más interesante y así me ahorraré esta incómoda conversación. Así que, ¿hablamos de otra cosa? —propuso Jimmy.

—Sí, podemos hablar del idiota de su exnovio que estaba esperándola fuera.

—Pensaba que eso me lo iba a contar también Lucy.

—Mi versión será mucho más interesante… —Prometió Huck.

—En ese caso, soy todo oídos.

Y, sirviéndose una taza de café, dejó que su amigo se desahogara.

17. La dama de la medianoche

La dama de la medianoche sentía su sangre hervir como no lo había hecho en años. Contra todo pronóstico, aquel que más amaba había vuelto con aquella que debía haber muerto hacía mucho tiempo.

Grito de rabia, sabiendo que nadie la oiría. Pero estaba preocupada. No podía hacer un ataque frontal, no cuando sabía que los miembros de aquella Hermanad eran cada vez más y más poderosos. Tenía que retirarse, pensar, encontrar la manera no solo de separarles, sino también de que aquella chica sufriera como ella lo había hecho. El que más amaba le había sido arrebatado durante demasiado tiempo, y encontraría la manera de que fuera suyo para siempre.

18. Sueños de mentiras

Náyade entró en la casa de sus tíos lentamente, cerrando la puerta con parsimonia. A la tristeza que la acompañaba desde que estuviera encerrada en el Círculo de las sombras se sumaba la desazón que siempre sentía cuando volvía a casa después del instituto y sabía que su tío estaba de viaje. Él era un buen hombre, honrado y trabajador, que siempre tenía una cálida sonrisa para ella, sobre todo después de que recibiera alguna de las frecuentes reprimendas de su tía. Lamentablemente, era un hombre poco ávido de discusiones y acataba sin reservas todo lo que su esposa decía o hacía, lo cual solía ir en contra de su sobrina. Su tía era quién le había convencido de que permitieran que el Círculo de las sombras la encerrara y Náyade estaba convencida de que le hubiera encantado que se la hubiesen quedado allí para siempre. Al fin y al cabo, que viviera con ellos era la única concesión que le había hecho a su marido en veinte años de matrimonio. Y se lo había hecho pagar tanto a él como a su sobrina cada día que habían pasado desde entonces. Náyade sintió

un escalofrío, al recordar la repentina muerte de sus padres en un extraño accidente, poco después de que Joshua se hubiera ido a la Universidad. Ojalá ella hubiera sido también adulta para ir con él y evitar estar en aquella casa donde no era bienvenida. Su tía siempre había odiado a su cuñada, la consideraba una estúpida bruja que había cometido el grave error de casarse con un brujo y engendrar más brujos; y para ella su sobrina era la viva imagen de su madre; con el agravante de ser una bruja mucho más poderosa. Jamás era amable con ella, sino que la trataba, sobre todo cuando su esposo estaba fuera, con tiranía y desprecio. Náyade sabía que podía haber hablado de ello con Joshua, pero quería que este disfrutara de la Universidad libre de preocupaciones, así que jamás le contaba nada de lo que sucedía en aquella casa. Por ello, desde el principio y acorde a su carácter placido, había aceptado la situación e intentaba llevarse con su tía todo lo bien que esta le permitía. Aquel día, sin embargo, a juzgar por la mirada que esta le lanzó en cuanto entró, no parecía que fuera a ser un buen momento. Náyade la saludó suavemente, pero su tía le espetó:

—Dame tu bolso. Lo necesito.

Náyade la miró extrañada, pero no quería problemas, así que se lo entregó. Su tía extrajo su móvil de él y antes de que pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, lo estrelló contra el suelo. Su sobrina la miró extrañada y dolida y preguntó:

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque al lugar al que vas no lo necesitas.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal mientras su tía la miraba victoriosa mientras le decía:

—Vas a volver al castillo del Círculo de las sombras, es lo mejor para todos.

—Pero no he hecho nada…

—Náyade, siempre haces algo. Está en tu naturaleza malvada —replicó ella con desdén.

Su sobrina la miró, mordiéndose el labio inferior para no replicar. Sin embargo, al final respondió:

—Soy una bruja de sanación. Ayudo a las personas a curarse.

—Y también las resucitas.

—Eso no volverá a suceder.

—Pero ha sucedido, querida, por eso es mejor que estés bajo vigilancia.

Náyade miró a los ojos oscuros y amargos de su tía y, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla, le preguntó:

—¿Qué les has dicho a los miembros del Círculo de las sombras?

—Que volviste a hacerlo, naturalmente —respondió ella con aquel rictus maligno que la caracterizaba.

Náyade la miró, observando la mirada despectiva de su tía, el rostro enjuto y lleno de arrugas siempre con un rictus severo, sus facciones aún más endurecidas si cabe por corte varonil de sus cabellos negros como su alma. Incapaz de seguir discutiendo, se limitó a decir:

—Les has mentido para que me encierren.

Su voz no era acusadora, si no decepcionada, como si se sintiera traicionada. A pesar de que había aguantado durante años su maltrato, aquello era demasiado mezquino. Con voz triste añadió:

—Dime que quieres que haga y lo haré, pero, te lo suplico, no quiero volver allí.

—Es el sitio adecuado para alguien como tú. Tu hermano está en la universidad y nosotros no queremos seguir teniéndote aquí. Lo lamento, pero es algo que deberíamos haber hecho hace tiempo.

—Quiero hablar con mi tío, por favor… —insistió Náyade, sabiendo que todo aquello tenía que estar haciéndose a espaldas de él.

Su tía la miró sardónicamente y refutó:

—Está de viaje. Pero cuando regrese le informaré de todo. Ya le dije que eras un peligro este verano, ahora tendrá que aceptarlo.

—Por eso has roto mi móvil, para que no pueda llamarle, para que no pueda contarle la verdad.

—No seas ilusa, solo eres una pequeña bruja malcriada. Jamás te creería a ti antes que a mí.

Náyade esbozó una mueca de orgullo y rebatió:

—Está bien, me iré de aquí ahora mismo, pero déjame que sea con Joshua y no con el Círculo de las sombras.

—Me temo que eso no va a ser posible. El señor Rogers lo expresó bien claro, debías volver al castillo a raíz de los últimos acontecimientos.

—Pero yo no he hecho nada, te lo estás inventado… —Se rebeló ella, sintiendo que comenzaba a perder su habitual calma.

—Demuestras muy poca gratitud acusándome, niña. Y ahora, será mejor que vayas a hacer tu maleta, el señor Rogers vendrá a recogerte en un par de horas.

Náyade la miró, sabiendo que no había nada más que decir. Aquella mujer estaba completamente rota y no podía ser sanada, había demasiado odio, egoísmo y resentimiento en su interior; por lo que no tenía sentido continuar insistiendo. En silencio, subió a su habitación, pero no comenzó a hacer la maleta. Tenía dos horas antes de que volvieran a encerrarla, dos horas para huir. Sin teléfono no podía hablar con su hermano, pero sí que sabía dónde estaba. Únicamente necesitaba llegar hasta él, y para hacerlo tenía que salir de aquella casa rápidamente. Miró a su alrededor, abriendo uno de los libros de magia que Joshua le había regalado. Como bruja de sanación su energía era más difícil de detectar por parte de los miembros del Círculo de las sombras, con el conjuro de aquel libro sería casi imposible hacerlo. Encendió las velas e intentando serenarse y concentrarse en el momento, comenzó el ritual. Había pasado casi media hora cuando lo hubo terminado, así que apenas le quedaba tiempo para la huida. Por mucho que ocultara su energía de los brujos, debía estar lejos de la casa para cuando llegaran. Sería conveniente llevar algo de ropa, y también sería buena idea coger un poco de comida. No tenía dinero, ya que su tía le requisaba todo lo que Joshua o su tío le daban, remarcando siempre que era lo mínimo con lo que podía contribuir a la casa; así que tendría que ir caminando, suponía que le llevaría unos dos días. Se vistió cómodamente, con un grueso pantalón de pana, una camiseta y un polar anudado a la cintura, por si al caer la tarde tenía frío. Si quería evitar a los miembros del círculo tendría que ir por los bosques que rodeaban la carretera, así que se calzó las botas de montaña que Joshua le había regalado por su cumpleaños. Se le ocurrió que, antes de hacer la maleta, podía ser buena idea buscar la comida. En silencio, salió al pasillo, donde se encontró con la mirada inquisitiva de su tía, que le espetó:

—El señor Rogers me ha llamado. Dice que es mejor que te tenga vigilada, no se fía de ti.

Náyade comprendió que sus posibilidades de coger comida o escaparse por la puerta principal con la mochila se esfumaban ante la presencia amenazadora de su tía. Intentando que esta no sospechara contestó:

—Solo quería ir al baño.

—¿Por qué te has vestido así?

—El castillo es muy frío, quería estar preparada.

—Está bien. Cuando salgas del baño te ayudaré a hacer la maleta. Así podemos esperar abajo, juntas, el señor Rogers ha insistido que no te pierda de vista.

Náyade no dijo nada más, sino que bajó los ojos como solía hacer cuando mantenían una discusión y se encerró en el baño, sopesando las posibilidades. Su única opción estaba allí mismo, en la ventana. Ella odiaba dos cosas: estar encerrada y las alturas. Aunque, técnicamente, como bruja de sanación debía aprender a superar sus miedos… Estar encerrada en el castillo no le había servido demasiado para la claustrofobia, así que tendría que probar con las alturas. La ventana del baño era estrecha, pero desde que estuviera en el castillo había adelgazado bastante, así que eso no era un problema. Las tuberías eran fuertes y parecía que podría apoyarse en los juntas. Echó un último vistazo, agradeciendo haber tenido la idea de calzarse las botas de montaña. Abrió el grifo para simular que lo estaba utilizando y se coló por la ventana, recordando lo que su amiga Cinthia solía decir cuando explicaba cómo se escapaba de casa para salir de noche y encontrarse con su novio: «no mirar abajo, tener cuidado donde pones los pies, ser silenciosa». El descenso era lento y, afortunadamente para ella, el temple que solía tener como bruja sanadora le ayudó a no dejarse llevar por el pánico. Cayó rápido y sin dolor sobre la hierba, intentando ser silenciosa. Sin embargo, su tía no tardaría en intentar forzar la puerta del baño si veía que tardaba demasiado, así que tenía que salir corriendo de allí.

Temblando, advirtió que estaba sin dinero, sin agua, sin comida y sin ropa de repuesto, con la perspectiva de dos días de camino por delante. Podía intentar que alguien le prestara un teléfono para llamar a Joshua, pero quizás el Círculo de las sombras lo había intervenido y podían interceptarla. Hasta que llegara a la Hermandad de la Luz, estaba sola. Y eso era algo que resultaba aterrador.

19. Sueños de pérdida

Tumbados en la cama de la habitación que compartían desde la noche del observatorio, Huck no dejaba de besar a Debby, que declaró entre risas:

—Voy a volver a estudiar magia con Eleanor.

—¿Y eso por qué? Soy un buen brujo. Además de un gran profesor, todos mis hermanos pueden dar fe de ello —replicó él mientras se entretenía jugando con uno de sus rizos.

—No lo dudo, pero conmigo eres un maestro pésimo. Siempre que comenzamos a estudiar acabamos así, y al final no aprendo ningún conjuro —se quejó ella.

—En mi defensa diré que resulta muy difícil concentrarse con una alumna tan guapa —comentó Huck mientras acariciaba su espalda.

Debby se estremeció de placer al sentir su caricia, pero continuó protestando:

—Pero tengo que aprender, o Eleanor me seguirá llamando «Debby la pequeña bruja». Y no te rías porque no tiene gracia —refunfuñó ella mientras Huck se desternillaba.

—Lo siento, es que me encantan los motes que Eleanor nos pone a todos. Además, los va variando, es muy divertido.

—Sí, Lucy es la «joven Jedi». En cualquier caso, soy la bruja con menos poderes de la Hermandad. Así que tengo que aprender, y tú me tienes que enseñar.

Huck la miró con una sonrisa y jugueteó con el borde de la camiseta mientras le preguntaba:

—¿Tiene que ser ahora?

Debby sintió el roce de sus labios sobre los suyos y aceptó:

—Supongo que podemos dejarlo para más tarde.

—Ya lo decía yo —comentó Huck mientras volvía a besarla.

Y Debby, entre risas, pensó que aquel día tampoco iba a aprender mucho. Huck comenzó a recorrer su cuello con los labios, pero se detuvo en seco y dijo:

—Mi padre está aquí.

Debby se apartó instantáneamente y se apresuró a decir:

—¿Cómo lo sabes?

—Percibo su aura maligna a veinte kilómetros de distancia… y de paso te diré que también he escuchado el inconfundible ruido de su Harley.

Huck había cambiado el tono, sacando aquel que jamás usaba con ella, el que parecía reservado a su padre, lleno de odio. Debby le acarició la mejilla y le dijo:

—No quiero que discutas con él por mi causa.

—No voy a dejar que se acerque a ti. Pero será mejor que baje a ver qué quiere, no quiero que agobie al resto de la Hermandad.

Debby le miró, preocupada. Había transcurrido más de un mes desde su reconciliación y, aunque todo parecía perfecto entre ellos, Debby continuaba sin atreverse a hablar con Huck sobre la relación con su padre. Lo único que tenía claro era que no pensaba dejar que ello les volviera a separar, así que se ofreció:

—Bajo contigo.

—No —repuso Huck rotundamente.

—Amor, no pienso volver a dejarte a solas con tu padre.

—Debby, no voy a salir corriendo. Pero no quiero…

—No vas a convencerme. Si es algo relacionado con el Círculo de las sombras, donde vas tú, voy yo.

—¿No te fías de mí? —protestó Huck.

Debby esbozó una sonrisa y mientras le besaba dulcemente respondió:

—Como dice Eleanor, no pienso dar ninguna oportunidad a que el «Huck atormentado» haga una de las suyas.

Huck esbozó una sonrisa y protestó:

—Pasas demasiado tiempo con ella…

—Al contrario, estoy impregnándome de su sabiduría. —Rebatió Debby.

Huck rio y mientras la tomaba de la mano aceptó:

—Está bien, baja conmigo. Pero que sepas que tu futuro suegro te va a caer fatal.

Debby rio a su vez y le aseguró:

—Tranquilo, podré lidiar con eso.

Rápidamente, bajaron a la puerta de entrada. Benjamin ya estaba delante de ella y con voz preocupada comentó:

—Es tu padre, ¿qué quieres que haga?

—Yo me encargo.

Mientras lo decía, Huck abrió la puerta, colocándose estratégicamente en medio de ella para impedir el paso a su padre. Lucius le miró con desgana y preguntó:

—¿No dejáis entrar a los miembros del Círculo de las sombras?

—Antes de que nos condenes a todos a la hoguera, te diré que si vienes en su nombre puedes pasar y hasta te invitaremos a un café. Ya sabes, porque somos adorables brujos y todo eso. Pero si vienes en calidad de familia, será mejor que no entres, porque ahí sí que aplicamos un poco más de criterio.

Lucius, visiblemente furibundo por su recepción, le miró con superioridad y contestó:

—Vengo en nombre del Círculo. Supongo que mientras sigas con esa bruja sigues sin querer hablarme.

—Por supuesto, por cierto, está aquí, por si quieres conocerla —propuso Huck mientras abría completamente la puerta para mostrarle a su novia.

Al verla, Lucius sintió un escalofrío. Estaba acostumbrado a pensar y hablar de aquella chica como de una bruja anónima, pero la muchacha a la que Huck había cogido de la mano le miraba amablemente. Sin poder evitarlo, Lucius la miró a los ojos, dejándose subyugar unos momentos por la dulzura y el amor que emanaban mientras apretaba la mano de su hijo. Era preciosa, y su voz sonó agradable cuando se presentó:

—Me llamo Debby. Es un placer conocerle.

Huck la miró como si hubiera dicho una locura, y Lucius intentó buscar ironía en su voz, pero ella parecía sincera, como si realmente quisiera firmar la paz. Una parte de él quiso estrechar la mano que ella le ofrecía, pero los recuerdos del pasado eran demasiado fuertes, así que se limitó a decir:

—He venido a ver a Joshua, necesito hablar urgentemente con él.

Debby bajó los ojos y la mano que le había ofrecido, herida, pero alzó la vista hacia Huck indicándole que no quería que dijese nada al respecto. Su novio hizo un esfuerzo por controlarse, pero no pudo evitar comentar:

—Está en su habitación, con Carl. ¿Quieres subir a verle?

Lucius retomó su aire severo y comentó:

—Brujas, cambiantes… Esto cada día parece menos una Hermandad.

—Al contrario, ahora somos una familia —recalcó Benjamin, que había permanecido en silencio hasta entonces pero que también se había sentido ofendido por la forma como Lucius había tratado a Debby.

Lucius esbozó una sonrisa maliciosa y se limitó a decir:

—Sigues estando en mi lista. Así que ve a buscar a Joshua, ahora.

—En nuestra Hermanad nos gusta pedir las cosas «por favor» —le espetó Huck—. Benjamin no es tu criado.

—Me estás haciendo perder la paciencia —clamó su padre.

—No sabía que la tenías —replicó a su vez Huck.

Debby les miró e, incapaz de aguantar más aquella tensión palpable en el ambiente, propuso:

—Yo iré a buscarle.

Nadie habló, pero Huck indicó con la cabeza a su padre que pasara a la sala común. Lucius tomó asiento y Huck y Benjamin permanecieron de pie. Cuando Joshua y Carl aparecieron cogidos de la mano, a ninguno de ellos les pasó desapercibido el rostro desencajado de Lucius al verles. Carl miró a su tío con sorna y le saludó:

—Hola, tío Lucius, ¿cómo estás?

—¿Sabe tu padre que vuelves a estar en esa etapa? Ya debería habérsete pasado.

—Mi padre sabe desde hace años que no es una etapa —objetó Carl, mientras apretaba con fuerza la mano de su novio.

Su tío le miró asqueado, pero antes de que pudiera decir nada, Benjamin declaró:

—Por si no lo sabía, nuestra Hermandad, además de aceptar la entrada de cambiantes, está en contra de cualquier tipo de discriminación. Lo que quiere decir, para su información, que no aceptamos comentarios homófobos, por mucho que venga en representación del Círculo de las sombras.

Huck esbozó una sonrisa y Debby, Carl y Joshua le dedicaron una mirada aprobadora. Lucius se mordió el labio y, sin ganas de continuar discutiendo, comentó:

—Centrémonos entonces en lo que quiere el Círculo. ¿Dónde está tu hermana, Joshua?

Las palabras de Lucius cayeron como un jarro de agua fría sobre todo los presentes. Joshua le lanzó una mirada preocupada mientras contestaba:

—¿No está con mis tíos?

Lucius le lanzó una mirada penetrante y comprendió que Joshua no tenía ni idea de qué le estaba hablando. Lanzó la misma mirada al resto de sus amigos, y en todos leyó la misma mirada de asombro y preocupación. Por ello propuso:

—Será mejor que nos sentemos.

Cuando terminó de explicarse, Joshua se levantó incrédulo y le espetó:

—Náyade me juró que no volvería a hacerlo. Si ha sucedido, me lo hubiera explicado, lo sé.

Lucius le miró despectivamente y recalcó:

—Parece que tu hermana no te tiene tanta confianza como tú crees, si no te habría llamado para avisar de que se había escapado.

—Has dicho que su tía le quitó el móvil. Quizás no pueda ponerse en contacto con Joshua, quizás esté herida. ¿No se te ha ocurrido? ¿O es que tampoco te importa lo que le pase a una niña? —gritó Huck.

Debby le apretó la mano con fuerza, tranquilizándolo. Lucius se estremeció, estaba muy preocupado por aquella chica, más de lo que podía expresar. Por eso retomó su discurso habitual y se limitó a responder:

—Me importa lo que le pase, sobre todo hasta que determine si es o no un peligro para ella misma y para los demás. Por ello he estado buscándola durante dos días antes de venir aquí. Pero no ha aparecido, así que he pensado que podía haber venido hasta aquí a buscarte.

Joshua alzó los ojos, con una mirada de ira que jamás le habían visto anteriormente y, levantándose hacia él, le gritó:

—¿Mi hermana desaparece durante dos días y usted no me avisa?

—Antes de que me lances la caballería, debo decirte que fue idea de tu tía. Afirma que Náyade es muy problemática y que quizás volvería por sí misma a casa. Fue idea suya que esperáramos.

—¿Náyade problemática? —le espetó Joshua—. Señor, usted la conoce, la tuvo encerrada y ella no protestó ni siquiera una vez. Se limitó a consumirse antes que rebelarse abiertamente contra usted o contra cualquiera del Círculo.

Lucius bajó los ojos al oír esas palabras, corroborando la verdad de ellas. De hecho, y aunque nunca lo reconocería y menos delante de aquellos chicos y de su hijo; jamás podría olvidar las palabras amables y generosas que Náyade le había dedicado en su despedida del castillo. Además, en los breves momentos de contacto con su tía había dilucidado que se trataba de una mujer deshonesta y malintencionada, así que se preguntaba si había inventado aquella acción de Náyade para echarla de casa. Sin embargo, era su deber encontrarla si había habido una acusación y, aunque fuera inocente, tenía demasiado poder para andar libre y descontrolada. Por eso respondió:

—Sea como sea, tengo que encontrarla.

—¿Para volver a encerrarla? —le gritó Huck.

—Hijo, deberías controlar tus nervios.

—No me llames hijo. Y no voy a dejar que vuelvas a encerrarla.

—Por supuesto que no, yo tampoco. —Se sumó Joshua—. Ella no lo resistiría.

Lucius respiró profundamente y respondió, asqueado:

—Tu tía me ha cedido su patria potestad. En cuanto la encontremos, yo seré su tutor legal.

—¿Qué? Eso no es posible. —Rechazó Joshua, incrédulo.

—Tengo un documento que lo demuestra. Pero será mejor que nos centremos en encontrarla primero. Dado que no está aquí, volveré a buscarla cerca de su casa.

—¿Has probado con un conjuro? —preguntó Carl.

—Por supuesto, pero se está protegiendo así misma de nosotros.

—Chica lista… —susurró Huck.

Lucius ignoró el comentario y Joshua añadió:

—Nosotros también la buscaremos, pero no dejaré que la lleve al castillo de nuevo.

—Cuenta con nosotros, informaré a todos los cambiantes —se ofreció Carl.

Lucius le miró y aprobó la propuesta con la cabeza, pero comentó:

—Os recuerdo que esto es un asunto del Círculo de las sombras. Cuento con que me aviséis cuando la encontréis.

Nadie respondió a su observación, así que insistió:

—No es una petición.

Joshua hizo ademán de protestar, pero Benjamin le detuvo diciendo:

—Si ha terminado, le acompaño a la puerta.

Lucius lanzó una última mirada al grupo, sobre todo a Huck, que le miraba con más ira que de costumbre y a Joshua, cuya mirada la recordaba la de Náyade, la única persona que parecía que era capaz de ver en su interior, de tener esperanza sobre él. Sin mediar palabra con Benjamín, salió de la Hermandad en dirección al Círculo, dispuesto a encontrar a aquella chica costara lo que costara.

20. Sueños de búsqueda y reencuentro

Dos días más tarde, Andrew paseaba nerviosamente por el bosque convertido en lobo. Estaba tan angustiado que proseguía la búsqueda de Náyade mucho después de que Carl y los demás volvieran a la Hermandad. Sabía que, cuando terminaban la ruta, Carl iba con Joshua para darle ánimos y ayudarle en lo que precisara; pero él no podía detenerse, tenía que continuar buscándola. Desde que Carl les había explicado lo que había sucedido, la angustia le dominaba a todas horas, temiendo lo peor, que estuviera herida, que no pudiera contactarse con su hermano por algún horrible motivo. Además, él era el único que podía sentirla, que conocía su olor, que lo tenía impregnado en todo su ser. Se arriesgaba continuando solo en el bosque una vez que había oscurecido, pero algo le decía que era el único lugar en el que ella podría haberse escondido, ya que el Círculo de las sombras había peinado toda la zona entre la casa de sus tíos y la Hermandad. Estaba agotado, así que se detuvo a descansar. En ese momento una ráfaga de viento le trajo por fin el

olor que tanto había anhelado. Corrió tanto como sus fuerzas se lo permitían y, entonces, la vio, tumbada sobre la base de un árbol. Parecía desmayada, así que, olvidando su forma animal, se acercó a ella. Náyade se movió y, al ver a un lobo husmeándola, gritó con las pocas fuerzas que le quedaban. Andrew reaccionó instintivamente a sus gritos convirtiéndose en humano y Náyade volvió a gritar, desmayándose al sentirle desnudo sobre ella.

Cuando Náyade se despertó, observó extrañada que a su lado estaba el chico del bosque. A la luz de la cabaña podía observar que era muy guapo, con las facciones amables enmarcadas por un cabello pelirrojo. Se había vestido con una camiseta que marcaba su cuerpo atlético y la observaba muy preocupado con sus brillantes ojos castaños. Cuando ella intentó levantarse, la ayudó a sentarse mientras le decía:

—Despacio, estabas muy mareada.

Ella clavó sus ojos color miel en él, parecía más curiosa que ansiosa por encontrarse en aquella situación. Suavemente le preguntó:

—¿Eres el lobo que me atacó?

—No te ataqué, me preocupé al verte en el suelo y me acerqué a ver cómo estabas. A veces olvido que estoy en mi forma animal, lamento haberte asustado —contestó Andrew con los ojos bajos, avergonzado.

Náyade lo advirtió y se apresuró a decir:

—No importa. Lamento haber gritado, es la primera vez que estoy cerca de un lobo. Y cuando te transformaste, no quería desmayarme, es que estaba agotada y fueron demasiadas emociones.

—No te disculpes, me avergüenza haber cambiado delante de ti. Me puse muy nervioso al verte.

Andrew se sonrojó. Había soñado con ella cada noche, la llevaba grabada en su mente y en su corazón desde aquel día de verano, pero estaba claro que, por alguna razón que desconocía, ella no le reconocía. Encontrarla de nuevo había sido una experiencia tan increíble como dolorosa, por ello todos sus sentidos se habían trastocado. De hecho, ahora tampoco terminaba de sentirse cómodo, cuando lo último que ella recordaba de él era como un lobo transformándose en un hombre desnudo encima de ella. No obstante, Náyade parecía haber recobrado la paz típica de los brujos de sanación cuando adivinó y le dijo dulcemente:

—Tú me conoces…

—Sí, eres la hermana de Joshua.

—¿Cómo lo sabes? —se apresuró a preguntar ella. Aunque aquel chico parecía más un estudiante que un miembro del Círculo de las sombras, Náyade había aprendido hacía tiempo a no prejuzgar a nadie.

—Vi una fotografía tuya, soy amigo de Carl, el…

Andrew se detuvo, no tenía ni idea si ella sabía que su hermano salía un chico y, en cualquier caso, no era él quien tenía que decírselo.

Náyade respondió:

—Me acuerdo de Carl, a veces venía a visitarme con Joshua. ¿Tú también eres amigo de mi hermano?

Andrew vaciló. Aunque jamás había tenido problemas con Joshua, se mantenía alejado de él al igual que hacían el resto de chicos de la Hermandad de las Águilas, siguiendo la tradición de que brujos y cambiantes no debían estar juntos. Únicamente Carl había roto aquella norma no escrita y, ahora que se sentía embriagado por haber encontrado a la chica con la que soñaba cada día, comenzaba a entender por qué. Por ello contestó sinceramente:

—Nos llevamos bien, pero no somos amigos.

—Entonces, ¿sabes lo que soy?

Andrew asintió respondiendo:

—Una bruja de sanación, como tu hermano. Lo cual es de agradecer, así no te ha molestado tanto que sea un cambiante.

—¿Por qué iba a molestarme? Todos somos especiales a nuestra manera, todos tenemos nuestro lugar y orden de ser —replicó ella con el aquel tono suave y sincero con el que Andrew había estado soñando todo aquel tiempo.

Andrew la miró, sintiendo dolor porque ella no le reconociera, porque hubiese olvidado lo que había hecho por él, las palabras que él jamás olvidaría. Ahora, tenía que ayudarla él, estaba claro que le necesitaba. Por eso le comentó:

—Sé que Joshua te está buscando, nos contó que te habías escapado de casa, aunque no nos dio más explicaciones. Te hemos estado buscando todos, me refiero a otros cambiantes y a mí mismo. Tu hermano está muy preocupado.

Náyade se mordió el labio y Andrew se tragó las palabras de que él también había estado muy preocupado. Amablemente le dijo:

—Ahora estamos en la cabaña de mi Hermandad, la usamos para cambiarnos de ropa antes de convertirnos. En cuanto descanses, te llevaré con tu hermano.

Ella siguió sin contestar y Andrew añadió:

—¿Te perdiste en el bosque intentando llegar a su Hermandad?

La chica bajó los ojos y musitó tristemente:

—Sé dónde está mi hermano, pero no puedo ir a verle.

—¿Por qué? ¿Es porque te has escapado de casa de tus tíos?

Ella vaciló antes de confesar:

—Algo similar. Mi tía no me quería en casa porque soy una bruja y tiene miedo de mí. Ella declaró que yo había hecho algo prohibido, algo que hice una vez, y llamó al Círculo de las sombras para que vinieran a por mí. ¿Les conoces?

—No mucho. En mi Hermandad tenemos una norma: nos mantenemos alejados de esos brujos todo lo que podemos. Me da igual que luchen por el bien, no me fío de ellos —contestó Andrew, sintiendo un escalofrío por la espalda al entender que era él el motivo de que ella estuviera en peligro.

Náyade le miró y se explicó:

—Antes de que llegaran a la casa de mis tíos, me escapé y vine a buscar a Joshua. Pero cuando llegué a la Hermandad de la Luz, vi a ese brujo entrar allí y supe que me esperaría. Así que volví al bosque y me escondí.

—¿Qué brujo?

—Lucius Rogers.

—El padre de Huck, he oído hablar de él. Aunque, ¿qué es lo que te ha hecho exactamente?

La voz de Náyade tembló mientras respondía:

—No quiero hablar de ello.

Andrew la miró, podía ver la tristeza en sus ojos aunque ella no le contara nada. Con voz amable le dijo:

—Está bien, encontraré la manera de hablar con Joshua sin que te expongas al Círculo de las sombras. Pero, hasta entonces, no puedes quedarte aquí. Es peligroso, y además estoy segura de que debes tener hambre.

—He comido frutas del bosque —explicó ella.

—¿Durante dos días? No me extraña que estuvieras casi desmayada.

—Prefiero eso a que me vuelvan a encerrar —declaró ella firmemente.

Andrew la miró, intentando descubrir en su mirada que es lo que le había sucedido, pero sus ojos solo mostraban una profunda tristeza. Con voz débil ella le rogó:

—Por favor, no me delates.

—Yo no haría eso nunca y, además, ya te he dicho que los cambiantes nos mantenemos alejados del Círculo de las sombras.

Náyade permaneció en silencio y Andrew sopesó las posibilidades mentalmente. Si llevaba a la chica a la Hermandad de las Águilas, podían pasar dos cosas poco halagüeñas para él. La primera, que alguien del rectorado se enterara que tenía una menor en su habitación, y terminara en comisaría. La segunda y mucho más temible, que Carl o Joshua se enteraran y creyeran que había estado con Náyade; cabreando no solo a su jefe de Hermandad y mejor amigo, sino también a un poderoso brujo perteneciente a una Hermandad repleta de brujos que odiaban a los cambiantes. Ella advirtió sus dudas y le aseguró:

—No tienes por qué preocuparte por mí. Llevo dos noches aquí, encontraré la manera de poder estar más tiempo escondida en el bosque, hasta que sea seguro.

Andrew la miró lastimosamente. No podía quedarse en la cabaña de los cambiantes y tampoco tenía ninguna duda de que, en su estado, no duraría mucho a la intemperie y sin comer nada más que frutas del bosque. Además, no pensaba dejarla expuesta a los peligros que allí había, aunque para ello tuviera que arriesgarse él. Por eso le propuso:

—Te llevaré a mi Hermandad, puedes esconderte allí hasta que encontremos la manera de hablar con seguridad con tu hermano.

—Pero, no quiero meterte en problemas a ti… —repuso ella.

—Tranquila, te esconderemos en mi habitación.

—No creo que eso sea adecuado —respondió ella con sinceridad. Aunque su experiencia con chicos fuera nula, sabía lo bastante por sus amigas como para saber que no debía ir a sola a la habitación de ningún chico universitario, o algo similar.

Andrew la miró, comprendiendo, y se apresuró a decir:

—Es el único sitio seguro que se me ocurre hasta que consiga hablar con Joshua. Pero, tengo una idea. Puedo convertirme en el animal que desee, así que la habitación será para ti sola, aunque me quedaré allí para protegerte, ¿de acuerdo?

Ella le miró, intentando ver a través de sus ojos, como Joshua le había enseñado. Sintió su preocupación y también una conexión extraña, como si hubiera visto esos ojos antes, o al menos, el brillo que de ellos emanaban. En su mirada no había rastro de maldad, y algo le dijo que podía confiar en él. Por eso aceptó:

—Está bien, iré contigo. Pero solo hasta que encontremos la manera de hablar con Joshua.

—Por supuesto. Mañana mismo intentaré hablar con él. Vamos, no quiero que estés más tiempo aquí, hace mucho frío.

Ella intentó levantarse, pero era evidente que estaba demasiado débil. Andrew hizo ademán de tomarla del brazo, pero ella se apartó rápidamente:

—No voy a hacerte daño.

—No es por ti. Se supone que no debo tocar a nadie.

—¿Quién lo dice?

—Es por mis poderes, los miembros del Círculo de las sombras dicen que no los controlo y que debo mantenerme alejada de todo el mundo —contestó Náyade con una sinceridad teñida de tristeza.

Andrew la miró, comenzando a entender por lo que debía haber pasado a causa de su salvación, e insistió:

—Los miembros del Círculo de las sombras también opinan que los cambiantes no tenemos autocontrol y que somos peligrosos, así que debemos mantenernos lejos de los brujos.

Náyade le miró y, recordando tanto al animal como al chico, afirmó con sinceridad:

—No creo que seas peligroso, me has traído hasta aquí y me has salvado.

Andrew le sonrió y le aseguró a su vez:

—Y yo no creo que tú puedas hacerme daño, conozco a Joshua, y leo su bondad en tus ojos, son iguales.

Ella no dijo nada, pero esbozó una sonrisa y Andrew comentó:

—Te propongo una cosa. Dejaremos las normas del Círculo de las sombras fuera de nuestra relación. Así yo puedo ayudarte.

—Me parece bien.

Al obtener su permiso, Andrew pasó delicadamente la mano por la cintura de ella, para ayudarla a caminar, adaptando el ritmo al paso lento de ella. Náyade se sintió estremecer, como si el contacto con aquella aura no le fuera desconocido. Con voz inquieta le preguntó:

—Andrew, ¿nos conocemos?

Él vaciló. Aquella chica estaba agotada, se había pasado los dos últimos días y sus noches en el bosque, sola, y apenas si comenzaba a confiar en él. No podía contarle lo que había sucedido entre ellos, al menos no en ese momento. Por eso se limitó a decir:

—Será mejor que vayamos. Tienes que comer algo enseguida.

La Hermandad de las Águilas, como Andrew había previsto por la hora que era, parecía desierta, así que se apresuró a entrar junto con Náyade en su habitación antes de que nadie les viera. Al verla, ella se sorprendió gratamente, ya que estaba muy ordenada. Andrew parecía cohibido cuando le dijo:

—No es muy grande, pero, como te he dicho, me convertiré para no molestarte.

Ella sonrió y le dijo:

—Te lo agradezco. ¿Te importaría si me doy una ducha?

Andrew la miró, advirtiendo el estado sucio de sus ropas y también sus cabellos enredados, seguramente por haber dormido al raso. Algo tímido comentó:

—Por supuesto, pero tendré que prestarte algo de mi ropa. Esta Hermandad no es mixta, así que no puedo conseguirte ropa más adecuada.

—Tu ropa estará bien. Quería huir con unas mudas de ropa, pero mi tía me cerró el paso y tuve que escapar por la ventana del baño; así que no pude coger nada.

—¿Era una planta baja?

—No, el segundo piso. Pero soy delgada y flexible, así que bajé por las tuberías —se explicó ella.

—Podrías haberte matado —susurró Andrew escandalizado.

—Supongo que intenté no pensar demasiado en ello —confesó Náyade.

Andrew la miró, advirtiendo de nuevo la misma confianza que la primera vez que la había visto, la misma que ella no recordaba. Para él estaba claro que, detrás de aquella apariencia tímida y tranquila, se escondía una fuerte y valiente mujer.

Evitando concentrarse más en sus sentimientos hacia ella, le tendió un pantalón largo deportivo y una camiseta, y le indicó donde estaba la ducha; agradeciendo que tuviera una individual en su habitación. Cuando ella salió, sus cabellos caían en cascada sobre los hombros; y su cuerpo se veía aún más delgado a causa de las ropas de él. Estaba muy pálida y las ojeras aún poblaban sus ojos, pero seguía siendo para él la muchacha más bonita que había visto, la muchacha con la que llevaba semanas soñando. Ella se sentó en la cama y Andrew le explicó:

—Mientras te duchabas he ido a por comida. He pensado que, al haber estado sin apenas comer estos dos días, te iría bien una sopa caliente.

—Eso es una idea perfecta. Lo cierto es que estoy hambrienta.

Andrew se sentó enfrente de ella, en la silla del escritorio, y, en silencio, comieron la sopa. Cuando terminaron, él comentó:

—Dado que Carl y yo nunca traemos a chicas a la Hermandad, es frecuente que estemos en la habitación uno del otro. Así que cerraré la puerta con llave, pero si viene te esconderemos en el baño. Por el resto de la Hermandad no nos hemos de preocupar demasiado, cada uno va a su rollo.

Mientras hablaba, Náyade le miró, intentando comprenderle, y una idea pasó por su cabeza:

—¿Tú también eres gay, como Carl y Joshua?

Andrew la miró boquiabierto y preguntó:

—¿Tú sabes eso?

—No a ciencia cierta, pero me lo pareció cuando vino a verme con mi hermano. De hecho, sospecho que son novios, aunque Joshua no me lo diría nunca. Cree que tengo cinco años y por tanto no entiendo nada de parejas.

Andrew no pudo evitar reír ante el comentario, pero después se pudo serio y comentó:

—Tienes razón acerca de ellos pero ¿por qué crees que yo también lo soy?

—Porque eres muy guapo y has dicho que nunca traías chicas —se explicó Náyade con sinceridad.

Andrew se mordió el labio, sin saber qué decir. Cómo explicarle que no podía estar con ninguna chica desde la primera vez que la vio, y que después de las horas que estaban pasando juntos no podría volver a estar con nadie que no fuera ella. Como decirle tantas cosas que salían de su corazón a una chica de dieciséis años que le miraba como una amiga, que necesitaba que él se concentrara en ayudarla a mantenerse lejos del Círculo de las sombras. Por ello se limitó a decir una verdad a medias:

—No hay ninguna chica que estudie en el campus que me interese.

Náyade pareció sorprendida, aunque, en su fuero interno, también estaba aliviada de un modo que no acertaba a comprender. Sus amigas del instituto le habían hablado de las Hermandades y de los chicos universitarios, pero Andrew no parecía protagonista de ninguna de las historias que le habían contado. Pero lo que le había dicho era cierto, Andrew, aparte de amable y encantador, era muy guapo, lo que hacía más extraño que no hubiese ninguna chica interesada en él. Sin embargo, ella ahora mismo tenía cosas más importantes de las que preocuparse, como del Círculo de las sombras. Y, para ello, necesitaba descansar. Por eso comentó:

—¿Te importa si me acuesto? Estoy agotada. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Por supuesto. Volveré en unos minutos, convertido en no sé, ¿qué animal quieres que sea? —propuso Andrew.

—Lobo no —se apresuró a contestar Náyade, recordando el susto que le había dado—. ¿No podrías ser algo más pacífico?

—¿Te va bien un cachorrillo?

Náyade rio y contestó:

—Por supuesto.

—Entonces, acuéstate, yo iré a darme una ducha. Por cierto, cuando estoy en forma animal, puedo verte y oírte, lo digo para que no creas que estás sola… —explicó Andrew cohibido.

—Lo tendré en cuenta —confirmó Náyade con una sonrisa.

Andrew se la devolvió por toda respuesta y se fue hacia el baño, pensando que aquella situación cada vez le ponía más nervioso.

21. Sueños compartidos

Era medianoche y, tumbado en la cama convertido en un cachorro, Andrew tenía el oído agudizado, así que advirtió el grito de Náyade primero, y las lágrimas contenidas contra la almohada después. Como una exhalación, se dirigió al baño para convertirse en humano y volvió rápidamente, cubierto únicamente por el pantalón de deporte que había dejado colgado al lado de la bañera. En silencio, encendió la luz de la mesita de noche, y se arrodilló al lado de la cama mientras Náyade le miraba con ojos llorosos:

—Lamento haberte despertado. Normalmente, la almohada ahoga mis gritos, aunque claro, hasta ahora no había compartido habitación —se explicó ella.

—¿Normalmente? ¿Esto te sucede todas las noches? —le preguntó él, horrorizado.

Ella no contestó, sino que se limitó a bajar la mirada mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo que Andrew le tendía. Este comentó:

—Sé que no me conoces pero se me da bien escuchar y no le contaré a nadie lo que me digas si no quieres.

—¿Ni siquiera a Joshua? —insistió ella, clavando su mirada en la suya, intentando ver la sinceridad de sus ojos.

—A nadie, ni siquiera a tu hermano.

Ella asintió y, levantándose de la cama, tomó el pantalón que había llevado en el bosque y sacó un papel que mostró a Andrew. En él ponía «No recordarás nada. Y eso está bien».

Él la interrogó con la mirada y ella se explicó:

—Estaba en la escuela de verano, e hice algo prohibido, pero me hice un conjuro a mí misma de olvido, creo que lo hice para proteger a alguien, pero no estoy segura de ello.

Andrew sintió como la culpabilidad le dominaba musitó:

—Si recordaras, te dejarían tranquila…

—No, porque la acción ya está hecha. Y sé que si lo hice fue por un buen motivo, por eso escribí ese papel. Tengo que confiar en mi propio criterio, sobre todo si lo hice para proteger a una tercera persona.

Él la miró con lástima y preguntó:

—¿Qué es lo que pasó?

—Los miembros del Círculo de las sombras se enfadaron mucho conmigo, tanto por lo que había hecho como por el acto de rebelión que suponía haberme hecho olvidar, así que me encerraron.

—Pero, solo tienes dieciséis años… ¿Qué dijeron tus tíos?

—Mi tía me odia desde el primer momento que puse los pies en su casa. Ella no quería quedarse con mi custodia, fue una obligación y me lo ha hecho pagar siempre. Cuando el señor Rogers le pidió mi custodia temporal, se la cedió; y de hecho ahora se la ha dado para siempre, o al menos eso me dijo.

—Pero, no puede hacer eso…

—No tengo más familia que Joshua y nunca he querido que él tenga la obligación de cuidar de mí. No se lo merece.

Andrew la miró preocupado y comentó:

—No conozco mucho a Joshua personalmente, pero Carl me ha hablado durante horas de él, y sé lo preocupado que ha estado por ti estos días. Creo que sí que querría saberlo…

Náyade le miró tristemente y añadió:

—Hasta que el Círculo me encerró, podía soportar estar en casa de mis tíos. Solo tenía que decir a todo que sí y no meterme en el camino de mi tía. Pero, después, cuando me encerraron, todo cambió. Siempre tenía pesadillas y mi tía me obligó a taparme con la almohada para no despertarles.

—Por eso lo has hecho esta noche. —Adivinó—. Esa mujer está loca…

—Puedo entenderla, imagínate esto, noche tras noche… Ella no lo soportaba. —La defendió Náyade.

—Lo único que puedo entender es que algo muy duro debió pasarte en el Círculo de las sombras para que te provoque esto, para que tengas esas pesadillas. Y es lo que tu tía debería haberte preguntado, en lugar de quejarse.

Ella bajó los ojos por toda respuesta y Andrew insistió:

—Si quieres, puedes contármelo a mí, puede que eso te alivie.

Náyade volvió a mirarle y supo que él tenía razón. Había guardado el secreto demasiado tiempo, ocultándole incluso a su hermano lo que había sucedido en el castillo. Necesitaba expresarse, sacarlo fuera y, aunque ni ella misma entendiera por qué, parecía que aquel chico era el adecuado para hacerlo. Lentamente, acercó su mano hasta el pecho desnudo de él, mientras le decía:

—No puedo explicarlo con palabras, pero puedo darte la visión de ello, si quieres.

Andrew sintió un estremecimiento, tanto por el contacto de ella sobre su pecho como por la confianza que le brindaba dándole su visión. Nervioso, asintió y cerró los ojos, comenzando a sentir su calor, viendo lo que ella había vivido. Era horrible. Largos interrogatorios intentando descubrir que ocultaba, duros conjuros para abrir su memoria, y un confinamiento continuado en una lúgubre habitación sin luz natural en el castillo, sin duda para romper sus defensas. Veía como Náyade había acatado todo en silencio, sin protestar, pero como cada día al quedarse encerrada en la habitación, había tenido pesadillas, para terminar después llorando el resto de la noche. Vio también como se le había ido el apetito, demasiado agotada como estaba a causa de las presiones a la que la sometían durante el día y a la ausencia de sueño por la noche. Sintió, por unos momentos, la angustia que poco a poco había ido dominando su carácter normalmente tranquilo, la impotencia de que no la dejaran ni sanarse a sí misma.

Cuando Náyade lo soltó y ambos abrieron los ojos, vio que Andrew también tenía lágrimas de dolor por todo lo que había visto y había sentido. Con voz dulce ella le dijo:

—Siento haberte entristecido. No debería haberte dado la visión.

Andrew le acarició espontáneamente la mejilla y afirmó:

—Me alegra que me lo hayas mostrado. Ahora entiendo todo y nunca dejaré que el Círculo vuelva a encerrarte, nunca. Te lo prometo.

Mientras lo decía, sintió que todo su ser seguía llorando por lo que ella había pasado por salvarle, lo que aún estaba sufriendo. Únicamente el hecho de que ella había insistido en que estaba bien que no recordara le hacía mantener silencio sobre lo que había sucedido.

—No es algo que tú puedas prometer —le contradijo Náyade tristemente.

—Sí que puedo hacerlo. Aunque tenga que ir contigo a la otra parte del mundo.

—Pero, apenas me conoces… —protestó Náyade.

—Ahora sí, ahora he estado en tu interior, sé todo lo que tú has sentido y se ha convertido también en mi problema.

Mientras lo decía, Andrew se dejó llevar por la mirada triste de la muchacha y sus ojos aún llorosos y, espontáneamente, la abrazó contra sí con fuerza durante unos segundos. Náyade se estremeció y él se apresuró a apartarse diciendo:

—Lo siento, yo…

—No, me ha gustado. Tienes un aura muy relajante.

Andrew esbozó una sonrisa y comentó:

—Y eso es algo que jamás pensé que me diría nadie.

—Oh, lo siento, siempre digo cosas así, supongo que por eso nadie quiere estar cerca de mí, es demasiado raro —confesó Náyade.

Andrew la miró, entre incrédulo y satisfecho y le aseguró:

—Eres una bruja sanadora y detectas las auras, eso no extraño, si increíblemente maravilloso. Y aún lo es más que la mía te guste.

Ella sonrió y respondió:

—Sentir las auras me hace detectar mejor a las personas. Por eso confío en ti, aunque lo cierto es que aparte de que eres un cambiante y no eres gay, no sé nada más.

Andrew rio y le propuso:

—Si no tienes sueño, podemos hablar un rato y puedes preguntarme lo que quieras.

—Esto sería perfecto. Después de las pesadillas siempre me cuesta dormir.

Él la miró entristecido, dispuesto a hacerle olvidar aquel mal sueño. Hizo ademán de ir a sentarse a la silla, pero ella le retuvo dulcemente a su lado diciendo:

—Quédate aquí conmigo. Ya te lo he dicho, tu aura me relaja. De hecho, es lo único que ha conseguido que me sienta tranquila desde que salí del castillo.

Andrew se estremeció al oírlo, pero, delicadamente, se recostó a su lado y comenzó a responder sus preguntas, mientras en su mente resonaba su propia cuestión, y era cuanto tiempo podría retener a aquella increíble chica que amaba cerca de sí.

22. Sueños de pelea

Eran las dos de la mañana. Aunque ninguno de los dos era muy propenso a ir de bares, dado que Joshua tenía un insomnio perpetuo desde la desaparición de su hermana, Carl le había convencido para ir a tomar algo y al menos alejarse un poco de la tensión que todos sentían en la Hermandad.

—La encontraremos, tiene que estar en alguna parte.

—Ya debería haberse puesto en contacto conmigo. Lucius me ha llamado esta tarde, tampoco encuentran ni rastro de ella.

—¿Sigue empeñado en quedarse con su custodia?

—No hemos vuelto a hablar del tema, tenemos un acuerdo tácito de no hablar de ello hasta que la encontremos. Aunque parezca extraño, es como si realmente estuviera preocupado por Náyade.

—Es lógico, a mi tío le dan pánico las «desviaciones de la fuerza» —bromeó Carl recordando a la Guerra de las Galaxias.

Joshua esbozó una sonrisa y comentó:

—Tienes razón pero, en este caso, hay algo más, parece que no solo está preocupado por sus poderes, sino porque físicamente ella esté bien. O al menos, eso es lo que me transmite cuando hablo con él.

—Sería la primera vez que mi tío se muestra humano con alguien… ¿Náyade te ha contado que pasó en el castillo? —preguntó Carl, sorprendido.

—No demasiado, es bastante hermética, al menos conmigo. Se limita a decirme que está todo bien. De hecho, yo creía que se llevaba genial con mis tíos y mira lo que ha sucedido. No tengo ni idea de que más haya podido ocultarme. No sé, no puedo dejar de pensar que si le hubiera prestado más atención, ahora podría saber dónde se esconde —contestó Joshua tristemente.

—Andrew cree que el único lugar posible es el bosque, de hecho, siempre se queda a rastrear cuando todos nos vamos —explicó Carl.

—Tiene sentido —musitó Joshua—. Ojalá yo también pudiera convertirme en un animal y poder buscar allí.

—Ni se te ocurra decir eso delante de Huck —se apresuró a decirle Carl.

—No, por supuesto, ya nos costó bastante recuperarle la última vez —corroboró Joshua—. Dale las gracias a Andrew por su interés.

—Se las daré. De hecho, le he llamado, pero no me ha cogido el teléfono —explicó Carl.

Una voz ebria se dejó oír detrás de ellos comentando:

—Si yo estuviera con una chica como esa tampoco te lo cogería…

Carl se giró, para observar el estado en el que el chico se encontraba. Aunque los humanos de su Hermandad rara vez le hacían caso, él siempre intentaba darle algún consejo, así que comentó:

—Tony, has bebido demasiado… Será mejor que vayas a dormir.

El aludido rio descontroladamente y replicó:

—No hasta que encuentre una niñita como la de Andrew. ¿Sabéis si hay algún internado cerca?

Joshua se giró al oír sus palabras y, sintiendo un estremecimiento, le preguntó:

—¿De qué chica estás hablando?

—De la adolescente esa que se ha traído. Supongo que pensó que nadie le veía, je, como si le fuéramos a decir algo por conseguir llevarse a la cama a una chica tan guapa…

Joshua palideció, y Carl le miró fijamente mientras retenía a Tony y le preguntaba:

—¿Cómo era esa chica?

—Rubia, ojos claros, delgada. Iban muy abrazados…

Joshua se levantó furioso y gritó:

—Voy a matar a Andrew.

—Joshua, cálmate. Y tú, Tony, vuelve a la maldita Hermandad y enciérrate en tu habitación hasta que se te pase la borrachera.

—Yo también voy a la Hermandad —afirmó Joshua.

—Joshua, será mejor que yo hable con él, a solas —propuso Carl.

—De eso nada, voy contigo. Y me da igual que sea tu mejor amigo. Como le haya puesto un dedo encima a mi hermana, lo mato.

—Vale, novio, ¿no se supone que tú eres el brujo tranquilo? Porque hablas como Huck en un mal día…

—Eso es porque mi hermana está en la habitación de un cambiante.

—Yo también soy un cambiante —protestó Carl.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó Joshua—. Y ahora, vamos.

Él lanzó una mirada de resignación a su novio, pero le siguió, intentando convencerse a sí mismo que era imposible que Andrew tuviera en su habitación a la hermana de Joshua que con tanto ahínco había buscado.

Carl miraba atónito como su normalmente tranquilo y ecuánime novio, corría por el campus y subía apresuradamente las escaleras de la Hermandad de las Águilas hasta la habitación que él le indicó era la de Andrew; sin hacer caso a ni uno de sus comentarios de que se tranquilizara. La puerta de la habitación estaba cerrada, pero Joshua no llamó, sino que con un pequeño conjuro la abrió, justo para encontrarse a su hermana dormida entre los brazos de Andrew, con la cabeza apoyada en su torso desnudo. Antes de que ellos pudieran reaccionar, Joshua lanzó energía hacia Andrew, que cayó bruscamente de la cama, casi llevándose a Náyade con él en el impacto. Esta se despertó rápidamente y, mientras Andrew se quejaba por el golpe, preguntó:

—Joshua, ¿qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? Náyade, estás tranquilamente en la cama de un chico cinco años mayor que tú mientras yo me consumo preocupado por si te ha pasado algo…

—No es lo que crees —se apresuró a decir Andrew—. Estábamos hablando y nos quedamos dormidos.

Joshua le miró acusadoramente mientras le decía:

—Lo cual no explica por qué la trajiste aquí, porque la tenías abrazada y, ya de paso, porque estás sin camiseta.

—Yo llevo toda mi ropa. Para que te tranquilices —recalcó Náyade.

Carl no pudo evitar sonreír mientras Joshua miraba a su hermana exasperado. Siempre que les había visto juntos, era así. Aquella chica tenía el poder de decir siempre lo que pensaba, de la forma más tranquila posible, lo cual solía poner nerviosos a los demás. Normalmente, a Joshua no parecía afectarle, pero según suponía Carl, era la primera vez que este tenía que lidiar con que estuviera con un chico, aunque estaba de seguro que había una explicación razonable para ello. Intentando calmar los ánimos comentó:

—¿Y si nos tranquilizamos y hablamos relajadamente como a ti te gusta, Joshua?

Su novio lo masacró con la mirada, pero Náyade contestó:

—Hola Carl. Me alegra volver a verte.

—Y yo de que estés bien. ¿Qué ha pasado?

—Esta noche Andrew me encontró en el bosque y me llevó a la cabaña de los cambiantes hasta que me recuperé.

—¿Estabas convertido? —preguntó Joshua, horrorizado.

—En un lobo —confesó Andrew—. Pero me convertí al verla.

—¿Delante de ella?

—Joshua, tranquilo, no me mordió ni nada similar, que es lo que supongo que te preocupa. Y dado que me desmayé al verle cambiarse, no llegué a verle desnudo, por si eso te preocupaba también.

Joshua le miró desesperado y Andrew se apresuró a aclarar:

—Hace tiempo que aprendí a controlarme cuando cambio, no la puse en peligro, Joshua.

—Tiene razón, juntos lo aprendimos —comentó Carl.

Joshua suspiró y continuó diciendo:

—Está bien, dejemos la cabaña. ¿Por qué no viniste a la Hermandad a buscarme inmediatamente?

Náyade bajó los ojos y confesó:

—Le pedí a Andrew que me escondiera por el mismo motivo por el que me oculté en el bosque; porque sé que en cuanto ponga un pie allí, el señor Rogers me encontrará y me llevará de nuevo al castillo.

A su hermano no le pasó desapercibido que, por primera vez desde que habían entrado en la habitación, a Náyade parecía que le había temblado la voz. Desde que la sacara del castillo había intentado hablar con ella sobre lo sucedido, pero siempre había sido hermética con el tema. Se había limitado a asegurarle que todo estaba bien, pero su tono y su escapada de la casa de sus tíos demostraban lo contrario. Con voz más suave le dijo:

—No dejaré que Lucius te lleve con él. Pero no puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no? Aquí no me buscará —protestó Náyade.

—Tiene razón, yo puedo protegerla —le aseguró Andrew—. Además, el último sitio en que un brujo buscaría a otro brujo es en una Hermandad de cambiantes.

—Claro que no, porque es peligroso.

—Yo nunca le haría daño —protestó Andrew—. Y Carl duerme aquí al lado, deja que se quede.

Joshua les miró fijamente, deteniéndose a pensar unos segundos. Su hermana parecía muy angustiada de que se la llevara a la Hermandad de la Luz, pero, si de algo estaba seguro es de que no quería que Náyade permaneciera junto a Andrew. Puede que dijera que no había pasado nada, y que, a juzgar por las explicaciones de su hermana eso fuera cierto; pero podía leer en los ojos de Andrew que estaba mucho más interesado en ella de lo que decía. Por eso insistió:

—Tienes que venir a la Hermandad de la Luz conmigo. Allí podemos protegerte.

—Pero el señor Rogers…

—Náyade, no puedes esconderte eternamente del Círculo de las sombras, tarde o temprano te encontrarán. Pero si vienes conmigo, te prometo que lucharé por tu custodia y para que te quedes aquí. Tenemos que hacer las cosas bien, no puedes pasarte la vida huyendo. Por ello le llamaré en cuanto lleguemos a la Hermandad, le convocaré para que mañana venga y hablaremos tranquilamente con él. Le convenceremos.

Su hermana le miró, con los mismos ojos tristes que la habían acompañado tanto tiempo. Estuvo unos segundos en silencio, valorando la situación y después, con voz rota aceptó:

—Está bien, me iré contigo…

—Náyade, no… —comenzó a protestar Andrew.

—Debo ir con mi hermano, tiene razón, tarde o temprano me encontrarán y no quiero que te castiguen a ti también por mi causa.

—A mí eso no me importa —insistió Andrew.

—Pero a mí sí. Yo…

Su voz se quebró, ya que no sabía que decir, más aún cuando tenía delante a su hermano. Así que se limitó, ante la sorpresa de todos, a poner su mano en el pecho aún desnudo de Andrew mientras le decía:

—Gracias por cuidarme. Ojalá volvamos a vernos.

Y, sintiendo su calor, siguió a su hermano fuera de la habitación.

23. Sueños de libertad

Lucius Rogers paseaba nerviosamente por la habitación. Había recibido la llamada de Joshua la noche anterior, a horas intempestivas. Aquel brujo sanador no hacía nada espontáneamente, así que deducía que si le había convocado tan rápido a una reunión era para restarle margen de movimiento. En cualquier caso, en cuanto amaneciera saldría hacia la Hermandad, y volvería con aquella chiquilla que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando; tanto más cuando sabía que había estado muy preocupado por ella. Y, eso, quizás debería extrañarle, pero, aunque no pudiera confesarlo a nadie, desde su último encuentro se había sentido más cerca de ella, menos obsesionado por sus poderes y más por la posibilidad de ayudarle que ella le había brindado.

Un golpe quedo en la puerta le sorprendió, y la vieja ama de llaves apareció. Portaba una bandeja con café y Lucius se apresuró a decir:

—No debería haberse levantado, es muy temprano.

—Oh, no es molestia, con la edad cada día necesito dormir menos —repuso la señora Bates—. Por cierto, un cambiante quiere hablar con usted.

—¿William? —preguntó Lucius, extrañado por la hora que era.

—No, un joven, muy apuesto por cierto. Le di una de las batas de la entrada, porque vino convertido en un pájaro. Deberíamos tener más visitas jóvenes, al señor William ya lo tengo muy visto desnudo.

Lucius no pudo evitar sonreír ante la el comentario pícaro de la señora Bates. Humana, había pasado casi toda su vida en el castillo, y era la única persona que aún parecía conservar la alegría entre aquellas paredes. Quizás por eso él actuaba siempre diferente con ella, bajaba la guardia, dejaba que sus sonrisas le aliviaran un poco la soledad. Con voz amable contestó:

—Hágale pasar.

—Por supuesto.

La señora Bates dejó la bandeja en una mesita cercana y fue a buscar a Andrew. Este entró tímidamente, cortado tanto porque aquella señora mayor le hubiera visto desnudo como por estar delante del temido señor Rogers.

Lucius le miró de arriba abajo, retomando el semblante serio y distante que le caracterizaba y, sin saludarle, comentó:

—Te conozco, de vista. Eres Andrew, de la Hermandad de las Águilas, el amigo de Carl.

—Así es, señor —confirmó Andrew tímidamente.

—¿Eres el sustituto de Joshua o mi sobrino por fin ha decidido salir con mujeres?

—No creo que haya nadie en el mundo que pueda sustituir a Joshua.

Las palabras salieron de su boca antes de poder pensarlas. Andrew tembló, no solo porque la bata apenas le servía para guarecerse del frío del castillo a aquellas horas de la mañana, sino porque Lucius le abrasó con la mirada. Con voz trémula añadió:

—No he venido a hablar de Carl, señor.

—Entonces, ¿qué te ha hecho venir a mi castillo? No muchos cambiantes se atreven a venir, menos alguien de tu edad —inquirió Lucius.

Andrew bajó los ojos y musitó:

—Se trata de Náyade. Sé que Joshua le ha dicho que la ha encontrado.

—¿Náyade? ¿Qué sabes tú de esa chica?

Andrew se armó de valor y comenzó a explicar:

—Fui yo quien la encontró en el bosque. Y mientras Joshua venía a buscarla, le di cobijo unas horas. Ella estaba muy mal.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—No soy muy bueno con las palabras, pero puedo mostrárselo si lo desea.

Lucius lo interrogó con la mirada y Andrew se sintió temblar de nuevo. Sabía el riesgo que corría dejando que aquel brujo mirara a través de él, que tendría que extremar el cuidado con sus pensamientos para que no detectara toda la verdad. Pero tenía que hacerlo, salvar a Náyade valía la pena cualquier riesgo. Lentamente, se acercó a Lucius, que posó la mano sobre su pecho, comenzando a ver las imágenes que Andrew le transmitía. Primero, vio a Náyade en el bosque, desmayada por el agotamiento, su rostro pálido, su cuerpo demasiado delgado, su aspecto frágil y demacrado. Después, los recuerdos que ella mantenía del castillo, sus sentimientos de claustrofobia en la lúgubre habitación que le había dado, el agotamiento de los interrogatorios, sus lágrimas a escondidas, aquellas horribles pesadillas, el miedo que sentía a que volviera a repetirse todo aquello…

Temblando, Lucius cortó la conexión con Andrew, tomando asiento mientras se llevaba las manos a la cabeza. Aquella chica que tanto había visto sufrir en la visión era la misma que le había ofrecido su ayuda incondicional cuando estuviera preparada. Había en ella una bondad innata que comenzaba a entender era más importante que sus poderes, una bondad que aquel chico parecía haber detectado en tan solo unas horas. Con una voz que nadie le

había oído en años musitó:

—No era consciente de que ella estuviera tan mal aquí.

—Señor, lo estuvo, lo estará si vuelve a encerrarla —insistió.

—Lo hice por su bien, ella se equivocó… —se defendió Lucius.

—Náyade me dijo que había hecho algo mal, algo que no recordaba. Señor, por favor, si puedo hacer algo para que deje de castigarla por eso…

—No hay nada que tú puedas hacer. Además, no la estoy castigando, solo quiero que entienda la fuerza de sus poderes —replicó Lucius retomando su tono duro—. El Círculo de las sombras debe hacer que la ley se respete y ella, aunque inconscientemente, la quebrantó.

—¿Y no cree que ya ha sufrido bastante por ello?

Lucius volvió a levantarse, mientras le decía extrañado:

—¿Por qué estás tan interesado en ella?

Andrew suspiró, sabiendo que no debía dejarse llevar, que tenía que medir sus palabras cuidadosamente:

—Cuando Náyade me dio su visión de lo que había sucedido aquí, y percibí lo que ella había sentido, el dolor en mi corazón fue extraordinario. Señor, apenas la conozco de unas horas, pero me parece que no se merece volver a pasar por todo esto.

Lucius respiró profundamente y comentó:

—Andrew, has tenido mucho valor viniendo a hablar conmigo, pero tienes que entender que mi decisión la tomaré independientemente de esta visita. No puedo permitir que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Andrew le miró, intuyendo que, aunque sus palabras decían una cosa, la mirada de Lucius le decía que su mensaje había calado hondo en él. Por eso aceptó:

—Por supuesto, señor. Pero al menos quería que conociera los hechos desde otro punto de vista. No le molesto más, gracias por su tiempo.

Mientras le veía marcharse, Lucius comentó:

—Preferiría que esta conversación quedara entre nosotros.

El chico lo miró. A pesar de todo lo que había escuchado de aquel brujo y de la visión de Náyade que le había transmitido, su actitud aquella mañana con él era diferente, e intuyó que algo en su interior inclinaba la balanza a favor de Náyade. Por eso afirmó:

—Por supuesto, señor.

Y, cuando echó a volar, supo que aún había esperanza.

24. Nuevos sueños

A la mañana siguiente, Náyade se despertó somnolienta. Apenas si había dormido, a pesar de que Joshua le había dado una cómoda habitación individual. Si había encontrado algo de paz en los brazos de Andrew, la había perdido de nuevo cuando su hermano la había arrancado de ellos; y la noche había transcurrido entre pesadillas.

Un golpe quedo en la puerta la terminó de despertar y, a su permiso, dos sonrientes chicas entraron en su habitación junto con Joshua. Este comentó:

—Náyade, te presento a Eleanor y Amanda, son las más madrugadoras. Te han traído algo de ropa para que te cambies.

Ella les saludó con la cabeza, mientras se levantaba de la cama. Eleanor advirtió enseguida la camiseta representativa de la Hermandad de las Águilas y miró interrogativamente a Joshua. Este le explicó:

—Andrew la encontró en el bosque y le dio algo de ropa para cambiarse.

Náyade miró a su hermano, sabiendo que no daría más información. Desde que salieran de la Hermandad de las Águilas, había entrado en un mutismo absoluto sobre el tema, como si intentara olvidar que había estado con Andrew. Sin embargo, Náyade sabía que ella no podría olvidarlo, de hecho, no dejaba de pensar en cómo podía hacer para hablar con él.

—Ah, entonces no hay problema. Andrew me cae bien. Solo odio al sector humano —se apresuró a decir Eleanor.

Náyade sonrió. Aquella chica parecía muy simpática, y el hecho de que le cayera bien Andrew era importante. Joshua advirtió el brillo en su mirada y se apresuró a cambiar de tema diciendo:

—Será mejor que te quedes en la habitación esta mañana. Luego te presentaré a mis amigos. A algunos ya les conoces.

Su hermana le miró a los ojos y preguntó directamente con la voz triste:

—¿Has avisado al señor Rogers, verdad?

Joshua bajó los ojos y confesó, sintiéndose profundamente culpable:

—Lucius y yo hemos hablado tres veces al día desde que desapareciste, no podía mentirle. Además, es mejor enfrentarnos a él, no podemos ocultarnos para siempre.

Ella asintió y preguntó con voz queda:

—¿Cuándo va a venir?

—Llegará en una hora. Haremos una reunión con él, todos los miembros de la Hermandad, para hacer presión. Voy a pedirle quedarme con tu tutela.

—¿Quieres que yo me quede aquí, con vosotros? —inquirió ella, extrañada.

—Náyade, no me has contado que pasó en el castillo, pero vi el estado en el que te quedaste, y todo lo que has hecho para evitar volver a él… Y tampoco quiero que estés con nuestra tía, no después de lo que te ha hecho.

—Pero, no puedo quedarme aquí. Tus amigos…

—Sus amigos, entre los que nos incluimos, estaremos encantados de que estés con nosotros —comentó Amanda.

—Claro que sí, por eso vamos a hacer todo lo posible para convencer a Lucius de que tienes que quedarte aquí —añadió Eleanor.

—Además puedes esperarnos en la habitación, nosotros nos reuniremos con él. Así ni siquiera tendrás que verle.

Náyade bajó los ojos, suspiró y reveló.

—Quería huir de él y del Círculo, pero ahora que tu Hermandad completa está involucrada debo enfrentarme a él; no puedo dejar que los demás lo hagan por mí. Quiero estar en esa reunión.

Joshua le miró, entendiendo lo que ella quería decir. A pesar de su edad, su hermana tenía un gran sentido de la responsabilidad, y no dejaría que nadie asumiera esta en su lugar. Por eso aceptó:

—Está bien, puedes estar presente. Pero déjame hablar a mí, por favor.

Náyade asintió y Joshua le dijo:

—Cuando estés preparada, puedes bajar a la cocina. Te presentaré al resto de mis amigos.

Diez minutos más tarde, Náyade bajó a la cocina, donde todos la esperaban desayunando, expectantes. Se había puesto un vestido de Amanda que acentuaba su delgadez, y se había peinado con una trenza a la espalda. Joshua le hizo lugar a su lado y comenzó a presentarle:

—A Eleanor y Amanda ya las conoces. Lucy es una bruja sanadora y él es su novio, Jimmy. Estos son Benjamin, Zack y Chris.

Náyade les sonrió a todos y, deteniéndose delante de Chris comentó:

—Te recuerdo, de los veranos con mi hermano.

—Yo también me acuerdo de ti, aunque ha pasado mucho tiempo, la última vez que te vi eras una niña pequeña.

Mientras la miraba un destello de nerviosismo se advirtió en su voz, algo anonadado de que la niña que él recordaba se hubiera convertido en una preciosa adolescente, demasiado guapa para lo que correspondía a la hermana de su mejor amigo. Joshua lo advirtió y le lanzó una mirada amenazante, pero, por suerte, en ese momento Huck apareció junto con Debby. Huck se acercó a ella y le dijo dos besos en las mejillas, mientras le decía tomándole de la mano:

—No sabes lo que me alegra que estés bien. Y, tranquila, mi padre no se acercará a ti.

Náyade le sonrió por toda respuesta y, levantándose, le dio un abrazo espontáneamente. Huck se quedó sorprendido y Náyade preguntó:

—¿Este saludo era más adecuado para cuando era pequeña?

Huck rio, recordando cuantas veces la había llevado en brazos, y se apresuró a responder:

—Está bien, te echaba de menos. Por cierto, esta es mi novia, Debby.

Náyade les miró y con una sonrisa comentó:

—Ahora entiendo por qué he percibido tu aura más feliz. Me alegra.

Debby sonrió halagada y Chris se burló:

—¿Eso quiere decir que no estabas locamente enamorada de él y no te molesta que tenga novia, como les pasa al resto de chicas que le conocen?

—Por supuesto que no —declaró Náyade—. Huck es un chico muy guapo, pero nunca me ha gustado de ese modo.

Todos rieron, menos Joshua, que no le apetecía pensar en su hermana y chicos, todo en la misma imagen. Chris se rio diciendo:

—No sabes el tiempo que he esperado que una chica dijera eso del guapo del campus. Le irá bien para bajarle los humos.

Huck esbozó una sonrisa irónica y Debby comentó:

—Náyade, acabas de entrar en mi club de amigas. Normalmente, no entra nadie a parte de Lucy, Eleanor y Amanda porque el resto de mujeres de la Universidad aspiran a quitarme el novio, así que no sabes lo contenta que estoy de que estés aquí.

Huck estuvo a punto de decir que eso no era cierto, pero lo último que quería es continuar hablando delante de Debby de su éxito con las mujeres, ya que era el tema tabú entre ellos. Así que cambió de tema diciendo:

—Deberíamos pensar que le vamos a decir a Lucius.

—Yo propongo que lo encerremos en el sótano un año y así respiraremos tranquilos —propuso Chris.

Todos rieron, pero Náyade se ofreció:

—Lamento haberos puesto en problemas con el Círculo de las sombras. Si queréis, puedo reunirme con el señor Rogers fuera de aquí.

—Tranquila, todos estamos peleados con él, tú solo te has sumado al grupo —explicó Jimmy—. Técnicamente estamos en su larga lista de brujos que le caen mal.

Náyade les interrogó con la mirada, pero antes de que Joshua pudiera hacer una explicación más correcta, Chris bromeó:

—A mí me odia porque soy irónico y bromista, a Benjamin porque paga las facturas y ya no puede mandar en nuestra Hermandad, a tu hermano porque le pone nervioso que sea tan tranquilo, a Lucy, Amanda y Eleanor porque son brujas en general, y a Debby porque es la novia bruja de Huck en particular; a Zack porque defendió a todas las chicas de la Hermandad una vez y a Jimmy porque sale con Lucy.

—Y a mí en general porque existo. —Se sumó Huck, sabiendo que Chris le había omitido a propósito para no herir sus sentimientos.

Joshua miró reprobadoramente a su amigo y recalcó:

—De vez en cuando, deberías dejar que yo explicara las cosas.

—¿Por qué? Yo lo he visto muy gráfico —protestó Eleanor entre risas.

Náyade también rio y aseguró:

—En ese caso, intentaré no empeorar las cosas.

La sonrisa amable de todos la cautivó, comenzando a entender por qué su hermano estaba tan a gusto en aquella Hermandad: porque había encontrado allí la familia que ella no había podido tener con sus tíos. Durante unos minutos, se dejó impregnar todo su ser de aquella corriente de energía de amor y amistad; y no puedo evitar pensar que ojalá aquello durara más allá de la visita de Lucius.

Un ahora más tarde, en la sala común de la Hermandad de la Luz reinaba el silencio más absoluto, y había tanta tensión que se podía cortar como un cuchillo. Todos los miembros de la Hermandad estaban presentes, incluida Náyade que, por mucho que temiera al Círculo de las sombras, no pensaba permitir que los demás se enfrentaran a Lucius en su lugar. Joshua estaba a su lado y la tenía cogida de la mano, mientras que en el otro lado Huck miraba desafiante a su padre. Joshua fue el primero en hablar:

—No era necesario que viniera en persona, ya le dije por teléfono que mi hermana está perfectamente.

—Y no pensamos dejar que te la lleves —puntualizó Huck.

Lucius les miró a ambos, pero en lugar de contestarles se dirigió a Náyade y comentó en una voz mucho más suave de lo que jamás le habían oído ninguno de los presentes:

—Sobre eso, me gustaría hablar con Náyade a solas.

—Por supuesto que no —se apresuraron a decir al unísono Joshua y Huck.

Sin embargo, Náyade miró a los ojos de Lucius, advirtiendo que no tenía por qué temerle y, con su dulce voz afirmó:

—Me parece bien.

—Náyade, no… —le rogó Joshua.

—No pasa nada, si el señor Rogers quiere hablar conmigo a solas, seguro que tiene sus motivos. Y no quiero más peleas por mi causa —repuso su hermana.

Todos la miraron sorprendidos. A pesar de su edad y de su aspecto frágil, Náyade parecía más capaz que ninguno de ellos de hablar ante Lucius. Podían intuir por lo que les había contado Joshua, lo que ella había pasado mientras estuvo encerrada, pero aun así era capaz de mantener la calma, al menos delante de los demás. Huck intercambió una mirada con Joshua y este asintió, dando permiso a Náyade. Esta subió lentamente al desván, seguida por Lucius. Cuando estuvieron a solas, este la observó detenidamente. Estaba aún más demacrada que la última vez que la vio y demasiado delgada, tal y como había observado en la visión de Andrew que tanto le había trastocado. Sin embargo, sus ojos seguían mirándole sin odio, a pesar de todo lo que había sucedido entre ellos. Algún día aquella muchacha sería una bruja sanadora de poder increíble y por ello estaba allí a solas con ella, porque, después de mucho reflexionar, había llegado a la conclusión que la necesitaba y que haría todo lo posible por no estropear la única oportunidad que le quedaba.

Náyade se sentó en el suelo, en el Círculo, y Lucius hizo lo mismo enfrente de ella. Antes de que él pudiera hablar, Náyade comentó:

—Sé que no me creerá, pero no hice lo que mi tía dijo.

—¿Cómo sabes que no te has hecho un conjuro de olvido nuevamente? —le preguntó Lucius.

—Mi conjuro de olvido solo incluía saber qué pasó después de volver a la vida a aquel animal, no de mi acto. Sé que soy responsable de aquello y, aunque tampoco me crea, sigo sin saber por qué hice ese conjuro de olvido.

Lucius la miró. Días de pruebas e interrogación le habían convencido de que, a pesar del conjuro, Náyade tenía sentido de la responsabilidad y era sincera cuando hablaba. Sí ahora le decía que no lo había hecho, era cierto. Por eso confesó:

—Sí que te creo, sobre todo porque volví a hablar con tu tía y sé que me mintió. Pero eso no significa que esté de acuerdo con el conjuro que hiciste en verano, fue un desafío a tus profesores y al Círculo de las sombras.

—Lo sé señor, y me disculpo, aunque ya le dije creía que lo había hecho por un bien mayor.

Lucius esbozó una sonrisa. Definitivamente, Náyade nunca hablaba como una chica de dieciséis años. Por eso comentó:

—Ahora has hablado como yo.

—Todos estamos interrelacionados, señor —se limitó a contestar ella, para luego añadir—. ¿Por qué ha querido verme a solas?

—Porque no quiero que nadie sepa lo que voy a decirte.

Náyade le miró. De algún modo, no parecía que sus palabras fueran una amenaza, sino más bien una petición. Por ello le dijo:

—Le escucho.

Lucius suspiró y, después, mirándola a los ojos, comenzó a explicar:

—Tu tía nos ha cedido tu custodia, como ya sabes. También sé que Joshua quiere pelear por ella. Y que Benjamin está dispuesto a costear los mejores abogados para ello.

—No dejaré que mi hermano se meta en problemas para salvarme, ni tampoco aceptaré el dinero de un desconocido —se apresuró a decir Náyade—. Me iré voluntariamente con usted si me promete que mi hermano estará tranquilo aquí, en su Hermandad, lejos de los tribunales. No destruiré lo que ha construido aquí, la paz que ha encontrado.

Él la miró, admirado de nuevo por su fortaleza y el amor por su hermano. Con una voz que solo había utilizado con Huck cuando era pequeño le dijo:

—No voy a llevarte conmigo al Círculo de las sombras, Joshua tenía razón. Eres una de las brujas sanadoras con más fuerza que he conocido, algún día tu poder será increíble, seguramente más del que ninguno de nosotros habremos visto antes. Creí que en el castillo controlaríamos tu poder, pero lo único que conseguí fue desquiciarte.

Náyade le miró, incrédula, tanto por el tono como por sus palabras. Lucius continuó diciendo:

—Sin embargo, tampoco quiero que vuelvas con tus tíos. Puede que no sienta las auras como un brujo sanador, pero tu tía es una mala persona y no creo que bajo su dominio puedas tampoco desarrollarte. Necesitas estar con tu hermano, que él te enseñe a ser la gran bruja sanadora que estás destinada a convertirte.

—Pero aún estoy en el instituto…

Lucius esbozó una sonrisa irónica y comentó:

—Teniendo en cuenta lo tejemanejes de los que Benjamin es capaz, seguro que encontrará la manera de convertirte en universitaria. Dado que eso no te afecta como bruja, no me inmiscuiré.

Náyade le miró. Estaba aliviada, pero por otra parte sabía que Lucius no había terminado de hablar. Así que le preguntó:

—¿Por qué hace esto por mí?

Lucius suspiró y contestó tristemente:

—Debería decirte que lo hago porque es lo correcto, pero lo cierto es que mis motivos son mucho más egoístas.

Náyade lo interrogó con la mirada, intuyendo a que se refería. Antes de pensar lo que hacía, puso su mano sobre la de él, transmitiéndole su energía para darle fuerzas para hablar con ella. Lucius se sintió estremecer. Primero había sido la mano de su cuñado en el hombro, después la de Andrew y ahora, la de esa joven sanadora que se atrevía a tocarle. Con la voz quebrada, sintiendo por primera vez intimidad en años con alguien, se atrevió a decir:

—He conocido a muchos brujos sanadores, algunos incluso han vivido conmigo en el castillo del Círculo de las sombras. Pero tú, eres diferente a todos ellos, viste algo en mi interior que nadie ha visto…

Náyade asintió, apretando con más fuerza la mano de Lucius. Él continuó:

—Dijiste que puedes sanarme. Algún día, eso es lo que quiero, lo que más anhelo en el mundo…

Ella afirmó con la cabeza mientras decía con ojos tristes pero a la vez fuertemente:

—Ya se lo dije, cuando sea lo bastante fuerte, iré al castillo e intentaré arreglar lo que se rompió en su interior. Pero no quiero que sea como un trueque, no funciona así con la energía curativa. Lo haré independientemente de su decisión hoy sobre mí. Así me encierre con usted o me haga volver con mi tía, yo iré a sanarle igualmente cuando esté preparada para ello.

Lucius sintió como una daga se clavaba en el corazón. Aquella chica era como un ángel lleno de bondad, un ángel que él habría podido destruir cuando la encerró en el castillo, cuando la había herido emocionalmente con su trato. Advertía en sus ojos que ella no había olvidado la experiencia, que si había huido de casa de sus tíos era por el terror a volver al castillo con él; pero también que tenía una fortaleza interior increíble; la suficiente como para anteponer sus deberes de sanadora a su propio interés. Por ello, apretó con fuerzas sus manos, entrelazándolas, mientras le decía:

—Este es el mejor sitio que podrías estar, mereces la paz que solo tu hermano te va a darte. Y, tienes razón, te dejaré aquí, libre, sin pedirte nada a cambio.

—Pero sabe que yo se lo daré igualmente, ¿verdad? —repuso Náyade con una dulce y curativa sonrisa.

Lucius asintió y, durante varios minutos, permanecieron así, en silencio. Cuando se separaron, Náyade comentó:

—Supongo que no quiere volver a la sala, así que les diré a los demás que me autoriza a quedarme y a que Benjamin consiga mi ingreso en la universidad. ¿Le parece bien?

—El otro tema… —comenzó a decir Lucius, recuperando su semblante serio.

—Soy sanadora. Lo que veo en los demás, permanece en mi interior —le respondió Náyade con una sonrisa tranquila.

Lucius asintió y, antes de marcharse, le dijo algo que jamás había dicho a nadie antes:

—Aunque no lo creas, te encerré pensando en el bien común, y también en tu propio bien. Lamento mucho haberte hecho daño.

Náyade sonrió como si hubiese estado convencida de que tarde o temprano él diría esas palabras, porque le dijo:

—Lo sé señor, todo hacemos lo que podemos con el entendimiento del momento. Agradezco que ahora lo vea diferente.

Él no se atrevió ni a mirarla. Aunque sabía que él jamás podría perdonarse nunca lo que le había hecho, era reconfortante saber que ella si lo había hecho. Sin decir nada más, bajó rápidamente las escaleras y salió de la Hermandad antes de encontrarse con nadie, antes de que alguien viera la debilidad que había en ese momento en sus ojos.

Mientras, en la sala común, ya nadie permanecía sentando, sino que paseaban nerviosamente, preocupados por lo que debía estar sucediendo en el desván. Cuando oyeron los pasos en la escalera, todos miraron hacia la puerta, pero, para su sorpresa, Náyade entró sola, mientras se oía el inconfundible ruido de la Harley de Lucius alejándose.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Joshua, ansioso.

Náyade les miró sonriente y les comentó:

—El señor Rogers se ha marchado. Dice que puedo quedarme contigo en esta Hermandad y que me dejará tranquila para que pueda aprender junto a ti.

—¿Qué mi padre ha dicho qué? —masculló Huck, incrédulo.

—Tu padre sabe lo que está bien —se limitó a contestar Náyade.

—¿En qué Universo? —le espetó Huck.

—La ira no es buena para nadie —se limitó a responder Náyade.

—Creo que hablamos de Lucius diferentes. ¿No recuerdas que te encerró y que si no fuera por Joshua seguirías pudriéndote allí? —protestó Huck despectivamente, con una mezcla de extrañeza y de envidia de que Náyade fuera capaz de sacar en su padre algo más que malas palabras, como le pasaba a él.

Al oír su comentario, Náyade bajó los ojos, entristecida, y Debby estiró del brazo a su novio, indicándole que no estaba de acuerdo en absoluto con la manera en la que le estaba hablando a la muchacha. Huck comprendió y se disculpó:

—Lo siento, Náyade, mi enfado es con mi padre, no contigo.

Ella le sonrió comprensivamente, pensando que Huck, al igual que su padre, también necesitaría de sus tratamientos, en cuanto supiera cómo hacerlo. De momento, se limitó a continuar explicar:

—Tu padre dice que, si quiero permanecer en el campus, Benjamin tendrá que falsificar mis documentos para poder estudiar aquí.

—¿Eso es algún tipo de trampa para encerrarme a mí también? —preguntó el aludido algo atemorizado, ya que recordaba que Lucius le había amenazado repetidamente con la frase «Estás en mi lista».

—Estoy segura de que no. El señor Rogers sabe que aquí puedo aprender mejor que en el castillo, no había segunda intención en nada de lo que ha dicho —respondió Náyade con un tono tranquilo y suave que comenzaba a desesperar a todos.

—No es que no te crea, pero ¿estamos hablando del mismo brujo que cada vez que entra en esta Hermandad dice algo desagradable, o molesta a alguien y al que no le importa nadie salvo sí mismo? —le preguntó su hermano.

Náyade miró a su hermano reprobadoramente y aseveró:

—Joshua, eres un brujo sanador. No puedes hablar así de nadie, juzgar sin ver todo el contexto.

Todos la miraron atónitos y Eleanor bromeó:

—Esta sí que es buena. Parece que tenemos una nueva Jedi en la Hermandad. Y es aún más exasperadamente tranquila que tú.

Joshua miró a su hermana, entre incrédulo y preocupado. Aunque únicamente lo había comentado con Carl, él también había advertido como una brecha en Lucius, que solo parecía abrirse con Náyade. Sabía que su hermana no le diría nada, que había algo en su relación con Lucius que permanecía oculto, y eso no podía dejar de angustiarle. Náyade pareció intuirlo, porque se acercó a él y le dijo suavemente:

—Todo está bien. Ahora ya puedo comenzar a olvidar el castillo.

Joshua apretó su mano con fuerza y ella se giró al resto del grupo preguntando:

—¿Estáis de acuerdo en que me quede? Sé que soy más joven que vosotros, pero trataré de adaptarme al grupo.

—Por supuesto. Será divertido ver cómo Joshua se desespera mientras tú te quedas tranquila.

Náyade sonrió a Chris abiertamente, le recordaba de cuando era más pequeña y alguna vez le visitaba junto con Joshua, siempre le hacía reír, y parecía que no había perdido aquella cualidad.

Benjamin jugueteó con las gafas y comentó:

—Dado que parece que tienes controlado a Lucius alias «El kraken», me pondré ahora mismo con tu nueva identidad. Se me ocurre que puedo conservarte el nombre y los apellidos, pero falsear un expediente en el que parezca que hayas terminado el instituto antes de tiempo a causa de tu brillante inteligencia. Así podrás incorporarte en primero en cualquier carrera que desees.

—¿Mentir de ese modo está bien? —preguntó Náyade a su hermano, ya que no tenía muy claro que Lucius se refiriera a eso.

—Técnicamente sí que eres más inteligente de lo normal y, dado que lo hacemos para que puedas convertirte en una bruja sanadora; estoy convencido de que es lo correcto.

—Si quieres, puedes escoger una carrera que hagamos Lucy o yo, de este modo irías a clase con nosotras y no te sentirías tan sola. Eleanor y Amanda van a cursos superiores —propuso Debby.

Náyade alzó los ojos hacia ella y respondió:

—¿Qué estudiáis?

—Lucy Historia del Arte, yo Historia Antigua.

—Historia Antigua. Si a Joshua le parece bien.

—Por supuesto, tú eliges —le respondió su hermano, todavía algo sorprendido de cómo había ido todo con Lucius.

—Bien, entonces, mañana mismo estarás matriculada.

—¿Puedes conseguirlo tan pronto? —preguntó Zack, extrañado.

—Si mi ordenador funciona, por supuesto. Fingiremos un traslado de expediente de los Estados Unidos, ya que eso hace que sea más difícil de seguir el rastro —confirmó Benjamin.

—Amigo, espero que nunca te vuelvas al lado oscuro, porque ese poder tuyo informático me da mucho miedo —bromeó Chris.

Benjamin se encogió de hombros por toda respuesta y Zack comentó con su habitual parsimonia:

—Por mí también eres bienvenida.

Náyade le agradeció con la mirada las palabras y Lucy afirmó:

—Estaré encantada de tener otra bruja sanadora con la que practicar. Y eso me recuerda que tenemos que hacer algo con tu ropa.

—¿Por qué no me sorprende la pregunta? —ironizó Jimmy—. Náyade, yo también me alegro de que estés aquí, pero no te dejes llevar por la furia compulsiva de compras de mi novia.

Náyade rio y Lucy recalcó:

—Es una adolescente, le encanta la ropa…

—En realidad siempre voy con *jeans* y camisetas, aunque tampoco he tenido nunca otras opciones —confesó Náyade.

—Tranquila, yo me encargaré de enseñarte esas opciones. Si quieres, puedo llevarte de compras el sábado. Será mi regalo de bienvenida.

—Oh, no puedo aceptar eso —se apresuró a decir Náyade.

—Primera regla que debes saber de esta Hermandad. Todos compartimos nuestro dinero. Y dado que mis padres me compensan que ya ni les llame por teléfono con generosos cheques y tarjetas para mi ropa, tú lo compartirás conmigo.

Náyade la miró indecisa, mientras pensaba que, a pesar de la ligereza con la que Lucy hablaba de sus padres, también tendría que tratar ese tema con ella un poco más, porque seguro que había aún en su interior alguna herida abierta.

Jimmy advirtió sus dudas y comentó irónicamente:

—Hazle caso. Básicamente, porque terminará saliéndose con la suya.

—Eso es cierto, jamás te vi tan bien vestido —bromeó Debby—. Aunque en esto debo decir que apoyo el cambio.

Jimmy sacó la lengua por toda respuesta y Lucy añadió:

—Mientras tanto, puedes coger lo que quieras de nuestros armarios.

—Me temo que soy más bajita que vosotras.

Lucy la miró con ojos de modista y aseguró:

—Sí, pero estás igual de delgada, de hecho, un poco más, así que nuestros vestidos te vendrán. Tengo unos preciosos para ti.

Náyade le sonrió, le gustaba aquella chica tan amable y risueña. Amanda sugirió:

—Tendríamos que cambiarte el peinado. Si vas a hacerte pasar por universitaria tendrás que parecer algo mayor, así que nada de trenzas.

—Aunque para eso mejor te ayudan Lucy o Debby, nosotras tenemos el cabello corto —rio Eleanor.

—Por supuesto, tienes un cabello rubio muy bonito. Te quedará bien suelto o medio recogido. Si quieres, podemos ir a hacer pruebas ahora mismo —propuso Debby—. Así dejaremos que los demás vuelvan a sus quehaceres; y mientras tanto Lucy puede ver que vestidos nuestros pueden quedarte bien.

Náyade sonrió y le siguió escaleras arriba. Joshua no pudo evitar mascullar:

—No sé qué tienen de malo las trenzas.

Eleanor le miró riendo fuertemente con Amanda y argumentó:

—Tu hermanita pequeña es muy guapa, así que será mejor que vayas asumiendo que le salgan pretendientes.

—¿Por qué te hace gracia esto? —refunfuñó él.

—Porque es divertido ver que hay algo que puede sacarte de quicio. —Volvió a reír Eleanor, mientras se le sumaban el resto de amigos.

Joshua hizo un mohín de protesta y Lucy se llevó a Eleanor y a Amanda para que pudieran ayudarla a elegir el nuevo vestuario de Náyade. Cuando los chicos se quedaron solos, Joshua se giró hacia Chris y le preguntó:

—¿Recuerdas lo que dijiste acerca de que la próxima bruja guapa que llamara a la puerta, era tuya?

—Sí, aunque algo me dice que sería mejor que tú no lo recordaras.

—Tienes razón, porque si te acercas a ella, te mato, literalmente —comentó Joshua.

—Eh, que se supone que tú eres el brujo Jedi que vive en paz y armonía con todos nosotros, o algo así —protestó Chris.

—No soy el brujo Jedi, soy un brujo sanador y no pienso dejar que ninguno de vosotros se acerque a mi hermana adolescente. Y no soy tan tonto como para no advertir como la habéis mirado, los tres —recalcó Joshua.

Benjamin y Zack bajaron los ojos sintiéndose culpables, pero Chris esbozó una sonrisa traviesa al darse cuenta que no era el único que la había visto de este modo y replicó:

—En nuestra defensa diré que tu hermana es preciosa y los tres tenemos ojos.

Joshua le miró y le reprendió diciendo:

—Pues añadir el cerebro a vuestros órganos en activo y recordar que tiene dieciséis años. Así que os quiero a todos lejos de ella. Nada de ser simpáticos, ni acompañarla a clase, ni ayudarla con los deberes ni en general hacer nada que implique contacto con ella más allá de lo imprescindible.

—Pero entonces tu hermana creerá que somos antipáticos con ella y no se sentirá bien acogida —protestó Zack.

—Prefiero eso a que se enamore de cualquiera de vosotros. Así que os quiero a todos menos a Jimmy, Huck y yo lejos de ella.

—¿Y si se enamora de Jimmy? ¿O de Huck? Todas se enamoran de él.

—Náyade ya ha dejado claro que Huck no le gusta. Y dado que Jimmy tiene novia, si se enamora de él, ya se le pasará. Pero el resto os quiero lejos, ¿ha quedado claro?

Benjamin y Zack se encogieron de hombros y subieron a su habitación, pero Joshua pidió a Chris que se quedara con él. Este masculló:

—Ya lo he entendido, no me acercaré a tu guapa y encantadora hermana.

—No te he hecho quedar por eso. Es sobre Andrew y Náyade.

—¿Andrew? ¿Es porque la encontró?

—Más bien porque hay algo que no os he contado. Náyade no quería venir aquí, para que Lucius no la detectara, así que Andrew la llevo a su Hermandad.

—¿Con los «Águilas»?

—Sí, pero eso es lo que menos me preocupa. Los encontramos juntos, en la cama. Estaban durmiendo, abrazados y llámame paranoico pero no me gustaron las miradas que se intercambiaron.

—Esta sí que es buena… ¿Tu hermana está interesada en Andrew?

—Náyade tiene dieciséis años y un chico guapo la ha salvado. No quiero que pase de ahí. Por eso quiero que vigiles que Andrew no se acerque a ella —pidió Joshua.

—Es decir, pretendes que me mantenga alejado de Náyade para que no pase nada entre nosotros y a la vez la vigile para que tampoco pase con Andrew. ¿Suena tan extraño en mi cabeza como en la tuya?

—Sé cómo suena, pero tú eres quien más se mueve por el campus, por favor. No quiero a ningún universitario cerca de mi hermana pequeña, pero aún menos a un cambiante, no la pondré en ese peligro —insistió Joshua.

—Está bien, pero, te lo advierto, no puedes controlar los sentimientos de tu hermana, sean los que sean. Tú mismo lo has dicho, tiene dieciséis años, la misma edad que tenías tu cuando te enamoraste de Carl.

Joshua suspiró y objetó:

—Eso me deja mucho más tranquilo.

—Lo que quiero decir, es que tienes más posibilidades hablando con Andrew y pidiéndole que se mantenga alejado de ella que intentando que tu hermana no sienta nada. Es menos antinatural.

—Está bien, supongo que tienes razón. Hablaré con él. Pero, igualmente, tú vigílala, ¿de acuerdo?

—Claro. Por cierto, creí que no había nada que podía alterarte, resulta divertido —contestó Chris riendo—. Y, teniendo en cuenta lo preciosa que es tu hermana, vas a sufrir bastante.

Joshua esbozó una mueca y masculló:

—Voy a hablar con Andrew.

—Yo también quiero hablar con él.

La voz de su hermana se oyó detrás de él, pero por su expresión advirtió que únicamente había oído su última frase. Por eso le dijo:

—Será mejor que te quedes aquí, al menos hasta que Benjamin arregle tus papeles. No conviene que te vean por el campus.

—Pero quiero darle las gracias, explicarle que me quedo…

—Yo lo haré.

—Pero puedo llamarle por teléfono —propuso Náyade.

—Ya… sobre eso… sé que Andrew te ayudó mucho anoche, pero es mejor que no mantengáis el contacto.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso —replicó Joshua.

—Carl es un cambiante también y no me parece peligroso.

Joshua suspiró, desesperado, y al final comentó:

—Náyade, ahora soy tu tutor, así que por favor, hazme caso. No quiero que seas amigo de Andrew, es un chico mucho mayor que tú y sí, también un cambiante. Y antes de que lo preguntes, esto no es negociable.

—¿No es negociable? ¿Desde cuándo no negocias conmigo?

—Desde que te has vuelto una guapa adolescente. —Incidió Chris.

Náyade no pudo evitar sonreír por el comentario, pero Joshua preguntó:

—Chris, ¿nos puedes dejar solos un momento, por favor?

—Por supuesto, como dice Eleanor, desde la cocina escucho igual.

Joshua le ignoró, y cuando se quedaron solos miró a Náyade, que se explicó:

—Si es por anoche, por el modo en que nos encontraste, tuve una pesadilla, y Andrew me abrazó para consolarme. Comenzamos a hablar y nos quedamos dormidos. Sé lo que mis amigas del instituto decían de los chicos de la universidad, y parece ser que eso es lo que tú también piensas, pero Andrew solo se limitó a cuidarme. ¿Podrías al menos creerme en eso? ¿Confiar en mí?

—Confío en ti, pero no en los chicos en general ni en Andrew en particular.

—Pues voy a estar en una Hermanad, viviendo con unos cuantos solteros.

—Soy consciente de ello, pero a estos los tengo controlados —alegó Joshua con una sonrisa.

Náyade hizo una mueca, meditó unos segundos y luego aceptó:

—Está bien, pero al menos dale las gracias de mi parte.

—Eso sí puedo hacerlo —admitió su hermano con una sonrisa de alivio.

—Entonces, me vuelvo con las chicas.

Joshua miró como su hermana salía de la habitación a la vez que Chris entraba desde la cocina, con una sonrisa irónica mientras decía:

—Borra esa sonrisa de satisfacción de tu cara. O tu hermana es una adolescente extraña o encontrará la manera de hablar con Andrew si le interesa.

—No es una adolescente corriente, es una bruja de sanación, y seguirá mis sabios consejos.

—Lo que tú digas, amigo. Pero te apuesto…

—No voy a apostar contigo sobre mi hermana —protestó Joshua.

—Lástima, tenía la ganancia asegurada.

Joshua le dejó riendo, y supo que, por si acaso, tenía que hablar con Andrew sin demora. Tomando el teléfono, le llamó y le dijo:

—Andrew, soy Joshua. Sí, Náyade está bien y va a quedarse aquí conmigo. Pero tenemos que hablar. ¿Puedo ir a tu Hermandad? Bien, ahora voy.

Suspirando, apagó el teléfono y se dirigió a la Hermandad de las Águilas, con una leve sensación en su interior de que quizás no estaba haciendo lo correcto, pero demasiado preocupado por su hermana como para no hacerlo.

25. Sueños de aventura

Sentada en la cama, Debby jugueteaba con el cabello de Náyade, que se había sentado sobre el suelo con un cojín para facilitar el peinado. Debby comentó:

—Tienes un cabello precioso. Te lo cepillaré para que la trenza se deshaga y luego podemos hacer pruebas. Creo que te quedaría muy bien semirecogido.

—¿Eso me hará parecer mayor?

Debby sonrió ante la pregunta y contestó:

—Me temo que te pasa como a mí, nuestras facciones son algo infantiles, supongo que a los cuarenta años lo agradeceremos.

Náyade rio pero afirmó:

—Eso está bien, pero me gustaría parecer mayor ahora.

—Benjamin dijo que únicamente aumentaría un año tu edad y pondrá en tu expediente que estás avanzada en las clases. No tienes por qué preocuparte, nadie sospechará nada. Como te darás cuenta pronto, el resto de alumnos suele evitar a los miembros de nuestra Hermandad.

—Porque somos brujos…

—Técnicamente no saben que lo somos, pero supongo que nos rodea un halo extraño. Lo mismo les pasa a los cambiantes de la Hermandad de las Águilas, a pesar de que comparten casa con humanos, apenas se relacionan con ellos.

Náyade sonrió al oír el nombre de la Hermandad de Andrew y comentó:

—Sobre eso, ¿podrías decirme el número de teléfono de esa Hermandad?

Debby dejó de peinarla y sentándose en el suelo a su lado le preguntó:

—¿Para qué lo necesitas?

—Es para llamar a Andrew. Él me encontró en el bosque, quería darle las gracias.

—¿Por qué no le pides a tu hermano que te dé su número de móvil? Sé que lo tiene.

Náyade torció el gesto y comentó:

—Es que Joshua no quiere que hable con él.

—¿No quiere que le des las gracias? Suena raro en Joshua, es la persona más amable y agradecida que conozco.

Náyade se mordió el labio y miró a Debby. Había sido muy agradable con ella y algo le decía que podía confiar en ella. Por eso le preguntó:

—¿Puedes guardarme un secreto?

Debby la miró, intrigada, pero contestó:

—Si vas a vivir aquí me gustaría que fuéramos buenas amigas, así que por supuesto que te lo guardaré.

—Joshua no os explicó toda la verdad sobre anoche. Andrew me encontró, pero yo no quería venir aquí, así que me escondió en su habitación. Estuvimos hablando y cuando me quedé dormida, tuve una horrible pesadilla, así que él me consoló y estuvimos hablando hasta quedarnos dormidos. No pasó nada, ni siquiera intentó besarme ni nada por el estilo; solo me estaba cuidando —aclaró Náyade.

—Suena bonito. Me recuerda a algo parecido que me pasó con Huck —comentó Debby con una sonrisa cómplice.

—El problema es que mi hermano nos encontró en la cama, dormidos y abrazados, y digamos que la imagen le ha dejado un poco alterado; así que me ha prohibido acercarme a Andrew.

—Eso también me suena…

—¿Y cómo lo solucionaste? —se interesó Náyade.

—En mi caso, Jimmy nos encontró a Huck y a mí. Estábamos en París, como amigos, y tuvimos que compartir habitación porque en el hotel habían dado la mía y era demasiado tarde para buscar otro hotel. También estuvimos hablando y nos quedamos dormidos, así que la escena fue muy similar a la tuya. Jimmy es como un hermano para mí, y le preocupaba que Huck y yo, ya te lo imaginas. Además Huck había salido con muchas chicas del campus, así que no quería que yo saliera herida.

—Pero ahora vivís juntos…

—Cuando Jimmy entendió que Huck iba en serio conmigo, se acabaron los problemas. Sin embargo, creo entender lo que está pasando con tu hermano. Andrew me cae bien, de verdad, y además tengo que reconocer que es un chico muy guapo. Pero es mucho mayor que tú, supongo que Joshua está preocupado…

—¿De qué quiera acostarse conmigo?

—Veo que no te andas con rodeos. Pero sí, supongo que eso es lo que más debe preocuparle en estos momentos —contestó Debby con una sonrisa tímida.

Náyade la miró con ojos preocupados y replicó:

—Sé que mi hermano cree que soy como una niña, y en realidad, nunca he salido con nadie. Para los chicos de mi edad soy esa chica extraña que habla de un modo raro. Supongo que, como tú has dicho, detectan algo diferente en mí, por ser una bruja sanadora. Pero, les he visto actuar con mis amigas, y créeme, no me hubiera ido a la habitación de ninguno de ellos, pero algo me hizo confiar en Andrew. Me hizo sentir cómoda. Él es genial y, además, no me ve como un bicho raro.

—Eso es porque no eres un bicho raro —se apresuró a contestar Debby—. Nosotros somos especiales y eso hace que los humanos no siempre nos comprendan. Pero aquí, en la Hermandad, te sentirás normal. Y está bien si también lo has conseguido con Andrew. Soy de la opinión que cambiantes y brujos no deberíamos estar separados, al menos no si los cambiantes son como Carl o Andrew.

—¿Significa eso que me ayudarás entonces a que contacte con él?

Debby la miró, dubitativa. Aunque comprendía perfectamente lo que ella le decía, no quería hacer nada que molestara a Joshua, que siempre se había portado bien con ella. Náyade lo advirtió y comentó:

—Lo siento, no debí habértelo pedido. Entiendo que seas leal a mi hermano.

Debby suspiró, para finalmente decir:

—Joshua es mi amigo y no quiero hacer nada que no le guste, pero comprendo lo que me dices, así que te propongo una cosa. Te prestaré mi móvil y así podrás hablar con Andrew. Además, todo héroe merece que se lo agradezcan.

Náyade sonrió y tomó el teléfono que ella le tendía, marcando el número que Debby le había dejado seleccionado. Sin embargo, su sonrisa se había borrado cuando colgó y comentó:

—Me ha respondido un chico y ha ido a buscar a Andrew, pero dice que no se ha podido poner. ¿No te parece extraño?

—No te preocupes, seguro que no es nada. Además, podemos ir probando.

—Muchas gracias.

—No hay porque darlas. Anda, sigamos con el peinado; luego te toca pruebas de vestidos con Lucy.

Náyade sonrió, pero apretó con fuerza el móvil, intuyendo que algo sucedía. Debby lo advirtió e intentó cambiar de tema.

26. Sueños de dolor

Caminando nerviosamente en su habitación, Huck pensaba en lo que había sucedido. No podía sacar de su cabeza que su padre hubiera dejado escapar tan fácilmente a Náyade, menos aún que hubiera exigido hablar con ella a solas, ni que se hubiera ido sin mediar palabra con él o con Joshua. En su corazón lleno de ira hacia su padre, las dudas se iban instaurando sobre lo que había pasado. Náyade, tan dulce e inocente como siempre la había recordado, solo que ahora parecía diferente en algo que no podía definir. Por huir de su padre se había escondido en el bosque sin más alimentos que los frutos que iba encontrando; y ahora sin embargo le defendía porque la había dejado quedarse allí. Algo no cuadraba, y una idea terrible se iba formando en su cabeza. Sin pensarlo dos veces, se puso su traje de moto y se dirigió a la habitación de Eleanor, donde esta estaba leyendo con la cabeza apoyada en el regazo de Amanda. Las dos le miraron sorprendidas y Eleanor, incorporándose, le espetó:

—Sea lo que sea, no es buena idea.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera he dicho nada…

—No, pero haces cara de estar a punto de hacer una «Huckada» —respondió Eleanor irónicamente.

—¿Una «Huckada»?

—Sí, ya sabes, esas cosas que haces cuando estás atormentado y de las que luego te arrepientes —explicó Eleanor, consiguiendo que Amanda estallara en carcajadas.

Huck hizo una mueca y protestó:

—No estoy atormentado, solo preocupado y necesito hablar con mi padre. Me llevará un tiempo llegar al castillo, así que estaré fuera toda la tarde. Por eso quiero que se lo digáis a Debby.

—¿De qué quieres hablar con tu padre? —se apresuró a preguntar Amanda —. Creí que no os hablabais.

—Solo cuando es necesario, y tengo que hacerle una pregunta —explicó Huck, sintiendo repugnancia de lo que estaba pensando.

Las dos chicas intercambiaron una mirada. Huck parecía muy preocupado, pero aun así Amanda insistió:

—¿Por qué no se lo dices a Debby directamente?

—Porque no quiero preocuparla. Además, está con Náyade y no quiero que ella se entere de que voy a ir al castillo.

—¿Por qué no nos cuentas de que va todo esto? —propuso Eleanor—. Así podremos ayudarte.

Huck las miró detenidamente, sabiendo que sería incapaz de reproducir sus pensamientos ante nadie, no al menos antes de haberse enfrentado a su padre. Por eso comentó:

—No puedo. Por eso os pido que confiéis en mí.

Eleanor suspiró y respondió tristemente:

—La última vez que confié en ti saliste volando convertido en un pájaro y casi te perdemos.

No había reproche en sus palabras, solo dolor, como si ella no pudiera soportar la idea de perderle de nuevo. Huck se acercó y tomándola de la mano le dijo:

—Sé que he cometido muchos errores que pusieron en peligro no solo a mí sino también a la gente que me importa. Pero ahora necesito ir a hablar a solas con mi padre y no quiero que nadie lo sepa, al menos no de momento.

Eleanor clavó su mirada en la suya y luego respondió:

—Está bien, pero te quiero vuelta para cena. Y si no estás aquí Amanda y yo iremos a buscarte y te enterarás de lo que son dos brujas enfadadas.

—Muy enfadadas —añadió Amanda.

Huck sonrió y dándoles un beso a cada una en la mejilla les dijo:

—Sois tal para cual.

—Tú ten cuidado, ¿de acuerdo? —respondió Amanda.

Él volvió a sonreír por toda respuesta y luego salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró Amanda preguntó a su novia:

—¿Estamos haciendo bien dejándole ir solo al castillo?

—No lo sé, pero Huck tiene muchas cosas pendientes con su padre. Y, por muy mal que me caiga Lucius, no creo que le hiciera nunca daño. Así que tendremos que confiar en él.

—¿Y cuándo se lo decimos a Debby?

—Será mejor que esperemos un rato. Se va a poner de los nervios…

—Entonces, ¿seguimos leyendo? —propuso Amanda.

Eleanor la miró, perdiéndose por un momento en sus preciosos ojos. El hecho de que Huck volviera al castillo y de que Náyade hubiera estado a punto de ser encerrada de nuevo, le hacía pensar en lo que era importante, los momentos que valía la pena atesorar. De algún modo, parecía que siempre había una tormenta a punto de estallar sobre aquella Hermandad y sobre todos los que vivían en ella. La bruja aún les perseguía, el amenazante Círculo de las sombras siempre intentando dominarles, los propios problemas personales que todos arrastraban, el dolor que habían sufrido a lo largo de sus vidas, la cercanía desesperadamente a la muerte que habían experimentado… Pero, en medio de aquel caos, siempre había algo que hacía que todo valiera la pena. Por una parte, era la amistad que todos los que habitaban en la Hermandad compartían y, por la otra, saber que por fin había encontrado el amor en Amanda. Con dulzura, se acercó más a su novia y, mientras comenzaba a acariciarla le dijo:

—Ahora mismo, lo único que quiero leer es a ti.

Su novia sonrió y, abrazándola contra sí, comenzó a besarla, sintiendo también que lo único que a ella le apetecía era fundirse con la mujer que amaba.

27. Sueños que no perdonan

El castillo del Círculo de las sombras se veía tan tétrico como de costumbre. Huck aparcó su moto descuidadamente en la entrada, ya que nadie se acercaba por allí. Durante todo el viaje le había ido corroyendo la duda de si estaba haciendo lo correcto, de si debía habérselo consultado a Joshua primero. Pero la mera posibilidad de que fuera cierto lo que pensaba le había hecho continuar conduciendo hasta llegar allí, a la puerta del castillo. Algo indeciso, llamó al timbre más suavemente que en anteriores ocasiones. La señora Bates apareció enseguida, sonriente como siempre:

—Huck, que sorpresa tan agradable. Tu padre hace poco que ha llegado, no me ha dicho que ibas a venir.

—No lo sabe —comentó Huck nerviosamente.

—Entra, no te quedes en la puerta. Está en la biblioteca. Te prepararé un café y te lo llevaré allí.

—No —se apresuró a decir Huck.

La señora Bates le miró, preocupada por su tono, y él añadió:

—Se lo agradezco, pero tengo que hablar de algo muy importante con mi padre y prefiero que nadie nos interrumpa.

El ama de llaves lo miró, inquieta, preguntándose una vez más si siempre tenía que ser así, si padre e hijo jamás podrían superar el pasado. Apreciaba a Huck enormemente, pero la lealtad hacia el Lucius que ella conocía le hacía incapaz de ponerse de su parte. Por ello le acompañó a la biblioteca sin decir nada, y se fue a la cocina intuyendo que aquella visita no traería nada bueno.

Cuando Huck entró en la biblioteca, su padre estaba en la misma posición de siempre, sentado frente al fuego, con una taza de té en la mano y la mirada perdida en algún lugar al que él nunca había sido capaz de llegar. Al escuchar sus pasos, se giró sobresaltado y preguntó:

—¿Huck? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo en la Hermandad o en el campus?

Su hijo le miró. De algún modo, ahora que le tenía enfrente, todo lo que había estado pensando se hacía aún más difícil de expresar en palabras. Con voz queda musitó:

—Todo está bien. He venido a hablar de Náyade.

Lucius suspiró aliviado y comentó en un tono mucho más suave del que Huck estaba acostumbrado:

—Si has venido a decirme que no dejarás que vuelva al castillo, pierdes tu tiempo. Supongo que ella ya os ha dicho que puede quedarse en la Hermandad y no tengo ninguna intención de cambiar de idea; a menos que, obviamente, vuelva a utilizar sus poderes para algo prohibido. Pero algo me dice que no lo hará, es una buena chica y será una sanadora excepcional, así que puedes estar tranquilo.

Huck le miró. Hablando de Náyade, la voz de su padre se sentía diferente, como si ella le importara y tuvieran una especie de vínculo. Incapaz de creer que su padre sintiera nada parecido al cariño por nadie, la sospecha brotó de nuevo violentamente en su cabeza. Con voz dura le espetó:

—¿Por qué la dejaste quedarse con nosotros?

Su padre le miró intrigado y respondió:

—Ya te lo he dicho, creo que es una buena chica y que, al lado de su hermano, se convertirá en una gran sanadora. Mientras no rompa las leyes del Círculo, es libre de estar donde ella prefiera.

Huck le miró. A pesar de que su padre parecía sincero, seguía sin poder creer que estuviera haciendo lo adecuado, ni que fuera por una vez.

—No te creo.

—¿Disculpa? —le preguntó su padre mientras se levantaba.

—Creo que dejaste a Náyade con nosotros a cambio de su silencio, por eso quisiste hablar con ella en privado.

Al oír eso, su padre bajó los ojos, creyendo que su hijo había adivinado que esperaba que Náyade le ayudara a sanarse. Pero Huck malinterpretó el gesto y le espetó:

—¿Qué le hiciste cuando estuvo aquí que fuera tan terrible que valga la pena dejarla en una Hermandad a la que odias?

Lucius tembló, recordando la visión que Andrew le había transmitido de Náyade y sus sentimientos heridos el tiempo que estuvo en el castillo. Sin embargo, no podía permitirse mostrar debilidad ante su hijo, no cuando sabía que este podía utilizarla en su contra en cualquier momento. Con voz severa contestó:

—Seguí el mismo protocolo que el que utilizamos con todos los brujos que quebrantan la ley. Ya no es una niña, tiene dieciséis años y ya es mayor para responsabilizarse de sus actos.

—¿También lo suficientemente mayor para que te intereses por ella? Porque es preciosa, ¿no es así?

Su padre le miró a los ojos, intentando en vano comprender lo que pasaba por la mente de su hijo. Entonces, al advertir la mirada dura de Huck le preguntó:

—¿De qué estás hablando?

Su hijo hizo una mueca hastiada y masculló:

—En todos estos años, nunca te he visto con una mujer, ni siquiera interesado en nadie que no fueras tú mismo o el maldito Círculo. Y, de pronto, encierras a Náyade en el castillo y cuando ella desaparece, te vuelves loco buscándola; para luego dejarla libre a cambio de su silencio. Es como si estuvieras obsesionado con ella. Así que me pregunto qué demonios le has hecho a la hermana de mi mejor amigo mientras estuvo aquí.

Lucius se sentó en el borde del sillón, mientras balbuceaba:

—No puedes estar hablando en serio, no puedes pensar que…

—¿Abusaste de ella? —le gritó Huck terminando la frase—. Es la única explicación razonable que le encuentro.

Su padre le miró, sintiendo como si una daga se clavara en su corazón. Lentamente, se levantó y le espetó duramente:

—¿La única explicación razonable?

Huck le observó, advirtiendo que su padre estaba temblando. Lucius le agarró de la solapa de la chaqueta y pudo ver a través de sus ojos algo más fuerte que la ira, un profundo sentimiento de asco y de desprecio mientras le gritaba:

—¿Eres mi hijo y la única explicación razonable que encuentras a que me haya portado bien hoy con Náyade es porque la estuve violando mientras estuvo aquí y no quiero que me delate? ¿Qué clase de monstruo degenerado crees que soy? ¡Contesta!

Huck se apartó atemorizado e intentó hablar, pero Lucius se lo impidió gritando:

—Quiero que te vayas.

—No, yo… —comenzó a decir Huck, dándose cuenta por la reacción de su padre de lo equivocado que estaba.

—¡Cállate! Te has pasado los últimos años diciendo que me querías lejos de tu Hermandad, bien, ahora yo te quiero lejos de mi castillo. Vete y no vuelvas nunca más.

Huck intentó hablar, pero su padre le sacó a empujones hasta la puerta, donde, mientras lo echaba le gritó:

—No quiero volver a verte nunca. Dijiste que yo ya no era tu padre. Ahora yo no quiero que seas mi hijo.

Huck vio como la puerta se cerraba y sintió por primera vez que las lágrimas brotaban en sus ojos por la culpa de haber atacado a su padre. Más consciente de su error que nunca, se subió a la moto y se dirigió a toda velocidad a la Hermandad, necesitado del consuelo de Debby y sus amigos.

Mientras Huck corría por la carretera, su padre cerró la puerta tras de sí violentamente y después volvió a la biblioteca, haciendo estallar una de las copas contra las llamas. Años de controlar su ira se habían visto desbordados por el dolor de lo que su propio hijo había pensado de él. La mera imagen de lo que Huck le había sugerido le daba tanta repugnancia que apenas si podía mantenerse en pie. Náyade era la única persona pura que había conocido en años, que le había comprendido como nadie, que le había dado esperanza. Y hasta eso su propio hijo le había arrebatado; convirtiendo la relación que tenía con aquella sanadora en algo sórdido y horrible. Derrotado, se dejó caer en el suelo, cogió el teléfono y llamó a su cuñado diciéndole únicamente:

—Te necesito. No es nada del Círculo, pero te necesito. Por favor, ven cuando puedas.

Y cuando William apareció en la biblioteca, media hora más tarde, por primera vez en años se abrazó a alguien, apoyó su cabeza en los hombros del que siempre había sido su mejor amigo y reconoció:

—No puedo más.

William le estrechó contra él, sintiendo que con ese gesto recuperaba en parte al amigo que se había ido perdiendo en capas de dureza autoimpuesta. Y, durante un largo tiempo, ninguno de los dos dijo nada.

28. Sueños de arrepentimiento

Dos horas más tarde, Náyade estaba arreglada, con el cabello suelto, y un vestido rosa que dulcificaba sus facciones aún más. Debby le comentó sonriente:

—Lo cierto es que no pareces mayor, pero estás preciosa. Me encanta este vestido de Lucy.

—Es muy generosa, dice que puedo quedármelo.

—Sí que lo es. De todos modos, como te ha dicho ella, puedes coger lo que quieras de nuestros armarios. Estamos tan acostumbradas a vivir juntas que siempre nos hemos intercambiado la ropa. Será divertido sumar una más al grupo.

Náyade sonrió, se sentía cálidamente acogida en aquella Hermandad. En casa de su tía, siempre había sido el huésped indeseado, y en el instituto no había llegado a formar parte de ningún grupo. Pero allí, con Debby, se sentía como en casa. Por ello, se atrevió a decir:

—Andrew sigue sin cogerme el teléfono, creo que está enfadado conmigo o le pasa algo.

—¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé, pero no me gusta hacer suposiciones, así que iré en persona a preguntárselo.

Debby torció el gesto y se apresuró a decir:

—No quiero que vayas a la Hermandad de las Águilas.

—Estuve allí anoche, no me pareció peligrosa.

—No lo es con Andrew ni con Carl, pero hay algunos tipos indeseables allí.

Náyade la miró sin comprender y Debby supo que tenía que ser sincera si quería que su nueva amiga comprendiera el peligro:

—En mi primera semana aquí, unos chicos me atacaron, ambos humanos de la Hermandad de las Águilas.

—¿Qué paso?

La voz de Debby tembló al recordar:

—Uno de ellos me golpeó e intentó abusar de mí mientras el otro retenía a Eleanor. Por suerte, Huck y Jimmy llegaron antes de que pasara nada más grave. Uno de los atacantes fue expulsado, Carl y Andrew lo consiguieron. Pero el otro sigue allí.

—¿Por qué no lo expulsaron también? —preguntó Náyade, extrañada.

—Porque para echar a Jack, que fue quien me atacó, Carl tuvo que hacer algo ilegal y nos garantizó que tendría al otro chico controlado, como parece que ha sido. Pero igualmente no me fío de ellos y no quiero que vayas allí, por si acaso. Estoy segura de que Andrew te diría lo mismo.

Náyade hizo una mueca y comentó:

—Si es así, no volveré a pisar esa Hermandad. No obstante, intuyo que Andrew tampoco está allí ahora mismo. Pero creo saber dónde está.

—No sé si es buena idea que salgas, Benjamin aún no ha creado tu nueva identidad.

—No te preocupes, no iré por la Universidad.

—Te acompañaré —propuso Debby.

—No, necesito hablar con él en privado, sobre todo si está enfadado conmigo —insistió Náyade.

—Náyade, no puedo dejarte salir sola.

—Te aseguro que no correré ningún peligro. Te lo prometo.

Debby la miró, sintiendo sus ojos suplicantes clavándose en ella. Por eso concedió:

—Está bien, pero al menos dime dónde vas.

—Si te lo digo, tendrás que decírselo a Joshua. Pero si no lo sabes, no será una mentira —repuso Náyade.

Debby sonrió y corroboró:

—Eso tiene sentido. Pero llévate mi móvil, por si acaso.

—Está bien. Muchas gracias por todo, Debby.

—Para eso están las amigas. Anda, miraré que no haya nadie en las escaleras para que puedas salir sin ser vista.

Náyade sonrió y Debby la vio marcharse silenciosamente, sin poder saber si estaba haciendo lo correcto. Su parte romántica le decía que a Náyade le brillaban los ojos cada vez que hablaba de Andrew y que tenía derecho a saber por qué él no le cogía las llamadas. Pero su parte práctica le hacía pensar que Joshua no pensaría igual. Por suerte, Eleanor y Amanda la sacaron de sus cavilaciones, ya que con la franqueza que las caracterizaba aparecieron en su habitación para explicarle que Huck había ido a ver a su padre y que comenzaban a estar preocupadas de que aún no hubiera vuelto.

Cuando finalmente este llegó a la Hermandad, todos sus amigos le esperaban en la sala común. Estaba lloviendo, así que al entrar se quitó el traje de moto, quedándose con los *jeans* y la camiseta seca. En cuanto le vio Debby se lanzó a sus brazos y, mientras él enterraba su cabeza en sus cabellos, le dijo cariñosamente:

—Estábamos muy preocupados. Has tardado mucho.

Huck la abrazó más fuerte y por toda respuesta musitó:

—He hecho algo horrible.

Al oírlo, Debby se separó inmediatamente y le preguntó:

—¿Cómo de horrible?

—Primer grado —respondió Huck.

—¿Has estado con otra chica? —le gritó Debby, furiosa.

—No, por supuesto que no, yo nunca haría eso. Creí que confiabas en mí —protestó Huck, herido.

—Y lo hago, pero has dicho que era horrible en primer grado —se defendió Debby.

—No es por meterme en vuestra discusión de pareja, pero ¿tu novio es un brujo súperpoderoso y lo más horrible que crees que puede hacer es enrollarse con otra? —puntualizó Carl.

—Es muy fácil hablar cuando tu novio no es perseguido por medio campus —se defendió Debby.

—En eso tienes razón. Podéis seguir discutiendo —concedió Carl.

—Sí, de hecho, estoy por hacer palomitas, esto es de lo más interesante.

Debby fulminó a Chris con la mirada, pero antes de que este pudiera decir nada más Eleanor masculló:

—Sí, y eso sería una buena idea sino fuera porque yo sí quiero saber qué es lo que has hecho, Huck. Básicamente porque me prometiste que no harías nada de lo que arrepentirte.

Huck, que había vuelvo a abrazar a Debby, necesitado de consuelo, confesó:

—Me arrepentiré toda la vida de esto.

Su novia le miró preocupada y, tomándole de la mano le propuso:

—Será mejor que nos sentemos.

Él la siguió, con la mirada baja y el rostro avergonzado. Nadie hizo ningún comentario, intuyendo que necesitaba su tiempo. Después, comenzó a hablar:

—Como ya imagino que Amanda y Eleanor os han dicho, he ido a ver a mi padre.

La voz le tembló, y todos observaron que había vuelto a decir «mi padre» en lugar de Lucius.

—¿Os habéis peleado de nuevo? —preguntó Debby, conciliadora—. Si ha sido por mi culpa…

—No, ni siquiera has salido en la conversación. Digamos que una idea horrible pasó por mi cabeza y fui hasta allí hasta averiguar si era cierta.

—La paciencia no está entre mis virtudes de cambiante, así que cuéntanoslo ya —le ordenó Carl—. Me estás poniendo de los nervios.

Huck les miró, deteniéndose en Joshua:

—Fui a hablar con él sobre Náyade. No podía entender porque la había dejado libre. Nos contaste que ella había sufrido mucho en su encierro, incluso se quedó en el bosque por miedo a volver al castillo. Por ello pensé que quizás mi padre la había dejado quedar aquí a cambio de su silencio.

—¿De qué silencio estás hablando? —se apresuró a preguntar Joshua.

Huck le miró, sintiendo asco de sí mismo por lo que había pensado, por lo que le había preguntado a su padre, por lo que iba a confesar a sus amigos. Por ello bajó los ojos y contestó:

—Creí que él había abusado de ella.

Un silencio sepulcral se hizo en la sala, que Joshua rompió con un tono helado:

—¿Creíste que tu padre había abusado de mi hermana y no me lo dijiste?

—Solo era una sospecha, no quería preocuparte —susurró Huck, sabiendo lo mal que sonaba aquello delante de su amigo.

Joshua se levantó y con tono cansado le dijo:

—Estoy harto de que te consideres un Dios que debe decidir por todos nosotros, velarnos, cuidarnos como si fuéramos niños pequeños. Huck, es mi hermana de quien estamos hablando. ¿Qué demonios ha sucedido?

Huck le miró, sintiendo el dolor por las palabras certeras de su amigo. Buscó consuelo en los ojos de Debby, pero leyó en ellos que estaba de acuerdo con Joshua. Por eso se apresuró a decir:

—Lo siento, debí hablar contigo. Pero era demasiado horrible, necesitaba estar seguro y, maldita sea, cometí el error de mi vida porque os aseguro que mi padre jamás le ha podido poner un dedo encima a Náyade, no después de cómo reaccionó, no después de lo que vi en su mirada.

Al oír esto último, todos suspiraron aliviados, pero Huck añadió:

—Le repugnó tanto que yo lo pensara que me echó del castillo y me dijo que ya no soy su hijo.

Tras sus palabras, se hizo un silencio sepulcral y todos, incluso Joshua, le miraron horrorizados. Carl fue el primero en hablar:

—Huck, tu padre siempre ha sido así. Es dictador y homófobo, nos pone en listas negras, nos grita y luego estoy seguro de que llega al castillo y se le pasa. Y después vuelve de visita porque sin nosotros se aburre soberanamente.

—Le acusé de haber violado a Náyade mientras estuvo encerrada y de amenazarla luego para que no lo contara. No creo que eso se le pase —replicó Huck, avergonzado.

—Tienes que hablar con él, arreglarlo —le propuso Debby.

—Ya no hay nada que arreglar, y supongo que da igual. Nunca me quiso, y yo también le dije hace tiempo que no quería que fuera mi padre, así que estamos en paz.

Mientras hablaba, sintió las miradas reprobadoras de sus amigos, pero fue Lucy la que habló:

—Tu padre no me cae bien, pero estoy segura de que te quiere.

—No puedo creerme que seas tú la que me digas eso. Deberías entenderme —protestó Huck.

—Si te refieres a mis padres, nuestra situación es completamente diferente —refutó Lucy.

—No tienes por qué explicar nada —le dijo Jimmy, mientras tomaba de la mano a su novia. Sabía que el tema de sus padres era bastante tabú, apenas hacía unos meses que Lucy parecía estar superando la distancia que les separaba. Sin embargo, ella insistió:

—Quiero hacerlo, necesito que Huck comprenda la diferencia. Mis padres no me quieren, nunca lo han hecho. Hace tanto tiempo que no les veo que a veces temo que un día ni siquiera nos reconoceremos. Su única manera de hablar conmigo es mediante transferencias bancarias, me mantienen igual que a cualquiera de sus casas; pero nunca me llaman ni se preocupan por mí.

—Mi padre solo se interesa por fastidiarme e intentar quitarme todo lo que me importa —refutó Huck.

—Puede, pero si realmente no quisiera verte, no estaría aquí cada dos por tres, enviaría a otra persona del Círculo en su lugar.

—¿Quieres decir que la demostración de que su padre le quiere es que viene aquí a incordiarle? —le preguntó Chris, sin comprender nada.

—Lo que quiero decir es que al menos ellos tienen una relación. Complicada, llena de odio y de ira, y seguramente también de un montón de problemas no resueltos; pero si después de todo este tiempo siguen encontrando el modo de verse es porque los dos quieren mantener el contacto.

Huck la miró y supo que tenía razón. La voz suave de Debby se dejó oír entre el murmullo:

—Náyade me dijo que el motivo por el que tu padre siempre discutía contigo es porque tenía miedo de perderte definitivamente, por algo que ella no sabe y yo tampoco puedo intuir. Y que eso era también lo que hacía que nos odiara a todos, porque estamos cerca de ti y él no. Y, de algún modo, creo que eso tiene sentido.

Su novio la miró incrédulo y ella añadió:

—Pero ahora, lo más importante es que estuve con ella, hablando largo rato, y os puedo asegurar que es imposible que tu padre le hiciera nada. Náyade tiene un recuerdo horrible del castillo, ¿quién no lo tendría habiendo estado encerrada en él? Pero la forma en la que habla de tu padre, es como si supiera que él se equivocó al encerrarla, pero de algún modo ha encontrado la forma de perdonarle. Sé cómo me sentí cuando fui atacada, y Náyade no actúa como alguien del que han abusado. Créeme, Huck, no está amenazada por tu padre, simplemente le comprende.

Huck bajó los ojos, sintiéndose aún más culpable:

—Tendría que haber hablado primero contigo y con Náyade. Joshua tiene razón, no debí ir al castillo sin pedir vuestra opinión. He sido un imbécil.

Joshua le miró. Estaba en contra de su naturaleza castigar a nadie por algo por lo que estaba arrepentido, así que le dijo:

—Ahora ya no importa. Pero, Huck, tienes que confiar en nosotros, somos tus hermanos, tu familia.

Su amigo asintió y Joshua añadió mirando a todos:

—Os agradecería que ninguno de vosotros comentara nada de esto a Náyade. Aunque estoy con Debby en que me parece imposible lo que Huck ha sugerido, quiero hablar con ella de esto; asegurarme. Sin embargo, ella se sentiría muy incómoda si supiera que todos lo sabéis. Apenas os conoce. Será mejor que hagamos como si nada hubiera pasado esta tarde.

El grupo asintió, y se fueron dispersando en silencio por la casa, mientras Carl, Joshua, Huck y Debby permanecían en el salón. Joshua comentó:

—Iré a hablar con Náyade. Me dijiste que estaba en su habitación descansando, espero que no esté dormida.

—¡No! —se apresuró a decir Debby—. Será mejor que no vayas.

—¿Por qué?

—Porque, como tú has dicho, igual está dormida —contestó ella bajando los ojos.

Joshua la miró y pregunto:

—¿Qué me estás ocultando?

—Yo… no… Está bien, no sé mentir —confesó Debby, sintiéndose una amiga pésima—. Náyade no está en su habitación.

—¿Y dónde está? —preguntó Carl.

—No lo sé, fue a buscar a Andrew —confesó ella.

—¿Qué tú la dejaste hacer qué? —gritó Joshua, furioso.

—Lo siento, pero no es un bebé al que yo pueda retener. Le llamó varias veces por teléfono, pero como no se quiso poner, ella decidió ir a verle —explicó Debby.

—¿Y tú estuviste de acuerdo? —protestó Joshua.

—Él la salvó y fue muy amable con ella anoche. Náyade necesitaba darle las gracias personalmente. No creí que hubiera nada malo en ello —añadió Debby.

—Pero ¿dejaste que fuera a su Hermandad? —le pregunto Huck, incrédulo.

—Por supuesto que no, incluso le expliqué lo que me pasó para que sepa que no puede fiarse de los humanos de allí. Pero ella me dijo que sabía dónde podía estar. Y también me prometió que volvería pronto, aunque puede que le pillara la tormenta, porque hace rato que se ha ido.

Joshua intercambió una mirada con Carl y este musitó:

—La cabaña…

—¿Qué cabaña? —preguntó Debby.

—Es un lugar que tenemos en el bosque, nos sirve para dejar nuestras ropas antes de convertirnos en animales.

—¿Os preocupa que algún cambiante que no sea Andrew esté allí? —se apresuró a decir Debby, comenzando a pensar que se había equivocado dejando marchar a su nueva amiga.

—Eso no es muy probable. La única persona que va al bosque en mitad de una tormenta es Andrew, le gusta estar allí cuando tiene cosas en las que pensar. Y, dado que Joshua le prohibió ver a Náyade, supongo que estará allí. Lo que no entiendo es como ella lo ha sabido. Parece que la conversación de anoche dio para mucho…

Joshua lo fulminó con la mirada y Debby insistió, más aliviada:

—Pero, si el único cambiante que estará allí es Andrew, no tenemos de qué preocuparnos, anoche quedó demostrado que no es un peligro.

—Sigue siéndolo como chico —expuso Joshua, suspirando pesadamente, como si nadie le comprendiera.

—¿Cómo chico? Estás paranoico —discutió Carl—. Solo estarán hablando y esperando que pase la tormenta.

—¿En la romántica cabaña con el fuego encendido en la chimenea? Es que no te acuerdas…

Su voz se quebró, sonrojándose. La cabaña había sido el lugar en el que Carl y él siempre se habían encontrado cuando querían estar a solas, antes de que las nuevas reglas de la Hermanad les permitieran dormir juntos allí. Inconscientemente, intercambió una mirada cómplice con su novio, recordando. Huck les miró y no pudo evitar comentar irónicamente:

—Carl, yo también estuve contigo en la cabaña y no recuerdo que encendieras ningún romántico fuego para mí.

Su primo esbozó una sonrisa bromista y replicó:

—Quizás no eres tan irresistible como crees.

Debby rio y comentó en voz baja:

—Me están dando ganas de visitar esa cabaña…

Huck pasó la mano por su espalda sensualmente, pero Joshua les miró agobiado mientras insistía:

—No es divertido que mi hermana esté con Andrew allí. Me voy a buscarla.

—Pero, está lloviendo a mares —protestó Carl—. ¿No podemos esperar a que pase?

—¿Qué parte de romántico fuego no has entendido?

Su novio suspiró y con voz agobiada respondió:

—Está bien, pero te acompaño.

—No es necesario.

—Sí que lo es, al menos hasta que recuperes tu cordura de brujo Jedi.

Joshua hizo una mueca, sabía que tenía a todos sorprendidos por su comportamiento tan poco habitual, pero el hecho de que su hermana se hubiera convertido en una bella adolescente le ponía muy nervioso. Cogido de la mano de Carl, salieron bajo la tormenta, mientras Debby comentaba:

—Espero no haber metido en problemas a Náyade. Debería saber mentir mejor.

—No, no deberías —refutó Huck abrazándola—. Eres perfecta tal y como eres.

—Me resulta extraño ver a Joshua tan nervioso. No conozco muy bien a Andrew, pero cuando estabais desaparecidos siempre fue muy amable y sé que es el mejor amigo de Carl. Además, Náyade dice que es encantador.

Huck se mordió el labio y corroboró:

—A mí también me cae bien Andrew, siempre ha sido agradable conmigo, incluso en los peores momentos entre nuestras Hermandades. Y también sé que fue él quien ayudó a Carl a echar a Jack la noche que te atacó. Pero, para serte sincero, a mí también me resulta raro ver a Náyade como una adolescente, para mí siempre fue la encantadora y tranquila hermana pequeña de Joshua.

—A juzgar por el rato que hemos pasado juntas, sigue siendo encantadora y tranquila, pero tendréis que acostumbraros a que también le gusten los chicos —contestó Debby burlonamente.

—Pero ¿de verdad le gusta Andrew? —preguntó Huck.

—Eso me ha parecido. Para serte sincera, cuando habla de Andrew tiene la misma expresión que Lucy cuando habla de Jimmy, o la que me veo yo en el espejo cada día porque me despierto a tu lado. Y por mucho que él sea un cambiante o mayor que ella, no creo que nada de lo que Joshua diga le haga cambiar de opinión.

Huck la besó por toda respuesta y luego comentó:

—Mientras yo pensaba lo peor, tú estabas acercándote a Náyade. Debería haber confiado en ti antes de actuar, Joshua tiene razón. Me hubiera evitado ir al castillo y terminar así con mi padre…

Debby levantó sus ojos hacia él y retomando su semblante serio preguntó:

—¿Vas a hablar con él?

—No tengo el valor de hacerlo, al menos no ahora —contestó Huck con tristeza—. Lo que le dije es horrible. Y aún más horrible es el hecho de que lo pensé. Sé que es duro conmigo y con el resto de persones, pero no sé cómo pude pensar que era capaz de abusar de Náyade. Es repugnante. Tendrías que haber visto su expresión… Él y yo siempre jugamos a herirnos el uno al otro, pero esta vez yo lo hice de verdad.

—Quizás sería el momento de que dejarais de hacerlo —sugirió ella.

—¿Cómo? Después de todo lo que pasó cuando tú y Eleanor fuisteis atacadas, no puedo olvidar que podríais haber muerto si no hubiésemos contradicho sus órdenes de seguir buscándoos. Y hoy mismo, ¿has visto cómo te trató por ser mi novia? Ni siquiera te estrechó la mano. Y a Carl y Joshua siempre les echa en cara su homosexualidad, como si fuera un delito.

—Lo sé y si soy sincera, me hirió como nos trató. Pero Náyade tiene razón cuando dice que quizás solo nos odia porque tú nos amas, porque nos das algo que a él no. Puede que bajo esa capa de dureza exista algo más, algo que parece que solo nuestra pequeña nueva sanadora parece ver.

Huck tembló y confesó:

—Hace años que solo sé odiar a mi padre, parece que él también a mí. Me gustaría verle como hace Náyade, pero yo solo recuerdo peleas y recriminaciones en nuestra relación.

Debby le miró preocupada y, finalmente, se atrevió a preguntar:

—¿Me lo explicarás algún día?

—¿A qué te refieres?

—A lo que fuera que os separó de tal forma.

Huck bajó la cabeza y musitó:

—No quiero hablar de ello. Menos aún hoy.

Conmovida por su triste tono Debby volvió a abrazarle y musitó en su oído:

—Está bien, entonces vamos a la habitación.

Huck la interrogó con la mirada y ella contestó con una dulce sonrisa:

—Voy a abrazarte hasta que te tranquilices. Amor, hubiera preferido que confiaras en mí, pero te quiero y voy a hacer que estés bien. Como dice Eleanor, no me gusta cuando estás atormentado, sufres demasiado, más de lo que deberías. Puede que antes estuvieras solo, pero ahora me tienes a mí, lo que te preocupa me preocupa a mí, y no voy a dejar que te lastimes más a ti mismo.

Huck acarició su mejilla con ternura y afirmó:

—No sé qué haría sin ti, en realidad, no sé qué he hecho para merecerte.

Debby volvió a sonreírle diciendo:

—Tú y yo somos uno, nos merecemos el uno al otro, siempre.

Huck la miró y por toda respuesta la besó apasionadamente para luego subir abrazado a ella hasta la habitación.

29. Sueños de una visión del pasado

Sentado delante del fuego de la cabaña, Andrew permanecía absorto en sus pensamientos. Anhelaba salir a correr, pero en cuanto había llegado a la cabaña se había desatado una incesante y peligrosa tormenta. Una parte salvaje de él deseaba correr libremente bajo la lluvia, pero desde el accidente el verano anterior se había vuelto mucho más cuidadoso. Igualmente, le gustaba estar allí, lejos de todo y de todos. Joshua le había dejado muy claro que no podía acercarse a su hermana bajo ningún concepto, así que lo único que le quedaba era refugiarse en su soledad.

Un ruido en la puerta le sobresaltó. Dudaba mucho que ningún cambiante hubiera salido en mitad de la tormenta. Abrió la puerta, y observó asombrado a Náyade, que, empapada, le miraba con aquellos ojos que parecían penetrarle.

—¿Qué haces aquí? —se apresuró a preguntarle mientras la hacía pasar.

—Quería hablar contigo, pensé que estarías aquí y que sería el único sitio en el que estaríamos solos para hablar —respondió ella, tiritando.

Andrew la miró, fijándose en que tenía el cabello suelto, totalmente mojado, cayendo en cascada sobre el vestido, que, también empapado, se ceñía sobre su cuerpo, al igual que las medias. Entre turbado y preocupado por la imagen comentó:

—No deberías haber salido bajo la lluvia. Puedes coger una neumonía.

—Tenía que hablar contigo, y cuando salí de la Hermandad no llovía —se explicó ella.

—Está bien, pero tienes que ponerte delante del fuego y quitarte esa ropa mojada. No puedes quedarte con ella puesta. Y será mejor que no salgamos durante un rato, la tormenta está arreciando y los relámpagos son peligrosos en el bosque.

Ella le miró indecisa y Andrew se dirigió a un armario cercano, donde tomó una manta que le tendió mientras le decía:

—Lo siento, no tengo ropa para dejarte, pero el fuego secará la tuya pronto. Puedes usar esta manta para cubrirte con ella. Y, si quieres, puedo salir de la cabaña.

—Eso no tendría sentido —replicó Náyade con la voz reflexiva que la caracterizaba—. Entonces tú también te mojarías, serías tú el que cogería la neumonía y yo tendría que sanarte. Será mejor que te quedes.

—De acuerdo, estaré en el rincón mientras te cambias —balbuceó Andrew.

La visión de Náyade en general le ponía nervioso, haberla tenido en su dormitorio le había puesto aún más nervioso, pero que fuera a quedarse desnuda bajo la manta en la cabaña del bosque era algo para lo que no estaba preparado. Miró a la pared, intentando concentrarse en cualquier cosa que no fuera lo que Náyade estaba haciendo. Cuando esta terminó, comentó suavemente:

—Ya estoy. Tenías razón, estoy mejor así, al menos he dejado de tiritar.

Andrew se giró lentamente. Náyade había colocado su ropa sobre una silla, delante del fuego, pero ella se había sentado al lado de la chimenea, cubierta por la manta, que sujetaba con una mano y dejaba parte de sus hombros al descubierto. Estaba descalza y le miraba con una sonrisa tímida, sin darse cuenta de lo arrebatadora que resultaba. Pero eso quizás fuera también parte de su encanto, el hecho de que no supiera lo bella que era. Andrew se acercó y se sentó también delante de la chimenea, a una distancia considerable de ella. Náyade torció el gesto y preguntó:

—¿Estás muy enfadado conmigo?

—¿Disculpa?

—No quisiste ponerte al teléfono, así que supongo que hice algo mal —aclaró ella con el semblante triste.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir algo así? —protestó él.

—No quieres hablar conmigo —repitió ella.

Andrew suspiró, sabiendo que aquella conversación resultaría muy incómoda para ambos. Cuidadosamente le explicó:

—Tu hermano vino a hablar conmigo esta mañana, después de la visita de Lucius. Que por cierto, no sabes lo feliz que me hace que te haya dejado libre. Pero Joshua me pidió que no me acercara a ti, no quiere que seamos amigos, y creí que era mejor respetar su decisión. Acaba de coger tu tutela, y no quiero crearte problemas, no te lo mereces, ya has sufrido demasiado.

—Joshua no puede decidir quién es mi amigo y quién no, eso sería coartar mi libre albedrío.

A pesar de la situación, Andrew no pudo evitar sonreír ante su comentario. Náyade preguntó:

—¿He dicho algo incorrecto?

—No, en absoluto, pero no hablas como una adolescente. En realidad, nunca lo haces —contestó él.

Náyade esbozó una mueca tristona y Andrew se apresuró a decir:

—Era un cumplido, eres más madura que nadie que haya conocido, incluido yo.

Ella relajó la mirada y repuso:

—No es mérito mío. Los brujos sanadores evolucionamos antes, necesitamos entender la realidad más deprisa que el resto de personas, si queremos ayudar. Eso nos aleja de mucha gente.

—No veo porqué. A mí me gusta. La conversación que mantuvimos anoche en mi habitación… jamás había hablado así con nadie, nunca. Fue increíble.

Náyade esbozó una sonrisa y le preguntó:

—Entonces, ¿es cierto que únicamente te has mantenido alejado de mí por lo que te dijo Joshua?

Andrew apartó la mirada, intentando concentrarse en el fuego, hacer más fácil lo que tenía que decir:

—Hice lo que me pidió, en parte por respeto a él, en parte porque creo que tiene razón. No deberías estar cerca de mí, no soy bueno para ti.

Náyade le miró extrañada:

—¿Por qué dices eso? Tú me ayudaste y no solo llevándome a la Hermandad y ocultándome allí, también cuidándome cuando tenía pesadillas, hablando conmigo de lo que había pasado en el Círculo de las sombras… Hasta que te conocí no había podido comenzar a sanar esa parte de mi pasado, el miedo y el dolor que allí sentí. Pero gracias a que compartí mi visión contigo comencé a encontrar el camino.

—Eres sanadora, Náyade, no me necesitas.

—Te equivocas, sí que te necesito. Que sea una bruja sanadora no impide que tenga miedos, que no pueda perder la estabilidad que nos caracteriza. Tú me devolviste al camino adecuado; así que no puedo entender por qué crees que no eres bueno para mí.

—Soy un cambiante…

—Sí, y yo una bruja a la que su propia familia tiene miedo porque tengo un poder prohibido. Pero dijimos que dejaríamos todo eso fuera de nuestra amistad.

—Ya te lo dije, no hay nada malo en ti. Pero mis instintos, a pesar de que creía que estaban controlados, son más irracionales de lo que querría.

—Estuve en tu habitación a solas contigo. No creo que fueras irracional ni que tus instintos sean peligrosos.

—Eso no es del todo cierto —vaciló, pero luego añadió—. Te seré sincero. Náyade. En la habitación, y ahora que estoy de nuevo a tu lado, solos, una parte de mí se muere incontrolablemente por abrazarte y estar tan pegado a ti que sienta que jamás voy a perderte; justo lo que Joshua teme.

Ella suspiró, tomó fuerzas y confesó:

—Pero eso también me pasa a mí y no soy una cambiante.

Andrew clavó su mirada en la suya y susurró:

—No lo digas…

—Es la verdad… Desde que nos separamos, no dejo de pensar en que vuelvas a abrazarme. Nunca me había abrazado ningún chico, pero ahora es como si no pudiera estar sin hacerlo.

Andrew sintió como su corazón se desbocaba y se acercó más a Náyade, que le imitó. Ella le miraba con aquellos ojos claros, que ahora ya no se veían tristes, sino que mostraban por primera vez un brillo diferente. Andrew levantó la mano y rozó su mejilla con ella, provocándole un estremecimiento. Entonces, muy lentamente, posó sus labios delicadamente sobre los suyos. La boca de Náyade sabía dulce, como lo era ella, y se abría tímidamente en su primer beso. Andrew se acercó un poco más, poniendo sus manos sobre la cintura de ella, estrechándola contra sí y besándola más intensamente. Náyade le rodeó el cuello con sus brazos, y entonces, algo se abrió en su mente. Andrew notó su estremecimiento y se apartó un poco mientras la miraba preocupado. Ella musitó:

—Ahora lo recuerdo todo…

Andrew bajó los ojos, pero Náyade le obligó a levantarlos y, apoyando la mano sobre su pecho, le dijo emocionada:

—Eras tú… Por eso reconocí tu aura…

Él la miró asustado y entonces Náyade cerró los ojos, recordando, compartiendo su visión con él.

Su mente, libre ya de las barreras que ella misma se había creado, volvió rápidamente al momento justo después de haber devuelto a la vida al animal, cuando se generó el caos y los profesores la encerraron junto con este en una habitación; mientras debatían que hacer. Alguno de ellos había llamado al Círculo de las sombras, esperando instrucciones claras, pero parecía que la voz principal proponía volver a matar al animal, restablecer el orden que se había alterado. Náyade recordó cómo había mirado al animal a los ojos, que aún yacía semiinconsciente sobre la cama, sintiéndose conectada a él por la fuerza de la sanación. Suavemente, lo había acariciado mientras le decía:

—Tranquilo, no dejaré que te hagan daño.

Cuando sus manos se posaron suaves sobre él, el animal se transformó automáticamente en un guapísimo adolescente que tenía la misma mirada agotada y triste del animal. Náyade se apartó rápidamente, asustada, y él la miró temeroso, cubriendo su desnudez con una manta cercana.

—Eres un cambiante… —se atrevió a musitar Náyade, al fin.

—Sí, siento mucho haberte asustado. No sé qué ha pasado, solo que había una oscuridad fría y temible y entonces te sentí, tu luz me trajo de vuelta —balbuceó él, aún agotado tanto por la sanación como por el cambio.

Mientras lo decía, el fino oído de Náyade detectó un ruido procedente del pasillo y se apresuró a decirle:

—Los profesores están volviendo, y ellos no pueden saber que eres un cambiante. Creen que está mal que te salvara, quieren devolverte a la muerte, y si saben lo que eres será mucho peor.

Él la interrogó con la mirada y ella, colocando su mano sobre su pecho, le dijo:

—Sé que estás muy débil, pero tienes que convertirte otra vez y marcharte por esa ventana. Toma mi energía y hazlo.

Andrew la miró preocupado y Náyade añadió:

—No sabrán que ha pasado porque me haré un conjuro de olvido a mí misma en cuanto te hayas ido. Nunca te encontrarán a través de mí, te lo prometo.

—Pero no puedo irme, conozco al Círculo de las sombras, cuando vengan, irán a por ti… No puedo permitir que te pongas en peligro.

—Estaré bien. Y, ahora, vete y no le cuentes a nadie lo que ha sucedido. Por favor…

La voz de Náyade había sonado suplicante y autoritaria a la vez, mientras que con su energía le había dado a Andrew la fuerza que necesitaba para volver a cambiarse, para escapar por la ventana. Después, Náyade había escrito la nota para sí misma y se había hecho un conjuro para olvidar.

La finalización de la visión les dejó a los dos paralizados. Náyade soltó la mano de su pecho y le preguntó:

—Tú sabías quién era yo, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Temías que te delatara?

Andrew la miró con tristeza y contestó:

—Jamás he temido eso, no cuando me contaste lo que habías pasado para mantener mi anonimato. Quise explicártelo anoche, pero tenía miedo de que me odiaras y no quisieras volver a verme.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Náyade extrañada.

—Todo lo que has pasado en ese maldito castillo, con tus tíos, tu huida… todo fue por mi culpa. Si no me hubieras salvado, nada de eso hubiera sucedido.

Náyade volvió a mirarle, pero esta vez levanto de nuevo la mano hacia el pecho y le dijo:

—Hice lo que estaba bien. Me da igual lo que piensen los demás, no era tu momento de morir o no hubiera podido salvarte. En el fino hilo entre la vida y la muerte puedo hacer que vuelvan a la luz los que aún no han pasado definitivamente; pero no a los que ya están al otro lado. Y nada de lo que diga el Círculo de las sombras puede convencerme de lo contrario, menos ahora que te he conocido.

Andrew la miró mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. Hacía años que no lloraba y jamás lo había hecho delante de una chica hasta la noche anterior, en la que Náyade le mostró lo que había sufrido en el castillo. Pero ella era mucho más que una chica, era la sanadora cuya fuerza lo había salvado de la muerte, el alma que aceptaba todo lo que le había sucedido como algo válido si servía para mantenerle con vida.

Con cuidado, colocó su mano sobre la que Náyade tenía en su pecho y le dijo:

—Aún te siento, dentro de mí, tu energía, tu luz.

Ella le sonrió, tomó la mano libre de él y la colocó sobre su pecho y mientras una lágrima resbalaba también por su mejilla musitó:

—Y yo siento la tuya dentro de mí.

Permanecieron así largo rato, sintiendo el recuerdo de la experiencia vital que habían compartido. Cuando se soltaron, fueron acercando poco a poco sus cuerpos como antes lo habían estado sus almas; abrazándose con el mismo fuego que habían sentido con la visión. Andrew la besó nuevamente, sintiendo por primera vez que aquello estaba bien, que necesitaba tenerla entre sus brazos tanto como había necesitado su luz para volver a la vida. Náyade se dejaba hacer, con la confianza que le daba lo que habían compartido. Andrew había sido el primer chico que la había abrazado, el primero que la había besado, el primero por el que sentía toda la ebullición de contrastes en su interior con cada caricia. Lentamente, se dejó caer sobre el suelo con Andrew sobre ella y con la manta como única separación de sus cuerpos. El crepitar del fuego acompasaba sus besos dulces y pasionales, sus caricias aún algo tímidas. Andrew bajó la mano hasta su cintura y mientras la estrechaba contra él, oyó la puerta abrirse y la voz de Joshua gritando:

—Apártate de mi hermana.

Andrew se apresuró a separarse de ella y a incorporarse, sin saber qué decir; mientras Náyade recomponía la manta, que con los abrazos había dejado gran parte de su escote al descubierto. Carl impidió a Joshua acercarse más a ellos, así que este miró a su hermana con una dureza inusitada y le dijo:

—Vístete, Náyade.

—Pero…

—No hay peros, ya te lo dije esta mañana y parecía que lo entendías. Se supone que estás en la Universidad para que te protejamos del Círculo de las sombras, no para que te acuestes con el primer chico que encuentras.

Náyade le miró, dolida, y Andrew le espetó:

—No le hables así. No se lo merece. No ha pasado nada.

—No te estaba hablando a ti —recalcó Joshua, mientras insistía—. Náyade, por última vez, vístete.

—Mis ropas están mojadas. Por eso llevo la manta. No me desnudé a propósito cómo estás pensando —refutó ella retomando el tono natural con el que solía decir las cosas.

—No me importa si está mojada o no, ponte la maldita ropa y vuelve a la Hermandad con Carl. Él se quedará contigo hasta que yo vuelva.

Ella lo interrogó con la mirada y Joshua se explicó:

—Quiero hablar con Andrew, a solas.

—¿Para volver a prohibirle que me vea? —protestó Náyade.

—A la vista de lo que acaba de suceder, no era tan mala idea. —Rebatió Joshua.

—No ha pasado nada —repitió Andrew.

—Eso no es lo que yo he visto, pero, como te he dicho, prefiero hablarlo a solas.

Andrew miró a Joshua, al que por primera vez en su vida veía con los ojos centelleantes por la ira. Sabía que solo el hecho de que era un brujo sanador estaba evitando que la conversación fuera a mayores y quería evitar a toda costa una situación desagradable para Náyade; así que aceptó:

—Está bien. Náyade, vete con Carl. Parece que la tormenta ha disminuido y, en cualquier caso, él te cuidará.

Ella le miró, sus ojos habían perdido el brillo de hacía unos instantes y ahora volvían a estar llenos de preocupación. Él comprendió y añadió:

—Después te llamaré. Te lo prometo.

Joshua estuvo a punto de decirle que no prometiera cosas que él no dejaría que cumpliera, pero Carl se adelantó diciendo:

—Será mejor que nos vayamos. Náyade…

Ella les miró enfadada, pero, mientras los chicos se giraban para darle intimidad, se puso las ropas y los zapatos aún mojados. Cuando terminó de vestirse, se dirigió hacia Joshua y le dijo:

—Tú me enseñaste a ser justa. Así que, por favor, no te enfades con Andrew solo porque estés decepcionado conmigo.

Joshua sintió como una daga se clavaba en su corazón al oír esas palabras. Náyade y él jamás habían discutido, siempre habían mantenido una serena relación más propia de brujos adultos sanadores que de hermanos jóvenes. Y, sí, estaba decepcionado de ella, pero eso no era algo que fuera a decirle delante de Andrew, más cuando estaba convencido de que toda la culpa era de él.

Carl advirtió su pesar, pero también la mirada enamorada y triste que Andrew y Náyade se intercambiaban, así que antes de cerrar la puerta tras de sí les dijo:

—Tratad de escucharos. Eso evitará males mayores.

30. Sueños de entendimiento

Náyade permanecía con la mirada triste mientras Carl la guiaba rápidamente por el bosque. A ninguno de los dos parecía importarles la lluvia, que de nuevo había vuelto a caer incesantemente, demasiado preocupados como estaban sobre lo que debía estar sucediendo en la cabaña. A medio camino, Náyade le obligó a detenerse y le dijo:

—Esto no está bien. Tenemos que volver. No quiero que se peleen.

—Yo tampoco. Pero tienen que hablar… —repuso Carl.

Náyade alzó sus ojos hacia él e imploró:

—Pero tú puedes ayudar a que se entiendan. Eres el mejor amigo de Andrew, él me lo dijo.

—Así es. Pero…

—También eres el novio de Joshua… —comentó Náyade terminando su frase.

—¿Andrew te dijo eso también? —le preguntó Carl, extrañado.

Náyade esbozó una dulce sonrisa y respondió:

—No, eso lo deduje yo sola cuando vinisteis a visitarme a casa de mis tíos, juntos. Se nota que estáis enamorados.

Carl suspiró y ella añadió:

—No soy la niña pequeña que Joshua cree que sigo siendo.

—Lo sé, y yo sí quería que él te contara lo nuestro. Pero respecto a Andrew, sigues teniendo dieciséis años y es lógico que tu hermano se preocupe por ti.

Mientras lo decía, Carl detuvo el paso y, sin importarle la lluvia, la tomó por los hombros y le preguntó:

—No puedo creer que te pregunte esto, porque Andrew es mi mejor amigo y siempre he confiado en él, pero necesito saber la verdad. ¿Te dijo él que vinieras? ¿Intentó algo que tú no quisieras?

Náyade le miró, con los mismos ojos que Joshua cuando le preguntaban algo fuera de lugar y contestó:

—Tú sabes que no. Joshua está enfadado y por eso no ve la verdad, pero tú deberías hacerlo, conoces a Andrew, eres su mejor amigo. Mira, Carl, los dos nos abrazamos y nos besamos voluntariamente.

Él la miró, comprendiendo, y se limitó a decir:

—Tienes razón, no debí dudar de él.

—Gracias —musitó Náyade con una sonrisa tan cálida como la de su hermano.

—Bien, y ahora será mejor que corramos, la lluvia no cesa —la instó Carl.

Náyade le tomó de la mano y le dijo con la sinceridad habitual:

—Guíame, seguro que tú sabes el camino más rápido. Y, de paso, te diré que me gustas de novio para mi hermano, aunque no acabo de entender porque él creía que yo pensaría lo contrario.

Carl rio y apretando su mano, corrió junto ella hasta la Hermandad, pensando que puede que sí que fuera verdad que Náyade era mucho más madura de lo que su hermano pensaba.

Mientras tanto, en la cabaña, se había hecho el silencio, únicamente roto por el crepitar del fuego y los ecos de la tormenta. Los dos chicos se miraban desafiantes, pero Joshua fue el primero en hablar, utilizando un tono airado que pocas veces se le escuchaba:

—Ahora que estamos solos, ¿qué parte de «mantente alejado de mi hermana de dieciséis años» no has entendido? ¿Sabes que puedo denunciarte a la policía por esto? Es una menor.

Andrew esbozó una sonrisa burlona y preguntó a su vez:

—¿De verdad quieres que la conversación sobre tu hermana y yo empiece amenazándome con la policía? Nosotros no arreglamos las cosas así.

—¿Prefieres que te amenace con algún conjuro que te mantenga alejado de ella? —preguntó Joshua irónicamente.

—No creo que los brujos de sanación hagáis esas cosas —protestó Andrew.

—No subestimes lo que puedo a hacer a alguien a quien me encuentro encima de mi hermana desnuda —masculló Joshua.

Andrew le miró, preocupado porque aquel no era el brujo tranquilo que él conocía; y porque él mismo comenzaba a perder la paciencia. En voz baja le explicó:

—Joshua, por favor, tratemos de hablar razonablemente. Náyade estaba desnuda, bajo la manta, pero porque sus ropas estaban mojadas, no porque yo la desvistiera.

Él le miró, Andrew parecía sincero, así que contestó:

—Supongamos que me creo eso. ¿Se puede saber en qué estabas pensando para estar aquí con ella?

Andrew vaciló en la respuesta, pero decidió que era mejor contar la verdad:

—Náyade vino a buscarme, llovía y creí que era más seguro quedarnos aquí. No tenía intención de nada…

—¿Pretendes que crea eso? —protestó Joshua.

—Es la verdad. Náyade estaba preocupada porque no le dirigía la palabra. ¿Qué esperabas? Pasa horas conmigo en la habitación, hablando, haciéndonos amigos, y luego no me acerco a preguntar cómo se encuentra ni le contesto cuando me llama por teléfono. ¿De verdad creías que iba a olvidarme como si nunca me hubiera conocido?

—No, pero esperaba que tú lo hicieras —masculló Joshua.

—Te dije que no me pondría en contacto con ella, no que la olvidaría. Y cuando la he tenido delante, no he podido seguir manteniéndome alejado. Lo siento, Joshua, de verdad.

—¿Qué lo sientes? Es una niña.

Andrew le miró. Aquella conversación iba empeorando por momentos, pero tenía que hacer ver a Joshua la verdad. Por ello se atrevió a decir:

—No es una niña, es una mujer, y tú eres el único que no se ha dado cuenta.

—¿Una mujer? —le espetó Joshua furibundo.

Andrew suspiró, comprendiendo lo que pasaba por la mente de Joshua, y recalcó:

—No estaba hablando de sexo, pero no puedes seguir tratándola como si tuviera diez años.

Joshua le miró, leyendo sinceridad en los ojos de Andrew. Con voz más relajada se explicó:

—Tú no lo entiendes. Solo trato de protegerla. Náyade es muy frágil, quizás en parte porque sus poderes son muy amplios y aún no sabe controlarlos, quizás por edad. Lo último que necesita es comenzar a relacionarse con chicos, confundirse más de lo que está.

Andrew levantó la ceja y objetó:

—¿Frágil? Tu hermana no tiene nada de frágil.

—No me hables como si la conocieras, porque solo estuviste con ella unas horas —replicó Joshua, volviendo a alzar el tono, herido de que Andrew creyera que entendía a Náyade mejor que él, que era su hermano.

—Me bastan esos momentos para conocerla mejor que tú. Donde tú ves una niña indefensa, yo veo a una mujer que ha aguantado sin quejarse los maltratos de su tía durante años para que tú no te vieras obligado a dejar la universidad para cuidarla.

—¿De qué estás hablando? —se apresuró a preguntar Joshua, preocupado.

Andrew le miró fijamente, sabía que le dolería la respuesta, pero que ya era hora de que Joshua supiera la verdad sobre su hermana:

—Pregúntale a Náyade, te aseguro que no es una bonita historia. Y luego pregúntate a ti mismo si una niña frágil huiría por la ventana de su casa y caminaría durante dos días para llegar a tu Hermandad y, al ver allí a los miembros del Círculo, se escondería sola en el bosque para protegerse. Por no hablar de lo que sucedió este verano, de su encierro en el castillo del Círculo de las sombras. Cuando anoche hablé con ella, pude ver a una mujer que intenta sobreponerse a sus pesadillas cada día, a los recuerdos que la dominan. Náyade es la persona más valiente que he conocido y quizás deberías darte cuenta de ello en lugar de tratarla como a una inútil que necesita ser protegida.

Cuando Andrew terminó de hablar, Joshua se dejó caer en una silla cercana. Andrew se acercó a él y añadió:

—Tenéis que hablar, hay demasiadas cosas que desconoces. Te daré ese tiempo, pero no me vuelvas a pedir que me aleje de ella, porque no podré cumplirlo. Y de verdad que lo último que quiero es pelearme contigo. Siempre estuve de tu parte en tu historia con Carl y él es mi mejor amigo, como un hermano para mí. Por eso acepté esta mañana alejarme de Náyade, porque eres su novio y te respeto. Pero ahora que sé que ella siente lo mismo que yo, no puedo continuar evitándola.

—Ambos estaríais mejor lejos uno del otro —insistió Joshua.

—Carl, tu novio, también es un cambiante —le recordó Andrew.

—Sí, y no ha sido fácil para ninguno de los dos, tú más que nadie lo sabe. No quiero eso para Náyade.

Andrew le miró, desarmado, y antes incluso de pensar las palabras dijo lo que le salía del corazón:

—Joshua, estoy enamorado de ella.

—No sabes lo que dices, la conociste anoche. Solo estás encaprichado porque es bonita y encantadora. Además, eres mucho mayor que ella. Y lo de hoy…

Andrew lo miró, lastimado y replicó:

—Enfádate conmigo por cómo nos has encontrado, si quieres, pero no te atrevas a pretender saber mejor que yo lo que siento. Me enamoré de ella desde la primera vez que la vi y nada de lo que digas hará que eso cambie. Joshua, deja que salga con ella. Te prometo que jamás le haría daño, o algo que ella no quisiera. Pero no me pidas otra vez que me aleje, simplemente no puedo hacerlo.

Joshua le miró, con aquellos ojos que le recordaban tanto a los de Náyade y le dijo interrumpiéndole:

—¿De verdad me estás diciendo que quieres salir con mi hermana?

—Sí, ¿por qué no? Joshua, me conoces, aunque sea a través de Carl. ¿Crees que si buscara a una chica para pasar la noche no podría hacerlo con facilidad? ¿Qué me arriesgaría a enfrentarme al novio de mi mejor amigo y a una Hermandad de brujos solo para una aventura?

Joshua le miró, aceptando la verdad de eso. Lo cierto era que resultaba obvio el gran atractivo de Andrew. Aparte de la belleza de su rostro, tenía, como solía ser típico en los cambiantes, un cuerpo perfecto, delgado y musculoso; además de un carácter amable y simpático. Estaba seguro de que había tenido admiradoras, pero lo cierto era que, por alguna razón que desconocía, Andrew jamás había mostrado interés por ninguna chica del campus, hasta que Náyade había llegado a él. Y eso hacía más difícil que aceptara olvidarse de ella. Por ello suspiró diciendo:

—No puedo creer que quieras que Náyade sea tu novia, os conocisteis anoche.

Andrew permaneció unos segundos en silencio, intentando buscar las palabras para hacer comprender a Joshua sin revelar su primer encuentro. Finalmente, se explicó:

—Sé que apenas nos conocemos, pero también que entre nosotros hay una conexión que jamás pensé que tendría con nadie, y que no podría tener con otra persona. Tú tienes esa conexión con Carl, así que por favor, trata de entenderme.

—¿Cómo estás tan seguro de que Náyade siente lo mismo?

—Porque lo sentí cuando la abracé y nos besamos —respondió Andrew con sinceridad.

Joshua le miró, intentando ver más allá de la ira que sentía por cómo les había encontrado. Agotado, explicó:

—Estoy confundido. Hablaré con ella y después continuaremos esta conversación. ¿Puedes mantenerte alejado de ella hasta que lo haga?

Andrew asintió con la cabeza y Joshua comentó:

—Me vuelvo a la Hermandad. ¿Quieres venir conmigo? Puedes esperar allí a que hable con ella.

—Es mejor que vayas tú solo. Yo me quedaré aquí un rato. Después, podemos hablar de nuevo.

—Está bien, te llamaré.

Andrew volvió a asentir y, en silencio, vio a Joshua salir cabizbajo de la cabaña, y se sentó en el suelo, delante de la chimenea, justo donde había estado abrazando a Náyade. A pesar de lo que había sucedido con la aparición de Carl y Joshua, de la discusión, una parte de él solo anhelaba recordar la visión que había compartido con Náyade, las caricias, los besos, el saber que ella también sentía lo mismo que él. Con una sonrisa, avivó el fuego, sabiendo que al final aquel día no necesitaría salir a correr por el bosque para sentirse vivo.

31. Sueños fraternales

Cuando Joshua entró en la Hermandad de las Águilas, Carl estaba sentado con Huck en la sala común. Carl había cambiado sus mojadas ropas por unos *jeans* y un jersey que reconoció como suyos. Le gustaba que Carl llevara su ropa, en realidad, le gustaba todo lo que implicara que Carl era parte de él. Ese pensamiento le hizo sonreír y Huck preguntó burlonamente:

—¿El hecho de que sonrías a tu novio bobaliconamente quiere decir que no has asesinado a Andrew?

Joshua le fulminó con la mirada y replicó:

—Solo hemos hablado. Y, por cierto, necesito ver a Náyade. ¿Dónde está?

—Se ha ido a cambiar. Debby está con ella, y te advierto que está de su parte, así que si no quiero que me eche de la habitación una semana, me ha prohibido que yo me ponga de parte de la tuya —le explicó Huck.

—¿Desde cuando haces lo que te dicen? —refunfuñó Joshua.

—Desde que no quiero pasar una semana durmiendo lejos de mi novia —contestó Huck irónicamente.

Carl rio y comentó:

—A riesgo de que te enfades, yo tampoco me voy a poner de parte tuya.

—¿Por qué eres amigo de Andrew?

—Porque tu hermana está enamorada y no puedes evitarlo —se limitó a contestar Carl.

—Ella no puede estar enamorada, apenas le conoce y solo han pasado juntos unas horas.

—Yo me enamoré de Debby con solo sentir su energía, y desde la noche que pasamos en París supe que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida. Y te recuerdo que tú y Carl os enamorasteis con solo una mirada, lo sé porque yo estaba allí. Así que deja de cambiar las normas solo porque se trate de tu hermana —protestó Huck.

Joshua enrojeció mientras su novio sonreía recordando aquel día que todo lo había cambiado. Después de unos segundos, se sentó a su lado y confesó con tristeza:

—El problema es que no sé qué hacer. Se supone que yo tenía que ser el hermano sanador con el que ella hablaba de conjuros y pócimas curativas. Cuando mis padres murieron, mis tíos ocuparon teóricamente su lugar y yo seguí viéndola como mi tranquila hermana pequeña que nunca se metía en líos. Pero ahora, de pronto, tengo que hacerle de padre, protegerla, y no sé cómo actuar, menos aun cuando la encuentro medio desnuda con Andrew al segundo día de estar en esta Hermandad.

—Tanto Andrew como Náyade ya te han explicado eso —comentó Carl, conciliador.

—¿Y debo creérmelo? —masculló Joshua—. Sé que Andrew es tu amigo, pero yo apenas le conozco más allá del agradecimiento por haberos buscado, igual que a Náyade. Y respecto a mi hermana, jamás me había dicho que le gustaba nadie y no sé qué es lo que está pasando por su cabeza para lanzarse así en los brazos de Andrew…

Huck le miró y suavemente explicó:

—Joshua, cuando estuvimos en París, Debby y yo tuvimos que compartir habitación porque habían dado la suya a un cliente enfermo. Cuando Jimmy nos encontró a la mañana siguiente, estaba convencido que me había acostado con ella, pero no pasó nada ni aquella noche ni las otras que pasé con ella, hasta hace muy poco tiempo, cuando volvimos a salir. Jimmy es como un hermano para Debby, así que también se puso en plan defensivo y se peleó conmigo. Y estaba equivocado.

Su amigo suspiró y Carl añadió:

—Además, en cualquier caso, no creo que la mejor manera de enfrentarse a que tu hermana esté con un chico sea a base de prohibiciones o gritos. Joshua, cuando tú y yo comenzamos a salir, mi padre se puso hecho una furia, pero sus gritos lo único que consiguieron fue alejarme de él como hijo. En cambio, cuando lo aceptó, comencé a confiar en él.

—Pero Náyade solo tiene dieciséis años —insistió Joshua, esta vez más débilmente.

—Y va a vivir en la Universidad, entre adultos, así que yo en tu lugar la iría tratando como a una.

Todos se giraron al oír la voz de Debby, que les miraba muy seria. Joshua la miró fijamente y le preguntó:

—¿Náyade está muy enfadada?

—No, porque como dice Eleanor, es la bruja más Jedi que todos hemos conocido nunca. Pero está muy triste porque te ha decepcionado, así que deberías ir a hablar con ella.

—¿Y qué le digo?

Debby se acercó hacia él y sonriéndole comentó:

—Joshua, desde que te conozco, siempre has encontrado la manera de hablar con todos nosotros y conseguir que estuviéramos mejor. Con tu hermana no lo haces porque tienes miedo, pero si algo he aprendido en este tiempo es que el miedo solo sirve para alejar a las personas.

—Estoy de acuerdo. Yo casi perdí a Debby por causa del miedo. —Se sumó Huck.

—Y yo a ti —añadió Carl mientras cogía de la mano a su novio.

Joshua sonrió y agradeció:

—U os tengo muy bien entrenados, o ahora os habéis convertido vosotros en los brujos sanadores. Porque realmente necesitaba esta conversación.

—Lo cierto es que llevamos años dependiendo de que tú nos devuelvas la cordura, ya era hora que te devolviéramos el favor —repuso Huck.

—Totalmente de acuerdo —corroboró Carl.

Joshua sonrió y besó rápidamente a su novio para coger fuerzas. Después, algo más tranquilo, se dirigió en busca de su hermana pequeña.

Náyade estaba sentada en la cama y se había cambiado el vestido por unos leggins y un jersey. Sus cabellos, secados, caían en cascada sobre su pecho y sus ojos le miraban tristes. Joshua no pudo evitar pensar que sus amigos y el propio Andrew tenían razón, la chica que tenía delante no era ya su hermana pequeña, sino una mujer a la que tenía que aprender a tratar. Con cuidado, se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, delante de ella; en la misma postura que tantas veces habían hecho cuando eran pequeños. Náyade fue la primera en hablar:

—Lamento haberte decepcionado.

—No lo has hecho. Y yo no tenía derecho a tratarte cómo te traté —se apresuró a decirle Joshua.

—Sé que no debería haber ido a ver a Andrew a escondidas de ti, pero no me dejaste otra opción. Me prohibiste verle, y necesitaba darle las gracias, hablar con él. Nunca pensé que yo haría algo que te pusiera furioso —confesó Náyade.

—Les tengo a todos perplejos con eso. Hasta ahora creían que no tenía esa capacidad.

Su hermana esbozó una sonrisa y confesó:

—Me gusta más el Joshua tranquilo. Con él puedo hablar mejor. ¿Quieres?

Joshua asintió con la cabeza y Náyade puso sus manos sobre las de él, una mano recibiendo energía, la otra dando, sintiendo como la paz se adueñaba de ambos. Estuvieron así largo rato, hasta que Joshua, sin soltarla, comentó:

—Hacía mucho tiempo que no hacíamos esto. Demasiado.

—Cuando volví del castillo, no quería que nadie me tocara. Creía que algo estaba mal en mí… —confesó ella.

Joshua tembló recordando lo que le había dicho Huck y, antes de continuar hablando de Andrew, supo que tenía que preguntarle.

—Sobre eso, necesito saber algo. Cuando Lucius te dejó quedarte con nosotros y dado que parecías bastante afectada por tu estancia en el castillo, Huck pensó que su padre…

Sus palabras se murieron en sus labios, incapaz de pronunciarlas. Su hermana lo interrogó con la mirada y él se atrevió a terminar la frase.

—Podía haberte obligado a hacer algo que no quisieras.

—Eso es ridículo. Un brujo que no sea oscuro no puede obligar a otro brujo a hacer nada que no quiera. El Sr. Rogers es muy severo pero…

—No me estaba refiriendo a la magia —la interrumpió Joshua—. Lo que Huck pensó es que su padre había abusado de ti y te había dejado quedarte con nosotros a cambio de que no lo contaras.

Náyade le miró horrorizada y musitó:

—Eso es repugnante. El señor Rogers jamás me ha tocado y estoy segura de que jamás se le pasaría semejante idea por la cabeza. ¿Cómo se os pudo ocurrir algo así?

—A mí no se me ocurrió, sino a Huck, ya te lo dicho. De hecho, fue a decírselo al castillo y tuvieron una pelea muy fuerte.

—¿Acusó a su padre de haberme violado?

Joshua asintió y Náyade musitó angustiada:

—Tengo que hablar con Huck, debe disculparse enseguida, esa acusación tiene que haber herido mucho al señor Rogers.

Su hermano le acarició las manos mientras le decía:

—¿Por qué eres tan amable con Lucius? Él ha hecho cosas horribles, como encerrarte, y además no se ha portado bien con ninguno de los miembros de esta Hermandad.

—Sé que el señor Rogers ha cometido muchos errores, pero estar con Andrew hizo que cambiara mi opinión.

Joshua sintió que un escalofrió recorría su espalda, pero no soltó la mano de su hermana, sino que siguió escuchando atentamente.

—Anoche, cuando me rescató, le di una visión de lo que me había pasado, de cómo me había sentido. Al hacerlo, fue como si me liberara. Él me abrazó y sentí su aura relajándome, por eso pude hacer frente al señor Rogers, por eso pude comenzar a olvidar el castillo y perdonar. Pero nada de lo que tenía que olvidar tenía que ver con eso tan horrible como lo que has sugerido. El señor Rogers solo intentó averiguar lo que ocultaba mi mente y convencerme de debo controlar mis poderes, pero jamás se acercó a mí de ningún modo físico.

Sus palabras fueron como una daga para su hermano, que musitó:

—Me hubiera gustado que me dieras esa visión a mí, en lugar de Andrew. Te hubiera ayudado o, al menos, lo hubiera intentando. Sabía que lo habías pasado mal, pero te cerraste a contarme nada y pensé que lo habías olvidado y no querías recordar.

—No quería que sufrieras. Te dije que el castillo estaba olvidado porque pensé que lo lograría sola, pero no pude.

—Náyade, soy tu hermano. No quiero que me evites el sufrimiento a costa del tuyo propio, quiero estar contigo para ti y que, pase lo que pase, puedas explicármelo. Lo que pensó Huck…

—Ya te he dicho que es falso —insistió ella.

—Te creo, pero todo lo demás que pasaste, tanto en el castillo como con nuestros tíos, debiste contármelo.

—Quería que fueras libre de vivir en la universidad con Carl y tus amigos, te lo mereces —se explicó ella.

Joshua acarició sus manos y susurró:

—Todo este tiempo, me has estado protegiendo, pero se supone que tenía que ser al revés. ¿Dejarás que ahora yo me ocupe de ti?

—Quizás podríamos simplemente cuidar el uno del otro. Equilibrar la balanza —propuso ella.

Su hermano sonrió y aceptó:

—Eso suena bien.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que Joshua comentó:

—Volviendo a Andrew, no es adecuado que des tus visiones a la primera persona que ves. Es un gesto demasiado íntimo.

Náyade sonrió y le aseguró:

—Jamás daría mis visiones injustificadamente. De hecho, he pasado todo este tiempo teniendo pesadillas, viviendo angustiada por los recuerdos sin explicárselo a nadie. Pero supe que Andrew era con quién tenía que compartirlo.

Joshua estrechó sus manos y, mirándola a los ojos, se sinceró diciendo:

—¿Qué es lo que sientes por él?

—Algo que no sentí nunca por nadie. Creo que estoy enamorada de él, aunque te parezca extraño —confesó Náyade.

—Es lo mismo que me ha dicho Andrew de ti. Y también me ha dicho que quiere salir contigo. Pero solo os conocéis de unas horas…

—Compartimos mucho más que eso —le interrumpió ella—. Es como si estuviéramos predestinados a estar juntos.

Su hermano la interrogó con la mirada y Náyade lanzó un suspiro. Ni siquiera Joshua debía saber que Andrew era el animal que ella había resucitado, nadie debía conocer aquella historia si quería continuar protegiéndole. Por eso confesó:

—Nunca he estado con ningún chico, ni siquiera me habían besado hasta esta tarde. Pero eso no significa que no sepa lo que es el amor, que no lo reconozca. Supe que Carl y tú estabais juntos, aunque tú no me lo dijeras nunca.

Joshua bajó los ojos y le dijo:

—Lamento eso. No sé, supongo que esperaba a que te hicieras mayor para contártelo todo; pero no me di cuenta de que ya lo eras.

—Me gusta Carl. Y me gustaría que Andrew también te cayera bien.

—Náyade, a mí me cae bien Andrew. Siempre se ha preocupado por Carl y, durante el tiempo que estuvimos separados, le insistió siempre para que volviera conmigo. Pero tiene veintiún años y es un cambiante. Y me da miedo que te haga daño —confesó.

Náyade esbozó una sonrisa y comentó:

—Tiene sus poderes de cambiante controlados, me lo ha demostrado. Y, respecto a la edad que tiene y a juzgar por las experiencias de mis amigas, correría más peligro con cualquiera de mis compañeros de instituto que con él. Créeme, son unos salidos.

Joshua sonrió, sabiendo que tenía razón, y aceptó:

—Sé que Andrew no haría nada que tú no quisieras. Pero esta tarde…

—Joshua, ya te expliqué por qué estaba desnuda. Solo nos estábamos besando. Y para que te sientas más tranquilo, no estoy preparada para hacer nada todavía. Como te he dicho, hasta hoy ni siquiera me habían besado.

Él acarició su mejilla suavemente y confesó algo ruborizado:

—Soy un pésimo hermano mayor. Cuando murieron papá y mamá nunca dejé de pensar en ti como la niña pequeña que eras cuando sucedió todo. Jamás se me ocurrió que tendría que hablar contigo de sexo.

Náyade rio y comentó:

—Si te consuela, yo tampoco me siento muy confortable hablando contigo de eso. Pero lo que importa es que ahora mismo es que me gustaría que me dejaras que saliera con él, normalmente. Quiero tener citas, ir al cine, y hacer todas esas cosas que nunca hice con ningún chico porque todos me veían como una chica extraña. Con Andrew puedo ser una bruja sanadora y a la vez una chica normal; y eso es lo que más anhelo.

Su hermano no contestó, así que ella añadió con una sonrisa pícara:

—Además, si me dejas que le vea en la cafetería o en la salida de clase, eso evitará que vaya a verlo a la cabaña bajo la lluvia; y que por tanto se generen situaciones de peligro.

Joshua suspiró y comentó:

—Supongo que eso tiene sentido. Pero Náyade, si sales con Andrew, pondré reglas: sitios a los que no puedes ir como cabañas y habitaciones, horarios de llegada… Y, sobre todo, no quiero que te escapes de nuevo.

—Está bien, si tú te comprometes a dejarme salir con él, yo te prometo que seguiré tus reglas.

Ambos hermanos se sonrieron mutuamente y ella preguntó:

—¿Puedo llamar a Andrew para contárselo?

—Por supuesto, pero hoy no puedes salir con él.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque como te dije, es mejor que no te vean por el campus hasta que Benjamin tenga preparada tu nueva identidad, mañana. Y, en segundo lugar, porque quiero pasar un poco de tiempo contigo, a solas. Me hubiera gustado estar más para ti, evitarte mucho sufrimiento. Sé que me dijiste que todo estaba bien cuando vivías con nuestros tíos, pero yo debí advertir que algo iba mal. Quiero que volvamos a estar como cuando éramos pequeños, juntos, unidos.

—Eso estaría bien. Te quiero, Joshua.

Y, mientras lo decía, abrazó a su hermano. Este la apretó contra sí y en su mente no puedo dejar de pensar que aunque añoraba a la niña que ya no era; era perfecto que ella pudiera estar con él ahora; volver a vivir juntos y quizás incluso recuperar la intimidad que la muerte de sus padres les había arrebatado.

32. Sueños de romance

Era primera hora de la mañana, y Debby apareció sonriente en la habitación de Náyade.

—¿Nerviosa por tu primer día de clase?

—En realidad estoy más nerviosa porque Andrew me ha dicho que comerá conmigo hoy. Será nuestra primera cita oficial, a la luz del día y rodeados de gente para que Joshua no proteste.

Debby rio y comentó:

—¿Significa eso que mi compañera de clase estará en las nubes toda la mañana?

—Algo así. ¿Me ayudas a elegir algo bonito?

—Por supuesto. Por cierto, Huck estudia lo mismo con nosotras, así que nos acompañará.

Al oír su nombre, Náyade torció el gesto. Huck no había bajado a la zona común la noche anterior, se sentía sin fuerzas para hablar con nadie. Con voz preocupada preguntó:

—¿Ha hablado con su padre?

—No está preparado para ello. Huck a veces es un poco como una ostra, no le gusta abrirse a los demás. Y está muy avergonzado por lo que pensó, también respecto a ti. Te lo explico por si adviertes que se comporta extraño o parece más atormentado que de costumbre.

Náyade sonrió y recalcó:

—Que no me guste lo que hizo no quiere decir que no valore que se preocupara por mí. Siempre ha sido bueno conmigo, sobre todo cuando murieron mis padres. Le quiero como a un hermano. No tiene por qué sentirse incómodo conmigo. Además, quiero proponerle algo.

Debby la interrogó con la mirada y ella añadió:

—Esta tarde, después de las clases, quiero que vayamos juntos al castillo del Círculo de las sombras.

—¿Cómo?

—Piénsalo bien. Su padre debe estar destrozado y Huck se siente culpable. Sé que no resolverán sus problemas en esa visita, pero al menos quiero que esto no les separe.

—Me parece bien que Huck vaya, pero no creo que sea una buena idea que vayas tú, me dijiste que apenas habías comenzado a olvidar el castillo.

—Así es, pero si estoy yo allí el señor Rogers aceptará mejor que la disculpa de Huck es sincera —insistió Náyade.

—Tiene sentido, pero sigo sin entender por qué eres tan amable con él después de que te encerrara…

—Soy una bruja sanadora, no puedo odiar y debo perdonar. Además, el señor Rogers puede cambiar, todos podemos…

—¿De verdad crees eso? Porque por lo que me han dicho, no es solo conmigo, se ha peleado con toda la Hermanad.

Náyade la miró, sabiendo que necesitaba hacerle comprender. Con voz baja comentó:

—Mis padres eran amigos de él, en su juventud. Y ellos eran grandes personas, así que supongo que el señor Rogers también lo fue alguna vez. Quizás solo es que no lo recuerda.

Debby la miró y sonriendo le dijo:

—Cada vez que hablo contigo es como si fueras mucho mayor que yo, en realidad, que todos nosotros.

Náyade torció el gesto y Debby se apresuró a decir:

—Es un cumplido. Tú ves lo que los demás no vemos, y podremos aprender mucho de ti.

Espontáneamente, Náyade la abrazó. Debby le devolvió el gesto, emocionada. Sabía que lo había pasado muy mal en casa de sus tíos, privada de cariño, y le resultaba un honor que ahora lo buscara en ella, en su amistad. Le dio un cálido beso en la mejilla y le dijo:

—Convenceré a Huck de que vaya contigo al castillo. Y ahora, vistámonos o llegaremos tarde. Por suerte para nosotras, tu hermano se levanta al alba, así que tendrá todo preparado.

—Oh, no, ¿significa eso que volverá a darme la lista de todo lo que no debo hacer con Andrew?

Debby rio y comentó:

—Tranquila, ya le haremos cambiar de tema. Consiste básicamente en que Eleanor diga alguna ironía, Chris se la conteste y así pasen el rato mientras los demás nos reímos. De ese modo estás salvada, aunque no puedo prometerte nada para la cena, preveo grandes preguntas sobre tu cita…

—De eso me he encargado yo, le pedí a Carl que tuviera una cita con mi hermano esta noche, así que con un poco de suerte no nos cruzaremos hasta mañana —contestó Náyade con una sonrisa pícara.

Debby la miró admirada y le dijo:

—Para ser una tranquila bruja sanadora puedes ser muy ingeniosa.

—Es la primera vez que voy a salir con un chico y tengo una lista enorme de prohibiciones. Imagínate si eso lo combino con una visita al castillo del Círculo de las sombras y un interrogatorio de tercer grado sobre mi novio por parte de mi hermano. Es demasiado para un primer día de Universidad. ¿No crees?

—En eso no puedo estar más de acuerdo. Vamos, te ayudaré a peinarte.

Mientras lo hacía, Náyade preguntó:

—¿Tienes alguna amiga en clase? No me gustaría ser una molestia.

—Para empezar, tú nunca serías una molestia. Además, como te dije, las chicas humanas se mantienen alejadas de nosotros en general y de mí en particular.

—Porque quieren quitarte a Huck… —Adivinó Náyade esbozando una sonrisa traviesa.

—Algo así. Supongo que es el precio que debo pagar por salir con un chico tan guapo. Y, por cierto, hazte a la idea por si sucede lo mismo con Andrew, él también lo es.

—¿Le has visto con alguna chica? —preguntó Náyade, curiosa.

—No, ahora que lo pienso. Siempre está con Carl, así que si te soy sincera creí que también era gay.

—Sí, eso pensé yo también cuando me dijo que no llevaba nunca a chicas a su habitación. Pero me ha quedado claro que no lo es…

Mientras lo decía, Náyade se sonrojó y Debby le soltó el cabello mientras le decía:

—Sobre eso e independientemente de las normas que te ha puesto tu hermano… ¿Me dirás si quieres hablar algún día de ti y de Andrew?

—¿Te refieres al sexo? —le preguntó Náyade directamente.

Debby sonrió algo ruborizada y contestó:

—Me refiero a cualquier cosa que te preocupe sobre el tema. Cuando comencé a salir con Huck estaba hecha un mar de dudas, y necesité a Lucy y a Eleanor para aclararme. Ellas estuvieron para mí, y solo quería que supieras que yo estoy para ti, cuando quieras.

—Eso suena perfecto.

Y, en silencio, terminaron de prepararse para ir a clase.

33. Primeros sueños

Sentados sobre una manta colocada sobre la fresca hierba, Náyade y Andrew comían unos sándwiches que él había ido a buscar antes de recogerla. Con voz suave comentó:

—No sé si rompo alguna norma de tu hermano, pero definitivamente odio las cafeterías llenas de gente.

—Yo también —corroboró Náyade—. Además, este parque es genial. Está tranquilo y además aún podemos tomar el sol un poco.

—¿Tienes frío?

—No, la chaqueta está bien. Es de Lucy. Me han ayudado con el cambio de imagen, aunque no han conseguido que parezca mayor.

Andrew la miró, recorriendo sus dulces facciones, el cabello semirecogido, y su delgada figura bajo el vestido y afirmó:

—No necesitas parecer mayor. Eres preciosa tal y como eres.

Náyade se ruborizó, así que algo tímida cambió de tema diciendo:

—Tú sigues en manga corta. ¿No tienes frío?

—Soy un cambiante, así que siempre termino desnudo en algún bosque, o monte o algo similar; por lo que mi cuerpo está acostumbrado a las bajas temperaturas.

—Debe ser maravilloso poder convertirte en el animal que deseas, volar libre…

—Lo es, aunque para mí es más increíble lo que tú sabes hacer…

Ella lo interrogó con la mirada y Andrew se explicó:

—Tú tienes la capacidad de despertar la capacidad curativa de los que te rodean y tu aura me envuelve en paz cuando estoy cerca de ti. Hasta que te conocí, creí que la mayor paz me la daba volar al amanecer, pero ahora puedo sentirla aquí solo porque te tengo cerca.

Náyade bajó los ojos, sonrojándose y musitó:

—Aún sigue sorprendiéndome que lo que soy te parezca genial en lugar de pensar que soy un bicho raro.

—¿Un bicho raro?

—Sí, lo hablé con Debby también. En mi instituto tenía algunas amigas, pero éramos tan diferentes… Ellas querían salir con chicos y emborracharse y yo quería estar en casa practicando conjuros sanadores, lo que obviamente no podía explicarles. Y, respecto a los chicos con los que iban, sus auras me resultaban atemorizantes, así que yo me retraía y ellos tampoco me prestaban atención.

Andrew esbozó una sonrisa de satisfacción y preguntó:

—¿Debería decir que lo lamento? Porque la parte de «no chicos» me gusta, si no puede que ahora no estuvieras aquí.

Mientras lo decía, sus dedos se juntaron en una caricia y Andrew se acercó suavemente a ella. Cada vez que la acariciaba era lo mismo, como si una corriente de energía les uniera. Náyade miró sus manos unidas y comentó:

—Puedo ver nuestras auras. Cuando las juntamos, se vuelven doradas, una sola…

—Ojalá yo también pudiera verlo, pero solo puedo sentirlo —musitó Andrew, entristecido.

—Puedes verlo, conmigo.

Mientras lo decía, soltó una de sus manos y llevó la de Andrew hasta su pecho, mientras le indicaba que se fijara en la otra. Andrew entrelazó sus dedos con los suyos y, asombrado de lo que podía ver, con voz suave musitó:

—Tienes razón, es increíble… ¿Siempre ves así las cosas?

—No, solo cuando me concentro. Contigo es más fácil… —explicó Náyade.

—¿Si tú ves, yo también puedo hacerlo?

—Sí, siempre que te conectes conmigo, como has hecho ahora. Funciona como una visión, pero en tiempo real.

—¿Quiere decir que, cuando nos acariciamos, esto es lo que ves?

Ella asintió y Andrew añadió:

—Entonces, yo también quiero siempre esta visión, contigo, unidos.

Náyade tembló y entonces, los labios de Andrew se posaron lentamente sobre los suyos, sintiendo que una corriente de energía les dominaba, la misma que les había ocurrido en la cabaña, y las manos de Andrew tomaron su cintura, atrayéndola hacia él. Náyade le rodeó con sus brazos el cuello y se dejaron caer sobre la manta. Los besos de Andrew eran dulces, lentos, como si quiera saborearla sin asustarla. Pero Náyade no se sentía asustada, al contrario, era como si hubiera estado allí sobre la hierba toda la vida, como si el contacto de sus auras diera el lógico paso a que sus cuerpos se acariciaran. Pasaron unos minutos así, abrazados, besándose, hasta que Andrew se detuvo y, separándose un poco, la miró y con la voz entrecortada le dijo:

—Definitivamente esto rompe alguna norma de tu hermano.

Náyade sonrió y, acariciando su mejilla, le dijo:

—Las reglas eran tantas que he decidido que se resumen en tres: nada de cabañas, ni habitaciones, ni de quitarme la ropa aunque esté mojada. El resto debería estar bien.

Andrew rio y comentó:

—Bonito resumen.

Mientras lo decía, Náyade se puso seria y se incorporó. Evitando mirándole, se atrevió a preguntar:

—Sobre esas tres normas… ¿Estás de acuerdo? Porque aunque me ría de ellas tienen sentido para mí, al menos de momento.

—¿Lo dudas? Quiero salir contigo, tienes dieciséis años, yo veintiuno; y además soy un cambiante y tú una bruja sanadora. Aún no me creo que Joshua me deje salir contigo, así que estaré de acuerdo con cualquier norma que establezca, siempre y cuando podamos seguir viéndonos.

Náyade no contestó y Andrew le obligó a mirarle. Ella le preguntó con tristeza:

—Pero ¿estás seguro de que vale la pena esperarme? Podrías salir con chicas de tu edad…

Andrew la miró, comprendiendo y se apresuró a interrumpirla:

—¿Esperarte? Náyade, estoy aquí, contigo, comiendo en uno de mis lugares favoritos del campus. Vivimos en la misma Universidad, podemos vernos cada día, siempre que queramos. No estoy esperando a nada; estoy disfrutando de comenzar a salir contigo. Y soy demasiado feliz para preguntarme nada más.

Náyade no pareció muy convencida, así que mientras la tomaba de la mano le dijo:

—Hay algo que quiero que sepas. ¿Te acuerdas cuando te llevé a mi habitación anteanoche y te expliqué que Carl y yo nunca traemos a chicas a la Hermandad?

—Sí, y yo pensé que eras gay también… —bromeó Náyade.

—Todo el campus lo cree; al fin y al cabo Carl y yo siempre estamos juntos, sobre todo el tiempo que estuvo separado de tu hermano.

—Según la teoría de Debby, eso debería gustarme. Así me evito competidoras —añadió Náyade con una sonrisa traviesa.

—No debes preocuparte por eso —comentó él enigmáticamente.

—¿Por qué? Eres muy guapo. Y además, un encanto.

Andrew acarició su mejilla y confesó:

—Lo que voy a decirte, no lo sabe nadie, aunque supongo que Carl lo imagina. El motivo de que la gente crea que soy gay no es solo por mi amistad con él, sino porque apenas he salido con chicas y con ninguna he llegado más allá de tomar un café. Así que se creó una leyenda a mis espaldas sobre el tema, aunque si te soy sincero, me ha sido muy cómodo.

Náyade le miró sorprendida mientras le preguntaba abiertamente:

—¿Nunca te has acostado con ninguna chica?

—No. Hasta el año pasado no era capaz de dominar mis instintos de cambiante, y tenía miedo de que si estaba con una chica, podía hacerle daño, aunque fuera un accidente. Y cuando Carl hirió a tu hermano…

—¿Carl hirió a mi hermano? —le interrumpió Náyade.

—Sí, fue el motivo por el que rompieron. Carl se lesionó estando cambiado y cuando Joshua fue a sanarle, le hirió. Fue un accidente, pero Carl se sentía muy culpable y tenía miedo, por eso rompió con tu hermano. Y como yo estaba allí tuve miedo de lo que yo también podía hacerle a alguien, así que me prometí que no saldría con ninguna chica hasta estar seguro de que podía dominarme. Junto con Carl estuvimos trabajando duro para conseguirlo, por eso ahora él se siente libre de estar con Joshua. Y, respecto a mí, este verano comprendí que ya podría salir con chicas sin miedo a dañarlas, pero entonces tú me salvaste y me enamoré de ti.

—¿Por agradecimiento?

—No, fue instintivo, porque eras como una preciosa criatura celestial que se hubiera aparecido delante de mí, no solo devolviéndome a la vida, sino ayudándome sin miedo a que escapara. Así que ya podía salir con chicas, pero no lo hice porque siempre estaba pensando en ti. No sabía si volvería a verte, pero me daba igual, no podía cambiar lo que sentía. Si te soy sincero, una parte de mí, como sabía que eras la hermana de Joshua, tenía la vaga esperanza de volver a verte algún día. Por eso fue increíble cuando te encontré, cuando confiaste en mí para esconderte el Círculo de las sombras en mi habitación, incluso sabiendo que era un cambiante.

Ella le sonrió, emocionada, acariciando su mejilla con dulzura y él añadió:

—Jamás te sientas presionada porque sea mayor que tú, ni nada por el estilo. Tenemos todo el tiempo del mundo, no voy a ir a ningún lado sin ti. Eres mi sueño hecho realidad y te amo.

Náyade se abrazó a él, estrechándole contra sí, mientras le susurraba al oído:

—Yo también te amo.

Andrew le devolvió el abrazo durante un largo rato. Después le comentó:

—Las clases empezarán en media hora. ¿Quieres terminar de comer?

—Prefiero continuar abrazándote. Ya hemos aclarado que, mientras continúe vestida, Joshua no puede protestar —confesó ella con una sonrisa traviesa.

—Buena elección.

Y, suavemente, volvió a tumbarla sobre la manta mientras posaba sus labios sobre los de ella.

34. Sueños de un nuevo comienzo

Delante de la puerta del castillo del Círculo de las sombras, Huck miró agobiado a Náyade:

—No deberíamos estar aquí. Sé que obré mal, pero mi padre nunca me ha pedido perdón por nada, ni siquiera porque, si le hubiera creído, ahora Debby estaría muerta.

Ella le miró comprensivamente, pero insistió con firmeza:

—El perdón no le libera a él, sino a ti. Sé que te sientes culpable, Huck, lo percibo. Tu padre no ha hecho bien las cosas, pero eso no implica que tú no debas hacerlo.

Huck esbozó una sonrisa irónica mientras replicaba:

—Está bien, pero algún día me explicarás cómo la niña que jugaba con muñecas se convirtió en la chica más sabia que conozco.

Náyade rio por toda respuesta y Huck añadió:

—¿Estás segura de que quieres entrar conmigo?

—Por supuesto. No quiero que volváis a discutir por mi causa.

—¿No te fías de mí?

—Como diría Amanda, es cuestión de estadística. Anda, llamemos al timbre.

La señora Bates abrió la puerta, no parecía sorprendida de verlos, como si lo hubiera estado esperando o, al menos, anhelando que sucediera. Con el semblante más serio que de costumbre les saludó diciendo:

—Sabía que volverías. Tu padre está en la biblioteca, con tu tío. Náyade, tu visita sí que es una sorpresa. ¿Estás bien?

La chica sonrió. La señora Bates había sido amable con ella mientras estuvo en el castillo y, aunque Lucius había impedido bastante su contacto, recordaba sus sonrisas en las escasas ocasiones que habían coincidido y que habían sido como un bálsamo en la soledad de su encierro.

—Sí, todo está mejor ahora.

—Bien, os acompañaré a la biblioteca.

En silencio la siguieron hasta allí. Cuando entraron en la habitación, Huck pudo sentir la mirada reprobadora de su tío, pero, sobre todo, la de vergüenza de su padre cuando vio a Náyade. Furioso le preguntó:

—¿Por qué la has traído aquí? Acaso sigues pensando…

—Fui yo quien quiso venir, señor Rogers —le interrumpió Náyade dulcemente—. Creí que les resultaría más fácil hablar si estaba yo, ya que su discusión fue por mi causa.

Lucius la miró, dejando por unos momentos que la paz que emanaba de los ojos de la sanadora le tranquilizara. Con voz más suave le aclaró:

—Nuestros problemas de confianza no tienen nada que ver contigo. Pero gracias por venir.

Huck miró atónito a su padre, ya que era la primera vez que le veía mostrarse agradecido ante nadie. Su tío le indicó con la mirada que no comentara nada, así que permaneció en silencio mientras su padre le preguntaba:

—¿Por qué estás aquí, Huck? ¿Alguna otra acusación?

—He pedido a pedirte disculpas. Lo que te dije fue horrible y Náyade me ha hecho ver que, al menos esta vez, no podía dejarlo pasar.

Lucius le miró como hacía años que no había hecho. El hijo que le hablaba era muy diferente con el que se había estado peleando últimamente, era como si una parte de él aún le importara. Con la voz musitó:

—Está bien. Me basta con que sepas la verdad.

Huck clavó su mirada verde en la de su padre, los mismos ojos con los que Lorraine lo había mirado durante mucho tiempo, con una mezcla de amor, de dolor y de recriminación. Lucius no pudo resistir la mirada y la apartó, mientras Huck decía:

—Ahora deberíamos marcharnos, no quiero llegar tarde a la Hermandad.

Su padre asintió, comprendiendo. Lo que su hijo quería decirle en realidad es que, una vez hecha la disculpa, no se veía con fuerzas de seguir hablando con él, de remover el pasado. Y, por una vez, estaba de acuerdo con Huck, porque él tampoco era capaz de hacerlo, no cuando aún, como Náyade decía, se sentía tan roto por dentro que solo podía lastimar más a su hijo. Por ello les ofreció:

—Hacedme saber si necesitáis algo, en la Hermandad. Ya sé que ahora sois independientes financieramente, pero puede que algún día os seamos de utilidad, sobre todo si esa maldita bruja regresa.

Huck le miró perplejo por su amabilidad, pero Náyade lo tomó como algo normal y, acercándose a él, le ofreció la mano mientras le decía:

—Muchas gracias por su amable ofrecimiento.

Lucius sintió temblar por el contacto de la sanadora, por el gesto de cariño que sabía que había hecho para disipar cualquier duda de Huck sobre su relación. Incapaz de pronunciar palabra, le retuvo la mano unos segundos, sintiendo como su aura dorada parecía acariciar la suya. Náyade también lo sintió, entristeciéndose por el dolor que de ella emanaba. Por enésima vez, se repitió a sí misma que, algún día, sería lo suficientemente fuerte para sanarlo o, al menos, para intentarlo.

En silencio, salieron de la biblioteca, pero, antes de que dejaran el castillo, la voz de su tío les retuvo.

—Huck, ¿puedo hablar contigo un momento, a solas?

Su sobrino le miró, intrigado, y Náyade sugirió:

—Te espero fuera.

Cuando la chica se hubo ido, William miró a su alrededor, asegurándose de nadie le escuchaba. En voz baja comentó:

—Me alegra que hayas venido a disculparte. Tu padre lo pasó muy mal ayer.

—Es más de lo que él ha hecho nunca por mí. Te seré sincero, tío, si no hubiese sido por Náyade, no lo hubiera hecho.

—Lo sé, pero igualmente estoy orgulloso de ti —insistió su tío.

—Pero no has querido verme a solas para decirme eso… —Adivinó Huck.

—Quería hablarte de Náyade, de por qué tu padre la dejó quedarse en tu Hermandad. Sé que él no quiere que lo sepas, pero necesitas comprenderle. Aunque agradecería que no se lo explicaras a nadie, que preserves su intimidad.

Huck asintió y su tío continuó diciendo:

—Sé que, equivocadamente, Lucius creía que lo mejor para controlar el poder de Náyade era retenerla, por eso la encerró este verano. Incluso me hizo interrogarla a mí también, pero yo le hice ver que nada de eso funcionaría. Utilizó a Joshua para saber de ti, pero pensaba liberarla igualmente. Pero cuando su tía le cedió la patria potestad, tu padre creyó que lo mejor era que estuviera aquí, bajo su tutela.

—¿Para seguir interrogándola? —masculló Huck irónicamente.

—Porque creo que necesita su compañía.

Huck le miró horrorizado de nuevo y su tío explicó:

—Por supuesto, no en el sentido que tú crees. Mira, soy consciente de que tú recuerdas a un Lucius encerrado en sí mismo, dictador y hasta despótico. Pero hubo un tiempo en el que tu padre era un hombre muy diferente, alguien del que valía la pena ser su mejor amigo. Yo lo era… Todos estos años no he estado de acuerdo con casi ninguna de sus decisiones, sobre todo las que tenían que ver contigo, pero me he quedado a su lado porque tenía la esperanza de que algún día el antiguo Lucius volviera. Y, no sé por qué ni cómo, pero sé que Náyade tiene la clave para eso.

Su sobrino lo miró sin comprender y su tío continuó explicando:

—Eres un brujo de alto nivel Huck, sé que tienes que haber detectado su fuerza, su potencial. Y va más allá de la magia, es como pudiera ver el interior de nosotros. Y, de algún modo, ha visto el de Lucius y eso lo está cambiando.

Huck fue a protestar, pero recordó las miradas irreconocibles de su padre, la amabilidad con la que había recibido a Náyade, la tensión que parecía disminuir cuando ella estaba. Con voz queda se atrevió a preguntar:

—Entonces, ¿por qué la ha dejado marchar?

—Porque, y eso es el primer síntoma de que está cambiando, por primera vez ha antepuesto las necesidades de alguien a las suyas propias y a las del Círculo de las sombras. Cuando Andrew vino aquí y le mostró la visión de cómo se había sentido Náyade en este castillo y lo que había vivido en su huida, tu padre comprendió que no podía seguir reteniéndola, no sin estropear ese algo que hay en su interior, su poder innato de hacer el bien.

—¿Andrew estuvo aquí? —repitió Huck incrédulo.

—Sí, parece ser que él fue el que la encontró.

—¿Tuvo el valor de venir a hablar con mi padre, solo? —preguntó Huck, incrédulo.

—Así es. Náyade no solo ve el mundo de diferente manera, sino que también provoca reacciones muy fuertes en los demás. Porque no me imagino a ningún otro cambiante de su edad apareciendo voluntariamente en este castillo.

—Tienes razón. Yo también estoy aquí por ella, aunque lo que hizo Andrew fue muy valiente.

Su tío sonrió y comentó:

—Por eso quería hablar contigo a solas. Sea lo que sea que haya entre tu padre y tú, no dejes que eso afecte a la relación que mantiene con Náyade. Ella es nuestra única esperanza.

Huck se mordió el labio, algo incrédulo y confesó:

—Es como si me hablaras de un padre diferente, no sé si puedo tener esperanza de algo que no conocí.

—Sí que lo conociste, solo que eras demasiado pequeño para recordarlo.

Huck hizo un gesto de dolor y musitó:

—Todo esto es demasiado para procesarlo. No estoy preparado.

—Tu padre tampoco, pero al menos hoy habéis hecho un paso adelante. Solo quería que supieras la verdad de lo que ha sucedido, para cuando llegue el momento de que habléis estés más preparado para escuchar.

Huck permaneció en silencio, pero estrechó con fuerza la mano de su tío mientras le decía:

—Gracias por haberte sincerado conmigo. Y también por cuidar de mi padre. Nunca pensé que necesitaba que alguien lo hiciera, pero supongo que también estaba equivocado en eso.

William sonrió y, atrayéndole hacia sí, lo abrazó como a un hijo diciendo:

—Estoy orgulloso de ti.

Y, cuando Huck salió al exterior, Náyade supo algo había cambiado también en su interior, por lo que, con una sonrisa, se subió a la moto de su amigo sabiendo que había hecho lo correcto.

35. La dama de la medianoche

La dama de la medianoche reía sardónicamente en la cabaña en la que se escondía. Le había costado mucho tiempo, pero por fin había encontrado la manera de separar a aquella bruja pelirroja del que más amaba. Y no solo eso, quería verla sufrir, destrozarla; y que Huck buscara refugio en ella. Entonces, volverían a estar juntos, porque jamás debieron ser separarlos.

Volvió a reír. Esta vez, su magia sería tan profunda que no habría nada que aquellos brujos pudieran hacer para contrarrestarla. Sí, el camino a su total victoria había comenzado.

36. Sueños de posesión

Sentadas en la banqueta del piano, Eleanor disfrutaba del recital que Amanda le estaba dando. Cuando terminó le dijo:

—No puedo creer que haya pasado tanto tiempo sin disfrutar de tu música… Además, cada día tocas mejor.

Su novia le sonrió y, tomándola de las manos le comentó:

—Estos meses de paz me están yendo muy bien, ahora tengo tiempo de practicar.

Eleanor sonrió. Habían pasado dos meses desde la llegada de Náyade y, de algún modo, es como si todo lo que había sucedido anteriormente se hubiera quedado en un segundo plano. No había vuelto a haber rastro de la bruja, así que Huck y Debby parecían estar viviendo por fin el noviazgo que se merecían, libres de la presión que aquella les había impuesto. De hecho Huck parecía un nuevo chico, menos atormentado y más preocupado por disfrutar de la vida que de la magia. Joshua y Carl también parecían haber dejado atrás los miedos e incluso este último se quedaba con frecuencia a dormir en la Hermandad. Lucy y Jimmy seguían en su particular luna de miel que parecía no terminar nunca y, respecto a ella y a Amanda; cada día estaban más unidas. Sonriente, besó delicadamente a su novia y le dijo:

—Sí, por fin estamos tranquilas.

Mientras lo decía, Debby entró en la sala como una exhalación acompañada por Lucy y les espetó:

—Chicas, tenemos que hablar urgentemente sobre Huck y yo.

Eleanor y Amanda las miraron interrogativamente, y Lucy declaró:

—A mí no me miréis, me ha sacado de la habitación con esa misma frase.

—Ahora es cuando hemos hablado demasiado pronto… —masculló Eleanor, intuyendo que algo malo volvía a suceder.

Su novia la miró, preocupada y luego preguntó a Debby:

—¿Qué ocurre? ¿Te has peleado con él?

—No, aunque no garantizo que no lo hagamos —contestó Debby enigmáticamente mientras miraba alrededor para asegurarse que no había nadie más en la sala común.

—¿Qué ha hecho Huck esta vez? ¿Vuelve al juego del atormentando «tengo que estar lejos de ti porque te quiero»? Creía que teníamos superada esa fase —recordó Eleanor, irónica.

Debby no pudo evitar esbozar una sonrisa, pero aclaró amargamente:

—Esta vez soy yo la que la ha liado. Creo que me equivoqué con el conjuro.

—¿Qué conjuro? —preguntaron las tres amigas al unísono.

Debby les enseñó un test de embarazo con el símbolo positivo mientras decía:

—El conjuro protector.

—Pero, técnicamente es infalible, quiero decir, que es el que yo uso —se apresuró a contestar Lucy.

—Es infalible. Somos brujas, buenas, de alto nivel. No nos equivocamos en ese tipo de conjuros. —Rebatió Eleanor.

—Entonces, debí confundir algo —musitó Debby.

—¿Qué ha dicho Huck? —preguntó Amanda, solícita, mientras le tomaba de la mano.

—No lo sabe. Creía que la prueba saldría negativa, o al menos eso quería, así que cuando he visto el signo positivo he entrado en pánico y he venido a buscaros.

—Tienes que decírselo —le aconsejó Lucy—. Quiero decir, que es lo lógico.

—Ya, pero es que no puedo ir a Huck y decirle «estoy embarazada porque debí equivocarme con el conjuro protector».

—¿Estás embarazada?

La voz incrédula y nerviosa de Huck se dejó oír desde la puerta de la cocina. Debby enmudeció y Eleanor comentó:

—Me temo que ya no has de preocupar por cómo decírselo. Y nosotras tenemos que ir a algún sitio que no es aquí.

Debby las miró enfadada mientras las veía escabullirse y no pudo evitar susurrar a Lucy:

—Seréis traidoras… dejarme aquí sola.

—Tranquila, estaremos detrás de la puerta escuchando —repuso su amiga.

—Y eso me resulta muy reconfortante —protestó Debby irónicamente mientras sus ojos evitaban a Huck, que seguía mirándola fijamente.

Sin saber qué hacer, se sentó en el sofá, mientras lanzaba la prueba de embarazo en la papelera. Huck se sentó a su lado y le preguntó nerviosamente:

—¿De verdad estás embarazada?

—Eso dice el test que acabo de tirar —se limitó a responder Debby, acongojada.

Huck no dijo nada sino que la tomó de la mano mientras buscaba las palabras más adecuadas. Debby se adelantó diciendo:

—Lo siento mucho, creo que me equivoqué en el conjuro de protección. Es terrible.

Él la miró y observó que su semblante estaba entristecido. Entonces, recordó que sus padres se habían encontrado en su misma situación, y que para su padre aquello había sido un error del que nunca había dejado arrepentirse, y de cómo había culpado a su madre, que siempre había recibido sus críticas por haberse quedado embarazada. Volvió a mirar a su novia y, sin vacilar, se arrodilló delante de ella y apoyó sus manos sobre las suyas. Entonces le dijo:

—Te amo, Debby, siempre lo haré. Y sé que tú me amas a mí, así que nada que surja de nosotros dos puede ser terrible. Complicado o difícil puede, pero no terrible.

Una lágrima resbaló desde la mejilla de ella hasta sus manos, mientras ella le besaba suavemente y le decía:

—Siento no habértelo dicho a ti primero. Estaba asustada. Tenía miedo de que te enfadaras y te alejaras de mí.

Huck le declaró dulcemente:

—Nada puede hacer que me aleje de ti. Ya te lo dije aquella noche en el observatorio, voy a estar contigo siempre. Además, esto solo hará que esté más cerca de ti, nunca más lejos.

Debby suspiró aliviada y Huck la besó en los labios y luego le dijo:

—*Tenemos* que hablar con Joshua.

—¿No sería mejor con un ginecólogo? —propuso Debby.

—Eso también, pero somos dos brujos con los poderes activados, así que es mejor que un brujo sanador compruebe que todo este «mágicamente hablando» bien.

Ella le miró asustada de nuevo y Huck le abrazó mientras le decía:

—No te preocupes, estoy contigo.

Debby le abrazó, sintiéndose reconfortada por las palabras de Huck. Cerró los ojos y lo estrechó más fuerte contra ella, y así permanecieron durante largo rato.

Media hora más tarde, Debby estaba tumbada en la cama de su dormitorio, preparada para que Joshua le hiciera un reconocimiento. Este la miró sonriente y le dijo:

—Debby, por tu bien y el de la Hermandad, espero que no tengas un pequeño Huck. Créeme, somos amigos desde niños. Era como un terremoto.

—Gracias, amigo —protestó el aludido—. Aunque para ser sincero, yo también prefiero una pequeña Debby.

Ella rio y Lucy comentó:

—No me puedo creer que vaya a ser tía.

—Pues si te sirve de consuelo, yo no puedo creerme que vaya a ser madre —corroboró Debby nerviosa.

Huck se sintió estremecer al oír esta palabra, recordando a su propia madre, sintiendo como todo aquello que durante años había estado guardando en su interior pugnaba por salir al exterior al encontrarse en la misma situación que estaban sus padres. No, se dijo, no era la misma, porque él no era como Lucius. Él cuidaría y protegería tanto a Debby como al bebé y jamás dejaría que nadie, ni ellos mismos, se hicieran daño. Apretó la mano de su novia con cuidado y entonces Joshua le pidió con una sonrisa:

—Será mejor que la sueltes, para que pueda hacer mi trabajo. De hecho, os quiero a todos fuera de la habitación menos a Lucy.

—Me encanta ser bruja sanadora, siempre me puedo quedar —rio ella.

Huck esbozó una mueca de enfado y Joshua bromeó:

—Tranquilo, enseguida salgo.

Sin embargo, tardó mucho más de lo que él mismo había creído en reconocer a Debby. Sus manos recorrían su vientre, las apartaba, fruncía el ceño y volvía a intentarlo. Lucy lo advirtió y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Dile a Huck y a las chicas que entren. Quiero que oigan esto.

Lucy intercambió una mirada preocupada con Debby, pero hizo lo que Joshua le pedía sin preguntar. Cuando todos estuvieron en la habitación Joshua comentó:

—Hay algo que está mal.

—¿El bebé? —se apresuró a preguntar Debby, mientras Huck esgrimía un gesto de preocupación.

Joshua negó con la cabeza diciendo:

—No es el bebé, ni tampoco tú. El problema es que percibo lo que debería sentir si estuvieras embarazada, pero no siento la energía vital mágica del bebé.

—Aún no ha nacido —subrayó Eleanor—. ¿No es eso lógico?

—Que no haya nacido no significa que no la tenga. Su cuerpo físico se está formando, pero su energía vital, sus poderes, existen desde la concepción. No lo comprendo. Tendría que mirar mis libros… —comenzó a explicar Joshua.

Una voz suave le interrumpió desde la puerta, era Náyade, que les había escuchado desde el pasillo:

—Creo que yo puedo ayudar. ¿Me dejas que lo intente, Debby?

—Por supuesto. Confío en ti.

Náyade se acercó lentamente a ella. Era la primera vez que iba a activar sus poderes de sanadora desde que había llegado a la Hermandad, la primera vez desde que estuviera encerrada en el castillo. Ni siquiera se había atrevido a hacerlo con ella misma, temerosa de lo que pudiera hacer. Pero ahora era su amiga la que estaba en problemas, así que venció su miedo y puso sus manos suavemente sobre el vientre de Debby, más cerca de lo que había hecho Joshua. Permaneció así unos minutos, recorriendo toda la zona, hasta que se separó y, mientras rompía la conexión pasando las manos sobre la vela encendida, le explicó:

—No estás embarazada. Crees que lo estás, tu cuerpo reacciona como si lo estuvieras, pero Joshua tiene razón, no hay ninguna señal de energía vital mágica en tu interior, y por tanto no puede haber ningún bebé en camino.

—Pero el test salió positivo —refutó Debby.

—Esos tests no siempre son fiables.

—¿Y tú cómo lo sabes? —se apresuró a preguntar Joshua.

—Porque he visto a una amiga hacerlo con resultados erróneos —respondió Náyade en tono calmado, el mismo que siempre utilizaba con su hermano, incluso cuando parecía que iban a discutir.

—¿Tus amigas utilizan tests de embarazo? ¿Qué se supone que hacéis en el instituto?

—Es obvio lo que ellas hacen si necesitan tests de embarazos.

El tono tranquilo de Náyade exasperó a Joshua que le dijo:

—Entonces me alegro de que estés fuera del instituto.

—Técnicamente aquí también tengo una amiga que cree estar embarazada.

—Una amiga mayor de edad —recalcó Joshua.

—Esta pelea sin alzar la voz entre hermanos sanadores es de lo más interesante, pero ¿Debby está embarazada o no? —rogó Huck, exasperado.

—Náyade tiene razón —corroboró Joshua—. Parece que lo está, pero es ficticio.

—Y en este momento es cuando deberíais alegraros. ¿O no? —preguntó Eleanor.

Huck miró a Debby y refutó:

—Digamos que tengo bastante más miedo a las cosas extrañas que a un bebé. Si no está embarazada, ¿qué le está pasando?

Joshua y Náyade se intercambiaron una mirada y esta última explicó:

—Es como un embarazo psicológico, parece que está pero no.

—Pero yo no quiero estar embarazada… —declaró Debby.

—En ese caso, deberíamos contemplar la idea de que alguien está detrás de esto —sugirió Amanda.

—¿Estás diciendo que alguien le ha hecho un conjuro para que Debby crea estar embarazada? —le preguntó Huck, incrédulo.

—¿Crees que esa bruja puede estar haciendo todo esto? ¿Qué sentido tendría? ¿Por qué no intentar atacarme de nuevo simplemente? —le consultó a su vez Debby—. Además, llevo el colgante protector.

Mientras lo decía, Huck besó su mano mientras la apretaba contra él y miró angustiado a Eleanor. Esta estuvo pensativa unos instantes y luego explicó:

—El colgante es fuerte, pero la magia de esa bruja puede serlo mucho más. Además, hay algo en todo esto que no me cuadra, es como si tuviera la solución en mi cabeza, pero no logro dar con ella. Si es la misma bruja de siempre, tiene que tener un motivo para hacer todo esto, sino se limitaría a atacarnos, no a crear falsos embarazados.

—Yo también percibo que hay algo oscuro en todo esto —comentó Náyade—. Cuando he puesto mis manos sobre ti, Debby, a parte de la ausencia del bebé he percibido algo más, pero es como si me faltaran piezas de un puzle. Y, mientras no sepamos que es, no podemos correr el riesgo de intentar sanarte, no sin correr el riesgo de lastimarte.

Debby les miró angustiada y musitó:

—Estoy con Huck, me preocuparía mucho menos un embarazado que volver a ser blanco de esa bruja, más cuando está atacando directamente a mi cuerpo. Por ello tenemos que encontrar la manera de evitarlo. No quiero nada oscuro dentro de mí. ¿Y si me vuelvo mala?

—Cariño, no va a pasarte nada, no voy a permitirlo. Solo necesitamos algo de tiempo.

—Además, ahora tiene a tres brujos sanadores a tu disposición, haremos que lo que te está afectando desaparezca.

Debby sintió ganas de llorar, pero Huck la abrazó, mientras Eleanor comentaba:

—Será mejor que descanses un poco. Nosotros iremos a la biblioteca a mirar en los libros.

Huck miró con lástima a Debby y le dijo:

—No quiero dejarte sola, pero necesito pensar en algún conjuro.

—Ve, estaré bien.

—Yo me quedaré con ella —propuso Lucy, que estaba muy angustiada.

Huck asintió lastimosamente y, después de besar dulcemente en la frente a Debby, bajó las escaleras seguido del resto de amigos. Amanda fue a explicar la situación a los demás, Joshua y Náyade fueron a consultar sus libros, y Huck salió de la casa unos minutos, necesitando respirar. Eleanor fue tras él y le obligó a sentarse junto a ella en un banco mientras le decía con temor:

—Chico atormentado, ni se te ocurra volver a salir corriendo detrás de esa maldita bruja otra vez.

Huck esbozó una triste sonrisa y comentó:

—Ya aprendí esa lección, no pienso volver a alejarme de Debby. Pero si esa bruja está haciéndole algo, en su interior… Eleanor, no puedo ni pensar en que le haga daño otra vez.

—Si esa bruja intenta atacar a Debby, se las tendrá que ver con una Hermandad de furiosos brujos y brujas. Y, por cierto, se la tengo jurada, así que yo en su lugar me mantendría alejada.

Huck bajó los ojos y musitó:

—Sé que lo haréis, pero aún no puedo dejar de pensar que todo es culpa mía. Sea quien sea, está obsesionada conmigo.

—Ya te lo dije, no creo que sea una chica del campus. Me dejó libre por algo relacionado con mi madre, eso quiere decir que la conocía y que por tanto es mucho mayor que nosotros, ya que murió hace años. Además, veo cuánto amas a Debby, cómo la tratas. No puede salir nada malo de ese amor.

Huck esbozó una sonrisa y refutó:

—Me das más mérito del que merezco.

—Quizás no debería confesarte esto, pero estábamos escuchando cuando hablaste con Debby, sobre el bebé. Estuviste genial.

—No sé por qué imaginaba que lo haríais… De todos modos, eso sigue sin darme mérito. Amo a Debby, ella es lo mejor que me ha pasado en la vida y, si hubiera estado de verdad embarazada, hubiésemos encontrado la manera de hacerlo funcionar.

—Estoy segura de ello —susurró Eleanor, tomándole de la mano.

—No quiero ser como mi padre.

Eleanor no dijo nada, así que Huck continuó:

—Sé que sabes lo que pasó, leíste los diarios de tu madre, así que supongo que en ellos salían mis padres.

—Salía mucha gente, aunque hace mucho tiempo que los leí, antes de venir a la Universidad. Me ponía muy triste recordarla, joven, feliz, viva; y pensar que no volvería a verla; así que los guardé y no he vuelto a mirarlos. Pero sí, recuerdo tu historia, aunque nunca se la he contado a nadie. ¿Has hablado de ello con Debby?

—No, al principio todo fue demasiado complicado, con Allison y las otras chicas. Después, cuando volví y comenzamos a salir de nuevo, solo quería disfrutar de un tiempo de felicidad con ella, sin remover el pasado. No sé, supongo que pido demasiado.

Eleanor pasó su mano por sus hombros y con voz suave le dijo:

—Que ahora no veamos la solución no significa que no esté. Ve al desván y mira en tus libros de conjuros, yo trataré de pensar en esa idea que no se me va de la cabeza de que en algún lugar de mi interior está la respuesta.

37. Sueños que buscan

La Hermandad de la Luz estaba sumida en el silencio, con todos trabajando a contrarreloj intentando encontrar la manera de eliminar el conjuro que atacaba a Debby. Cuando el timbre de la puerta sonó, Joshua y Huck abrieron rápidamente, sabedores de que eran Andrew y Carl. Este último miró a su primo y afirmó:

—Estamos listos para ir a buscar a esa maldita bruja al bosque.

Joshua les interrogó con la mirada y Carl se explicó:

—Si ha podido hacerse con Debby de nuevo es porque está lo bastante cerca. Tenemos que ir a por ella.

—No os dejaré hacer tal cosa. Os recuerdo que la última vez casi os mata a Huck y a ti.

—Pero no podemos quedarnos cruzados de brazos —insistió su novio.

—Joshua tiene razón —interrumpió Huck—. Soy el primero que saldría corriendo a buscarla, pero ya lo intenté una vez y lo único que hice fue empeorar las cosas.

—Pero, nos has llamado —inquirió Carl extrañado.

—Porque sois nuestros amigos. Joshua está preparando infusiones y hierbas para conjuros, y he pensado que podrías ayudarle, así el resto seguiremos buscando en la biblioteca el conjuro adecuado.

Carl asintió y Joshua añadió:

—Y yo te he llamado a ti, Andrew.

—¿Quieres que os ayude con las infusiones también?

—No, quiero que tranquilices a Náyade.

Andrew le miró atónito y Joshua le explicó:

—Está muy alterada. Sus poderes son mayores que los míos y lo que ha percibido en el cuerpo de Debby la ha dejado muy preocupada. No atiende a razones conmigo, así que he pensado que a ti te haría caso.

Andrew le miró, agradecido por la confianza que Joshua le prestaba y a la vez preocupado por su novia. Con voz inquieta preguntó:

—¿Dónde está?

—En la biblioteca, con los demás, buscando conjuros. Ni siquiera ha querido comer. ¿Podrías convencerla de que se tome un descanso?

—Lo intentaré.

—En ese caso, te acompaño. Y gracias por venir tan rápido, a los dos —musitó Huck, visiblemente alterado por lo que estaba pasando.

Cuando llegaron a las puertas de la biblioteca, Andrew no pudo evitar comentar:

—Jamás pensé que entraría en tu Hermandad, menos aún que llegaría hasta la biblioteca.

—No es mi Hermandad, es nuestra Hermandad, y tú formas parte de ella.

—Soy un cambiante… —le recordó Andrew.

—También eres el novio de Náyade. Y, además, jamás olvidaré que te enfrentaste a mi padre por ella.

Andrew le miró asustado y preguntó:

—¿Cómo sabes tú eso?

—Mi tío me lo contó, pero, no te preocupes, no se lo he contado a nadie. Aunque quizás debería…

—No —se apresuró a decir Andrew—. No quiero que Náyade se preocupe y lo haría si sabe que he hablado con tu padre.

Huck esbozó una sonrisa y comentó:

—¿Ni siquiera para que sepa que su novio se arriesgó a ir al castillo del Círculo de las sombras para salvarla?

—Ni siquiera por eso. Además, le hice la promesa a tu padre de que lo mantendría en secreto y así será.

—Está bien. Pero, como te he dicho, nunca lo olvidaré. Y ahora te dejo, tengo que volver con Debby.

Andrew esbozó una sonrisa comprensiva y entró en la biblioteca. Allí, sentada en el suelo, Náyade parecía completamente desesperada. Estaba rodeada de libros, que revisaba sin cesar, mientras el resto de brujos hacían lo mismo con la base de datos y el resto de libros. Cuando Andrew entró, todos se le quedaron mirando sorprendidos. Este parecía algo tímido por estar dentro de la Hermandad, así que se explicó:

—Huck nos ha llamado para contarnos lo que ha sucedido. Carl le ha propuesto que saliéramos a husmear en el bosque, pero cree que es más seguro que os ayudemos aquí.

—Gracias, nos irá muy bien vuestra ayuda. No estamos encontrando nada…

La voz de Náyade sonó desesperada y Andrew se sentó a su lado. Suavemente le acarició la mejilla y le propuso con voz suave:

—¿Por qué no vamos un rato a la cocina? Pareces muy cansada, deberías comer algo…

—Sí, no has parado ni un momento —corroboró Eleanor.

—No tenemos tiempo… —comenzó a protestar Náyade.

—Cariño, extenuada no podrás sanar a Debby. Deja que los demás sigan buscando, te prepararé algo de comer y luego volveremos los dos. Por favor, hazlo por mí…

Náyade miró a su novio, clavando sus profundos y tristes ojos en él. En voz baja musitó:

—Está bien, pero solo un momento.

Al oírlo, Andrew se levantó y la ayudó a hacer lo mismo, mientras veía que Amanda le daba las gracias en un movimiento de labios y los demás le sonreían, satisfechos de que por fin alguien hubiera sido capaz de convencerla. Cuando cerraron la puerta de la biblioteca tras de sí, Chris bromeó:

—Parece que, definitivamente, Joshua tendrá dos cambiantes en la familia.

—Náyade y Andrew hacen muy buena pareja —comentó Amanda—. Y él me cae muy bien.

—A mí también —ratificó Eleanor.

Y, en voz más baja, de forma que únicamente pudiera oír su novia añadió:

—Cuando acabemos con todo esto, ¿no crees que deberíamos explicarle lo del conjuro protector?

—¿Y arriesgarnos a que Joshua nos mate? —refutó Amanda.

—Tranquila, es un brujo Jedi, no puede hacerlo. Además, tampoco tiene por qué saberlo, al menos de inmediato…

Las dos chicas se intercambiaron una mirada cómplice y Chris propuso:

—¿Podríais cotillear en voz alta? No nos estamos enterando de nada.

—Esa era la idea, querido. Anda, sigamos buscando, que la única que se ha ganado el descanso es Náyade —replicó Eleanor mientras le enviaba un irónico beso con la mano.

Chris rio, pero por toda respuesta tomó uno de los libros y continuó revisando la información que contenía.

En la cocina, Náyade veía como Andrew calentaba diligentemente una sopa, que vertió en un bol. Cuando lo recibió, con voz dulce le dijo:

—Recuerdo cuando estuvimos en tu habitación. También me preparaste lo mismo.

—Supongo que si no tienes hambre, al menos te entrará esto.

Náyade sonrió por toda respuesta, pero tomó la sopa. Andrew no habló, sino que se limitó a acariciar la mano que tenía libre, jugueteando con sus dedos. Cuando terminó, recogió el bol y se sentó de nuevo a su lado, obligándola a mirarle. Sin dejar de acariciarle le dijo:

—Cariño, ¿qué te pasa? Sé que estás preocupada por Debby, pero no puedes consumirte de esta manera.

—Eso suena a que has hablado con mi hermano. —Adivinó ella.

—Sí, pero la parte buena es que cree que yo puedo relajarte. Al menos ya no me ve como el cambiante malo que quiere seducir a su hermana pequeña —bromeó Andrew, intentando arrancarle una sonrisa. Lo consiguió, pero enseguida Náyade retomó el semblante serio para decir:

—Es desesperante. Llevamos horas buscando, pero el conjuro es muy fuerte y no sabemos cómo enfocarlo, donde encontrar las instrucciones adecuadas.

—¿Por qué son tan importantes las instrucciones? —inquirió él.

—Porque trabajar con magia es peligroso, siempre hay que seguir las normas de los conjuros a rajatabla.

—Pero lo que queréis es sanarla —insistió Andrew.

—También la sanación se rige por sus propias reglas y por sus propios conjuros; aunque sí que es cierto que entran en juego cosas más sutiles. ¿Adónde quieres llegar a parar?

Él la miró, intentando expresar la idea que le bailaba en la cabeza desde que la había visto sentada en la biblioteca.

—Náyade, no recuerdo mucho de lo que pasó en verano, pero sí que tú me dabas energía, que me apartabas de las sombras y me traías de vuelta a la luz. Y nadie te había enseñado eso, de hecho, ni siquiera nadie sabía que eso era posible en ti.

—No sé si te comprendo.

—Eres diferente al resto de brujos, lo sé porque, cada vez que estamos juntos, que nos acariciamos, siento tu energía como pasa a formar parte de mí durante unos minutos. Eres fuerte y transmites paz y luz, incluso eres capaz de ver en el interior de las personas si queda algo de bondad.

—Como con el señor Rogers —corroboró ella.

—Exacto. Por eso creo que tienes el poder de eliminar la oscuridad completa. Y nunca has necesitado un libro para ello, está en tu naturaleza, es tu mejor don.

Náyade le miró, por primera vez con los ojos brillantes y emocionada. Excitada, comentó:

—Ya comprendo lo que quieres decir. Pero voy a necesitar que todos, sobre todo Debby, estén de acuerdo. Porque no sé si saldrá bien.

Andrew se acercó a ella y, besándola suavemente, le dijo:

—Algo me dice a mí que sí.

38. Sueños de sanación

Una lluvia incesante caía sobre el tejado de la Hermandad de la Luz. Sentados en el desván, todos observaban a Náyade que, algo nerviosa, les había convocado. Tenía a su lado a Andrew, que le daba fuerzas sosteniéndole la mano. Ella comenzó a explicar:

—Sé que todos sabéis que el motivo por el que me encerraron en el castillo del Círculo de las sombras fue porque me acusaron de resucitar a un animal muerto. Pero, con el tiempo, he reflexionado sobre ello y sé que no practiqué ningún tipo de magia negra, no buscaba comunicarme con el espíritu del animal, ni mucho menos resucitarle para algún uso maléfico.

—Eso ya lo sabemos. Jamás hemos pensado que hicieras magia negra —se apresuró a decir Huck.

—Gracias, pero no me refería a eso. Creo que el animal no estaba muerto, solo perdido en la oscuridad. Y yo le devolví a la luz, antes de que muriera. Por eso mis poderes de sanación son mayores…

—Porque distingues la luz de la oscuridad como nadie ha hecho antes… —Comprendió Joshua.

—Lo que explicaría por qué no salen conjuros de magia blanca de ese estilo —comentó Lucy, comprendiendo también.

—¿Y cómo va a servir eso a Debby? Ella no está…

Las palabras de Huck se quedaron en el aire, incapaz de pronunciar la palabra.

—Creo que mi poder no tiene nada que ver con la vida o la muerte, sino con la luz y la oscuridad que haya en las personas. El animal que salvé tenía muchísima luz en su interior, por eso en contacto con mis manos no fue arrebatado por la oscuridad.

—Entonces, ¿podrías quitarme lo que sea que hay maligno en mí?

Náyade asintió lentamente con la cabeza, pero insistió:

—Es lo único que se me ocurre que pueda funcionar. En realidad, tengo el presentimiento de que puede hacerlo, aunque no puedo saber si hay riesgos. El animal que salvé no tuvo complicaciones, pero no puedo prometerte nada.

Debby la miró asustada y Huck preguntó, dirigiéndose a Joshua:

—¿Qué opinas?

—Nunca he visto ese poder antes, pero no hemos encontrado nada, y algo me dice que no lo haremos.

—Yo tampoco lo creo. Hemos mirado y remirado los libros, y la base de datos no ha sido capaz de devolvernos nada tampoco. —Se sumó Benjamin —. Y no se me ocurre ningún sitio más donde mirar.

—A mí tampoco. Como dice Benjamin, hemos agotado nuestras opciones físicas, así que quizás debemos confiar en que en la naturaleza de Náyade está la salvación —comentó Eleanor.

—Lo último que quiero es poner a Debby en peligro, pero he estado con ella toda la tarde e, incluso solo con mis poderes de principiante, sé que lo que hay dentro de ella es maligno y está creciendo —confesó Lucy.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —protestó Debby.

—Porque ya estabas bastante preocupada, y esperaba que encontráramos la respuesta en los libros —susurró Lucy, mientras apretaba la mano de su amiga con fuerza—. Pero parece que no la hay…

Debby alzó los ojos implorantes a Huck y le preguntó:

—¿Tú qué opinas?

—No lo sé, no estoy seguro, pero creo que Náyade es la única opción válida que tenemos. Aunque no soporto la idea de poneros a ninguna de las dos en peligro.

Al oírlo, Náyade se acercó hacia él y le aseguró:

—No lo harás. He estado pensando, podemos hacer un círculo protector de energía. Expulsaré la oscuridad del interior de Debby y el círculo la destruirá. ¿Estáis conmigo?

Todos la miraron, entre expectantes y asustados, pero hicieron lo que ella les pedía. Joshua ordenó:

—Carl, Andrew, es mejor que vayáis a la planta baja. No os quiero cerca de esa energía negativa, incluso con el círculo protector.

Su novio asintió y comenzó a retirarse, pero Andrew se detuvo unos segundos para abrazar a Náyade y decirle al oído:

—Puedes salvarla, como hiciste conmigo.

Ella le apretó contra sí y después, dejándolo marchar, se giró hacia Debby y musitó:

—Gracias por confiar en mí.

—Siempre… —susurró Debby, mientras se tumbaba en el centro del Círculo.

Náyade pasó sus manos por una vela cercana, se concentró e, intentando recordar lo que había sentido cuando salvó a Andrew, colocó lentamente las manos sobre el pecho de Debby. Al principio temblaba, pero poco a poco fue abriendo su alma, dejando atrás todo lo que no fuera el contacto con la oscuridad que percibía en su amiga, haciéndola desaparecer. Llegó un momento en que su conexión era tan profunda que ya no detectaba los cánticos protectores del Círculo, ni siquiera quién la rodeaba, únicamente veía la luz dorada expandiéndose, sanando no solo a su amiga sino también su propio miedo a su poder.

Estuvo así media hora hasta que, agotada, dejó caer las manos suavemente sobre las de Debby mientras decía:

—Ahora solo hay luz en ella.

Joshua se apresuró a acercarse y sus ojos brillaban felices mientras confirmaba lo que había dicho su hermana:

—Es increíble, pero lo ha conseguido. Lucy, compruébalo tú también.

Su amiga colocó las manos encima de Debby, que sonreía feliz mientras decía:

—Yo también lo percibo, es que como si me hubiera liberado.

—Ahora solo estás tú… —musitó Náyade que, agotada, tomaba una infusión.

Huck la tenía abrazada y con voz quebrada le susurró al oído:

—Eres increíble, la has salvado.

—Solo la he traído de vuelta.

—Y lo has hecho genial, hermanita —añadió Joshua abrazándola también.

Benjamin, Zack y Chris palmearon las manos en señal de victoria, y Amanda y Eleanor abrazaron a Debby y a Náyade por turnos. Sin embargo, esta última parecía aún preocupada. Huck lo advirtió y le preguntó:

—¿Qué sucede Eleanor? ¿Crees que algo no está bien?

—No, no es eso. Sé que Debby está libre de esa magia oscura, pero tengo el presentimiento de que esto no va a acabar aquí.

La preocupación volvió a asomar a las caras de sus amigos, y ella explicó:

—Debby no estará a salvo mientras esa bruja ande suelta. Y algo me dice que la respuesta a como localizarla está en mi interior, pero estoy bloqueada. Lo siento, pero esto me está sacando de quicio. He intentado incluso hacerme un conjuro, pero no ha funcionado.

—Creo que puedo ayudarte con eso —sugirió Náyade.

Su hermano la miró perplejo y le espetó:

—No puedes estar hablando de lo que creo. Eso es para brujos sanadores de gran nivel, aunque, ahora que lo pienso, acabas de demostrar que eres uno de ellos.

Náyade bajó los ojos coartada y Joshua comprendió:

—¿De verdad puedes hacerlo?

—Aprendí en la escuela de verano, solo yo. Una profesora me enseñó, aunque me dijo que debía mejorar en general antes de intentarlo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jimmy.

—Hay un ritual, muy completo, entre un brujo sanador y un brujo. El sanador canaliza los recuerdos del brujo a través de su energía, para buscar una respuesta que ha quedado oculta —explicó Lucy.

—Impresionante… Joshua, ¿por qué no has aprendido a hacerlo? Tengo muchas preguntas… —bromeó Chris.

—No tengo el nivel para hacer eso, y no sé si llegaré a tenerlo alguna vez. Pero debí imaginar que Náyade sí.

Su voz no parecía feliz al decirlo, pero Huck intuyó que no era envidia lo que motivaba ese sentimiento. Por eso indagó:

—¿Cuál es el problema?

—Es un ritual peligroso, tanto para el sanador como para el brujo que le da sus recuerdos. Náyade, no dudo de tu poder, pero se necesita algo más para ese tipo de conjuros, paz interior.

—¿Paz interior? Es la chica más tranquila que he conocido —comentó Benjamin.

—Gracias por la confianza, Benjamin, pero mi hermano tiene razón, aún me queda mucho trabajo personal por hacer. Sin embargo, no tenemos tanto tiempo. Esa bruja detectará que hemos liberado a Debby en cualquier momento y puede volver a atacarla. Así que si Eleanor acepta, estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Por supuesto. Me encanta el riesgo —bromeó Eleanor.

Debby las miró con pesar y replicó:

—Chicas, no quiero que nadie se ponga en peligro por mi culpa. Encontraremos otra manera. Además, Náyade tiene que estar agotada, acaba de sanarme.

—De eso nada, mi pequeña bruja —negó Eleanor—. El bebé nos parecía bien, pero si alguien ha sido capaz de atacarte de ese modo no nos quedaremos de brazos cruzados. Además, cuento con que cuando seas una gran bruja hagas lo mismo conmigo, conociéndome seguro que me meteré en algún problema.

Debby rio ante las palabras de su amiga y Huck musitó:

—Gracias, a las dos. Pero, Náyade, ¿estás seguro de que te has recobrado?

—Sí, las infusiones de mi hermano son mágicas —repuso ella sonriendo.

Huck no parecía convencido, así que miró a Joshua, que respondió:

—En circunstancias normales, te diría que la dejáramos descansar, pero tienen razón, esa bruja sabrá que el conjuro se ha roto y puede volver a intentarlo.

—Bien, ¿qué hay que hacer? —preguntó Eleanor.

—Tenemos que entrar en contacto con la naturaleza, podemos sentarnos en la zona del huerto. Está lloviendo, lo cual es ideal.

—¿Para pillar una pulmonía? —inquirió Zack.

—Para que el agua limpie las barreras de la mente —contestó Náyade dulcemente—. Además, es conveniente que no llevemos ropa.

Todos la miraron sorprendidos y Joshua se apresuró a decir, mirando a Chris:

—No digas nada, ni lo pienses siquiera.

Las dos chicas rieron y Náyade aclaró:

—Me refería a que solo llevemos una túnica blanca, nos ayudará a conectar mejor.

—Chris, tampoco puedes decir nada sobre agua y túnicas blancas —advirtió Joshua.

—¿Cuál es el sentido de que chafes mis chistes antes de que los haga? —protestó su amigo.

—No sé, es un nuevo *hobby*.

—Que sepas que cada día pareces menos un brujo Jedi —refunfuñó Chris.

—Eso es porque me hace de hermano mayor —aclaró Náyade con naturalidad—. Pero centrémonos, si a Eleanor le parece bien, sería mejor que nos fuéramos a cambiar y bajáramos a hacer el ritual, antes de que pare de llover. Necesitaremos también a Amanda y Andrew.

—¿Andrew? —preguntó Joshua.

—En ese tipo de conjuros es bueno que cada uno de sus integrantes esté sostenido por la persona a la que ama. Y a ti te quiero, pero eres mi hermano y todo eso, así que mejor llamamos a mi novio. ¿Lo haces tú mientras me cambio de ropa?

Lucy sonrió ante la mueca de Joshua y comentó:

—Bajaré a buscarle. Y así de paso les diré a él y Carl que Debby está bien, deben estar de los nervios.

—¿Podemos ayudar los demás en algo? —se ofreció Huck.

—No, es mejor que os quedéis aquí. Necesito contactar con la energía de Eleanor, con lo que está oculto dentro de su mente, así que cuantas menos interferencias mejor.

—Entonces, vamos pequeña Jedi. A ver si logras sacar algo de mi dura cabeza.

Náyade la siguió con una sonrisa y Chris se giró a Amanda diciendo:

—Lo siento preciosa, sigo pensando en Eleanor y la túnica blanca bajo la lluvia. Y, de hecho, no pienso en Náyade porque Joshua me asesinará y se romperá su prometedora carrera de brujo sanador.

—Eres incorregible. Además, yo en tu lugar me mantendría alejado de Náyade por algo más, te recuerdo que es la novia de Andrew y que él está en esta Hermandad —se burló Zack.

—Ya, y eso también le encanta a Joshua. Siento un malévolo placer al pensar que nos prohibió a sus amigos brujos acercarnos a ella porque éramos muy mayores; y ahora el novio de su hermana no solo tiene nuestra edad, sino que además es un cambiante. Que, por cierto, si va a ver a su hermanita con la túnica mojada sobre su cuerpo desnudo —recalcó Chris irónicamente.

Joshua esbozó una mueca y se limitó a responder:

—Será mejor que cambiemos de tema. Además, quiero mirar por la ventana el ritual, y que Lucy también lo haga. Aún me parece impresionante que Náyade tenga ese poder, estoy seguro de que podremos aprender algo. Y no, Chris, tú no puedes mirar.

Su amigo se rio pero, sin hacer más comentarios, se sentó junto al resto de compañeros en el suelo del desván.

El espectáculo del ritual era increíble. Bajo la tormenta, Náyade y Eleanor habían tomado asiento, una frente a la otra, con las piernas en posición de loto y las manos entrelazadas. Tenían los ojos cerrados y sus cabellos estaban completamente mojados, enredándose sobre su piel. Las túnicas blancas ceñían sus cuerpos transparentando su piel desnuda y dándoles una imagen fantasmal. Náyade musitaba una oración tras otra, buscando, encontrando. De vez en cuando, soltaba la mano de Eleanor y la ponía sobre el pecho de esta, para captar en visiones lo que guardaba en su interior. Amanda y Andrew permanecían junto a ellas, manteniéndolas firmes en la tierra.

Estuvieron así más de media hora, unidas, recorriendo la mente, uniendo las piezas del puzle. De pronto, Joshua y Lucy observaron a Náyade abrir los ojos y, agotada, dejarse caer en los brazos de Andrew. Junto con Lucy se apresuraron a bajar a buscarlas, con sendas mantas para cubrirlas. Los cuatro estaban empapados y tiritando, así que subieron a sus habitaciones a cambiarse. Dado que apenas podían caminar del agotamiento por el ritual realizado, Amanda se ocupó de ayudar a Eleanor y Lucy de hacer lo mismo con Náyade; mientras Joshua acompañaba a Andrew a ponerse alguna de sus ropas. Cuando estuvieron solos, le comentó:

—Muchas gracias por participar en el conjuro, es muy importante para nosotros.

—Lo sé, Lucy me lo dijo. Por cierto, no soy un brujo, pero la energía que desprende Náyade es increíble.

—Lo sé, Lucius tenía razón en algo, su poder será impresionante, mayor del que nunca hemos visto. Se supone que yo debía ser su maestro, pero solo tengo mayores conocimientos teóricos, en la práctica ella me gana por goleada.

Andrew permaneció en silencio y Joshua le preguntó, preocupado:

—¿Te asusta que sus poderes sean tan fuertes?

—Lo único que me asusta sobre ella es perderla —confesó él.

Joshua esbozó una sonrisa y le aseguró:

—No creo que eso pase jamás, Náyade te adora.

—¿Y eso sigue pareciéndote mal? —contestó Andrew, sorprendido por el comentario.

—A su hermano mayor le sigue pareciendo mal que cualquier chico esté cerca de ella. Pero Joshua, el brujo sanador, sabe que eres un buen novio para ella, y la amas, tal y como es. Y, de algún modo, consigues que esté en paz, cosa que nunca nadie había conseguido desde que murieron nuestros padres, ni siquiera yo, por eso te he pedido hoy que vinieras a la Hermandad. Y supongo que eso es lo más importante.

Andrew terminó de secarse y, mientras se ponía las ropas que Joshua le tendía, comentó:

—Sobre tus normas, no ha pasado nada. Solo para que estés tranquilo.

Joshua sonrió, pero le advirtió muy a su pesar:

—Será mejor que no me lo digas cuando pase. Ya sabes, por si el hermano histérico vuelve a salir a la luz. No puedo garantizar ser siempre el brujo Jedi, como dicen mis amigos.

Andrew le devolvió la sonrisa y afirmó:

—Me gusta que te preocupes por Náyade, yo también lo hago. Por eso vamos a ir poco a poco. Si ella quiere, estaremos siempre juntos, así que puedo esperar.

Joshua asintió y Andrew en silencio, terminó de vestirse. Antes de salir, preguntó:

—¿Quieres que me vaya ahora?

—No, quédate, por favor. Carl también está en el desván. Aunque no podáis hacer conjuros, os necesitamos, Náyade y yo. Sin ti, no podría haber hecho ese conjuro con Eleanor, necesitaba tu amor sosteniéndola.

—¿A qué te refieres?

—Que estoy pensando que quizás cambiantes y brujos podemos trabajar juntos, igual que aprendimos a hacerlo con las chicas.

—Si te oyen en el Círculo de las sombras te acusarán de revolucionario —comentó Andrew, algo sorprendido.

Joshua se mordió el labio y contestó:

—Puede, pero me gusta la nueva Hermandad que creamos junto con a las chicas. Y ahora Carl también puede quedarse cuando quiere a dormir conmigo y todo el mundo lo ve normal. Quizás practicar magia juntos no sea tan difícil.

Andrew le miró con los ojos brillantes y afirmó:

—Estoy de acuerdo. Al menos, podemos intentarlo.

—Genial. Pero tú sigues sin poder quedarte a dormir con mi hermana —añadió Joshua esbozando una sonrisa irónica.

—Me parece bien, de momento. ¿Pacto?

Joshua le estrechó la mano y, juntos, subieron las escaleras hasta el desván. Allí Huck les ofreció unas infusiones reconfortantes, y lo mismo hizo cuando Eleanor, Amanda y Náyade aparecieron acompañadas por Lucy. Todos se sentaron el suelo y dejaron tiempo para que las chicas se recuperaran.

Quince minutos más tarde, el desván permanecía en silencio, ni siquiera Chris parecía querer bromear. Eleanor, ya de nuevo con la energía que la caracterizaba, les miró satisfecha y les dijo:

—Definitivamente, tenemos una súperbruja en la Hermandad. Lo ha conseguido, ahora sé dónde hemos de buscar.

Náyade le sonrió con la mirada y Eleanor continuó explicando:

—La clave es el diario de mi madre.

—¿El que explicaba sus años en la Universidad? —recordó Huck.

—Sí, todo empezó aquí. Sea quien sea esa bruja, me salvó la vida porque era amiga de mi madre y a la vez está obsesionada contigo, quién sabe si porque estaba enamorada de tu padre y le gustaría que fueras hijo suyo; o simplemente porque cree que hiriéndote le fastidia a él. Por eso ha hecho que Debby se quede embarazada falsamente.

—Puede que sea porque no llevo media hora bajo la lluvia, pero no comprendo nada —comentó Zack.

Eleanor miró a Huck y le preguntó:

—Si vamos a seguir con esto, tengo que explicar…

—Lo sé, haz lo que tengas que hacer. La seguridad de Debby es lo primero —la interrumpió él mientras apretaba la mano de su novia.

—La madre de Huck se quedó embarazada de él en la Universidad y la respuesta de Lucius no fue la que Huck ha tenido hoy con Debby —comenzó a explicar Eleanor.

—Él quería que mi madre abortara, se pelearon y rompieron. Después volvieron a estar juntos y se casaron, pero ya nada era igual entre ellos, nunca lo fue —añadió Huck.

—Por eso creo que quién sea que está haciendo todo esto, intentó separaros de ese modo. Creyó que actuarías como tu padre, que dejarías a Debby y que ella huiría, convirtiéndose en un blanco fácil para ella. Igual que tú. Si algo me ha quedado claro de mi visión es que esa bruja os quiere separados porque juntos sois más fuertes, porque seguramente tenéis algo que ella nunca tuvo.

—¿Me estás diciendo que la bruja es alguien del círculo de amistades de mis padres en la Universidad? —preguntó Huck, aliviado de que no fuera ninguna de las chicas que él había conocido.

—No hay otra explicación.

—¿Y cómo la descubrimos? Porque no pienso hablar con mi padre. Me disculpé y todo eso, pero aún no estoy preparado para volver a enfrentarme a él —se apresuró a afirmar Huck.

—Está tu tío, el padre de Carl. Es mucho más cercano, quizás él podría darnos más información —propuso Joshua.

—No, no podemos perder nuestra ventaja. Nadie a parte de nosotros debe saber que nos estamos acercando a esa maldita bruja —comentó Eleanor.

—¿Lo estamos haciendo? —preguntó Benjamín intrigado.

—Por supuesto —afirmó Náyade—. La respuesta estaba clara en el interior de Eleanor. Esa bruja perteneció al grupo de nuestros padres en la Universidad. Una de ellos es quien nos está persiguiendo. Si lo averiguamos, quizás encontraremos la forma de derrotarla.

Se hizo un silencio, que Amanda rompió diciendo:

—¿Alguien se ha parado a pensar que nuestros padres, los que pertenecieron a aquel grupo, exceptuando a Lucius y William, están todos muertos? Llamadme paranoica, pero veo una fuerte conexión.

Huck, Joshua, Náyade y Eleanor la miraron fijamente, entendiendo lo que quería decirles. Náyade inquirió:

—Quieres decir que mis padres… el accidente… ¿Lo pudo provocar esa bruja?

Con la piel erizada, Amanda añadió:

—No lo sé, igual que no sé si fue ella la que mató a mis padres también. Pero hay algo extraño en todo esto, son demasiadas muertes. Leny, deberíamos mirar en ese diario. Quiero saber más de ese grupo, que pasó realmente. Puede que así sepamos cómo vencer a esa maldita bruja.

Eleanor asintió lentamente mientras decía:

—Estoy de acuerdo, pero no quiero hacerlo sola. Lo leeremos juntos. ¿Huck, qué opinas?

Él la miró y con la voz rota confesó:

—Todos los de aquí os habéis preguntado siempre porque mi padre y yo nos odiamos. Ese diario tiene las respuestas, ¿verdad, Eleanor?

Ella asintió y Huck confesó:

—Creí que podía dejar el pasado atrás, pero sí para salvar a Debby y mantener a esa bruja alejada de nuestra Hermandad debo removerlo, estoy dispuesto.

—Todos tenemos que estar dispuestos. Mi madre era muy… gráfica… y habló de todos sus amigos… Joshua, Náyade, Amanda… ¿Estáis seguros de querer saberlo, de que todos lo sepamos?

Los tres asintieron y Benjamin preguntó:

—¿Queréis hacerlo solos? Al fin y al cabo, nuestros padres no salen en él.

—No —se apresuró a decir Huck—. Somos una familia, luchamos juntos y, si es necesario, removeremos el pasado juntos; como hemos hecho todo lo demás.

—Unidos podemos vencer —añadió Amanda—. Es lo que mi padre solía decirme, y empiezo a entender por qué.

—Hay algo más —comentó Joshua—. Si estáis de acuerdo, me gustaría que Carl y Andrew estuvieran presentes. Al fin y al cabo, el padre de Carl también sale en el diario y no me extrañaría que los padres de Andrew también, al menos su padre, era un cambiante.

—Y también murió, en un maldito accidente, así que yo también necesito saber que pasó —confesó Andrew, con semblante preocupado que ninguno de ellos le había visto anteriormente.

—Por mí está bien. Me he cansado de las peleas entre Hermandades. Nos merecemos paz, al menos entre nosotros —declaró Benjamin.

Todos se miraron los unos a los otros y, mientras se tomaban espontáneamente las manos en un Círculo perfecto de energía, Eleanor propuso:

—Hoy descansaremos, nos cuidaremos, nos daremos energía. Pero mañana, leemos ese diario. Y más le vale a esa maldita bruja estar preparada, porque encontraremos la manera de alejarla para siempre de nuestras vidas.

Huck le sonrió, sabiendo que siempre sería su aliada. Apretó con fuerza su mano e hizo lo mismo con la de Debby; que repitió el proceso al igual que el resto de sus amigos.

Quedaban muchas respuestas, que quizás aquel diario ayudaría a resolver, pero, de momento, lo que todos necesitaban era aquel círculo de magia, amor y amistad que les hacía realmente poderosos.

39. Sueños de descanso antes de la batalla

Era de noche y, tumbados en la cama, Jimmy acariciaba suavemente la cintura de su novia mientras le preguntaba:

—¿En qué estás pensando?

—En Náyade. Es increíble. Parece tan joven y tan vulnerable, y sin embargo tiene más poder como sanadora del que yo tendré nunca —reconoció Lucy.

—No digas eso… —protestó él.

—Es la verdad, y está bien. Cariño, me conoces desde niña. Siempre me he esforzado por ser la mejor, por eso estudiaba tanto, para tener las notas más brillantes. Pero el único motivo que me llevaba a ello era que mis padres estuvieran orgullosos de mí, buscaba su aprobación y como nunca me la daban, seguía intentándolo una y otra vez. Pero jamás lo conseguía y eso me hacía profundamente infeliz.

Él la miró con tristeza, recordando las lágrimas que tantas veces le habían conmovido en el internado. La tomó de la mano y ella continuó diciendo.

—Ahora que vivo en esta Hermandad contigo, con Debby y con tanta gente a la que quiero y que me quiere, me he dado cuenta de que eso ya no me importa. Joshua dice que todos tenemos una misión en la vida, pero no es la de satisfacer las expectativas de otros. Nunca pude ser lo que mis padres querían y de algún modo y aunque me duela, sé que nunca estarán orgullosos de mí. Pero lo importante para mí ahora es que yo si lo estoy de mí misma, de lo que soy cuando estoy contigo, de la bruja sanadora en la que me estoy convirtiendo, de los amigos que he hecho en la Hermandad.

—Yo también estoy orgulloso de ti —declaró Jimmy acariciándole la mejilla.

Ella le respondió con la misma caricia mientras decía:

—Y yo estoy orgullosa de ti, de mi novio brujo que me dio la vida que yo quería vivir, no la que mis padres anhelaban. Aquí ya no necesito ser la mejor, porque lo bueno de la magia es que no se acaba porque alguien tenga mucho poder, sino que se multiplica cuando nos ayudamos. Por eso los conjuros conjuntos son tan poderosos, porque nuestra unión nos hace más fuerte. Náyade tiene un poder increíble y sé que tengo una oportunidad única de ayudarla en lo que sea que venga ahora. Y eso me hace feliz, no necesito ser mejor que ella, me basta con saber qué hemos podido eliminar la maldición de Debby y que aún podemos hacer mucho bien, incluido ayudaros a derrotar a esa bruja.

Jimmy le sonrió y corroboró:

—Eleanor tiene razón. La bruja está sola y nosotros no. La venceremos. Cueste lo que cueste.

—Además, tenemos un aliado muy potente. El amor… —musitó Lucy—. Y, por cierto, Andrew y Náyade me recuerdan mucho a nosotros.

Jimmy sonrió y acariciando su mejilla confirmó:

—Es cierto, aunque tú y yo nos hemos amado desde siempre.

—Algo me dice que ellos también, solo que no lo sabían —replicó Lucy.

—Mi bruja sanadora es cada vez más romántica.

—Dicen que los seres mágicos amamos de un modo diferente, que unimos nuestras almas de un modo con el que los humanos ni siquiera pueden soñar —se explicó Lucy—. Y todas las parejas de la Hermandad parecen tan…

—Eternas. —Definió Jimmy terminando su frase.

Lucy asintió por toda respuesta y sus labios se juntaron en un apasionado beso símbolo de la promesa mutua de amor.

Mientras, delante de la puerta de la Hermandad de la Luz, Andrew y Náyade se despedían con las manos entrelazadas. Ella comentó:

—Gracias por ayudarme antes, en el conjuro. No lo hubiera podido hacer sin ti, sosteniéndome.

Andrew esbozó una sonrisa y le explicó:

—He percibido tu energía, era increíble.

Náyade torció el gesto y preguntó temerosa:

—¿Te molesta que sea tan poderosa?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—A veces me doy miedo a mí misma. Lo que soy…

Andrew la miró, perdiéndose en aquellos ojos profundos que parecían atravesarle, llegar a su alma sin necesidad de palabras. Suavemente le aclaró:

—Náyade, tu magia sanadora es como tú, extraordinariamente fuerte, pero a la vez pura, llena de amor y de dulzura; y de ella solo pueden salir cosas buenas. Y no tengo palabras para describir el honor que representa que me dejes formar parte de ella.

Ella suspiró aliviada y le dijo:

—Después de hoy, Joshua también cree que podemos hacer magia juntos. Me hace muy feliz que tú y Carl podáis leer mañana ese diario con nosotros.

—A mí también. Pero puede llegar a ser duro, Náyade, lo que leamos sobre nuestros padres, lo que averigüemos de sus muertes —le recordó Andrew tristemente mientras la abrazaba.

—Lo afrontaremos juntos. Todos necesitamos saber que les pasó realmente a nuestros padres. Y, además, no podemos dejar que esa bruja ataque de nuevo a Debby.

—Ahora te tiene a ti para protegerla también. Tres brujos sanadores deberían marcar la diferencia.

Náyade sonrió reconfortada y, mientras le abrazaba, musitó:

—Se hace más difícil cada día… Separarse por la noche, quiero decir. Daría lo que fuera por seguir hablando contigo hasta quedarme dormida.

—Y yo daría lo que fuera por amanecer contigo —confesó Andrew.

Ella le miró a los ojos y se atrevió a decir:

—¿Quieres que hable con Joshua? Sobre quedarte aquí y todo eso…

—No. Tu hermano necesita tiempo, y nos ha dado mucho más espacio de lo pensaba.

—Podría escaparme contigo a tu Hermandad —propuso Náyade medio en serio medio en broma.

Andrew la abrazó por toda respuesta y le aseguró:

—Me encantaría, pero no haré nada a escondidas. Además, le prometí a Joshua que nos daría tiempo y voy a cumplirlo.

—Tienes razón —concedió Náyade—. ¿Volverás por la mañana?

—Siempre.

Mientras lo decía, se inclinó hacia ella y la estrechó de nuevo fuertemente en sus brazos. Solo la voz de Carl hizo que les separara:

—Vamos, tortolitos, despediros de una vez, Andrew y yo tenemos que volver a la Hermandad.

—¿No te quedas con Joshua esta noche? —le preguntó el aludido sorprendido.

Carl esbozó una mueca irónica y explicó:

—Digamos que mi novio ha decidido que si no le deja a su hermana dormir con su novio cambiante aquí esta noche, él tampoco debe hacerlo, por algo del equilibrio o así. Supongo que Náyade le entiende, tú y yo somos demasiado simples para ello, así que me limitaré a aceptar lo que me ha dicho.

Al oírlo, ella rio mientras asentía y Andrew comentó:

—En ese caso, vamos, se hace tarde.

En silencio, besó por última vez a Náyade y, cuando ella cerró la puerta tras de sí, añadió:

—Siento haberte estropeado la noche, amigo.

—Sobre eso, me gusta dormir con Joshua, estuvimos escondiéndonos tanto tiempo de todo el mundo que me cuesta creer que todo sea tan fácil —confesó Carl—. Así que tienes un aliado a tu causa. Sí que duermas con Náyade hace que yo pueda quedarme, me aseguraré de que lo consigas.

—Te lo agradezco, pero yo mismo hablaré con él, cuando crea que es el momento adecuado para Náyade —repuso Andrew.

—Realmente estás enamorado de ella…

—Como nunca pensé que podría ser posible —confirmó Andrew.

—Entonces, todo saldrá bien.

—El Carl que una vez conocí no era tan romántico ni poético —comentó Andrew, burlón.

—El Carl que una vez conociste no tenía por novio a un brujo sanador.

Andrew sonrió y se dejó llevar pensando en Náyade y en lo que le hacía sentir:

—Sí, es impresionante la forma con la que interaccionan con el mundo. Ellos ven cosas que nadie más parece detectar. Y, físicamente, la energía que desprenden es increíble… Con una sola caricia es como si el aura de Náyade se adentrara en la mía, fusionándonos.

Mientras lo decía, Andrew se sonrojó y añadió:

—Y no puedo creer que le haya dicho esto al novio de su hermano.

—Se lo has dicho a tu mejor amigo. Y, ya te lo he dicho, siempre te ayudaré con Joshua. Hacéis una pareja genial. Además, así seríamos de la familia; ya que siempre fuimos como hermanos parece lo lógico.

—Según medio campus soy «tu otro novio».

—Eso es verdad, aunque ahora que estás con Náyade dejarán de pensarlo.

—En realidad, ella está encantada con ello. Dice que así se ahorra que me persigan las chicas. Cree que soy guapo y encantador y eso me hace irresistible —bromeó Andrew.

—Desde mi punto de vista sí que eres «guapo y encantador». Y yo tengo mucho criterio.

Su amigo sonrió por toda respuesta y continuaron el camino hacia la Hermandad en silencio, cada uno pensando en la persona a quien amaba.

La Hermandad de la Luz se había ido sumiendo en la penumbra, y únicamente quedaba la vela que Huck había encendido en su habitación. Mientras la veía consumirse, abrazó con fuerza a Debby mientras le preguntaba:

—¿Seguro que estás bien?

—Tres brujos sanadores dicen que sí.

—No me refería a eso…

Debby se giró, quedándose tumbada enfrente de él. Mientras le acariciaba el rostro confesó:

—Sí tengo miedo, si es lo que quieres saber. Pero, después de todo lo que ha pasado hoy, eso es lo menos importante.

Huck frunció el ceño, sin comprender y ella se explicó:

—Me prometiste que te quedarías siempre conmigo, que no volverías a alejarte de mí. Y lo has hecho, primero cuando creías que estaba embarazada y después, cuando has sabido que la bruja me estaba atacando, te has quedado con el grupo, para encontrar unidos una solución.

—Náyade la ha encontrado —repuso Huck, nervioso.

—Pero tú me has dado fuerzas para que me arriesgara. Quedándote conmigo me has salvado, me has protegido.

—Pero tengo miedo de no poder hacerlo siempre.

—Eleanor tiene razón, somos muchos y, unidos, podemos vencerla. Y, por esta noche, lo único que importa es que te quiero y seguimos juntos.

Al oírlo, Huck enterró la cabeza en sus cabellos y reconoció:

—Estos meses, pensé que nos habíamos librado de esa bruja, me descuidé, dejé de buscarla, pero no volverá a pasar.

—Amor, ni siquiera el día de hoy puede hacerme olvidar estos meses contigo, saliendo normalmente, sin jugarnos la vida a diario.

Huck la abrazó más fuertemente y después le dijo:

—Volveremos a estar así. Tiene que haber una manera de vencer a esa maldita bruja.

—La hay, estoy segura, y mañana comenzaremos a buscarla. Pero, por esta noche, lo único que sigo queriendo es que me beses.

Él clavó su mirada verde en la de ella y mientras posaba delicadamente sus labios sobre los suyos le declaró:

—Te amo.

Y la sonrisa que ella le dedicó hizo que supiera que, por una noche, quería olvidarse de todo que no fuera que Debby seguía entre sus brazos, feliz, viva, amándole.

Epílogo

La dama de la medianoche rascó con las uñas su rostro, llevada por la furia. Nuevamente, había sido vencida, nuevamente aquella bruja pelirroja estaba con el que más amaba. Su magia oscura había estado destinada no solo a que creyera que estaba embarazada, sino también a que la maldad fuera dominándola. Pero aquella sanadora, hija de los que la habían traicionado, la había ayudado, convirtiéndose en otro enemigo más a batir. Su poder era más fuerte del que jamás había visto en ningún otro sanador, suficientemente intenso como para haberla vencido en uno de los conjuros más poderosos que había hecho nunca. Y, eso era lo que más preocupaba.

El Círculo de las sombras la había intentado vencer con magia una y otra vez, sin conseguirlo. Pero ella sabía que la única que podía vencerla era aquella pequeña bruja adolescente que tenía el don de traer la luz, de eliminar la oscuridad. Y, por eso, debía morir.

Sin ella, los demás no tendrían el poder suficiente, sin ella, podría erigirse vencedora de la batalla que llevaba años librando.

Agradecimientos

A mi esposo Juan Carlos, no solo por leer el manuscrito original y participar en todo el proceso de edición; sino también por escucharme y apoyarme siempre en mi carrera de escritora.

Con mucho cariño y agradecimiento, a todos los que siempre estáis apoyándome en mi carrera de escritora:

—Los lectores de mis novelas y relatos.

—Los oyentes de mi espacio literario de radio.

—Mis seguidores en las redes sociales.

—A los blogueros, reseñadores y administradores de los grupos de Facebook que promocionan mi obra.

Con afecto, a todos aquellos que compartís conmigo mi actividad literaria, es un placer trabajar con vosotros.

Judith Priay nació en Barcelona. Está casada y es licenciada en Documentación y diplomada en Biblioteconomía y Documentación.

Lectora empedernida, empezó a escribir desde muy joven, y a día de hoy ya tiene publicadas once novelas, con las que ha alcanzado los primeros puestos de las listas de los libros más vendidos en numerosos países. En el Día del Libro de 2014 fue una de los diez autores más vendidos en formato electrónico en España.

Su actividad literaria se extiende a los relatos, que ha publicado tanto en papel como en formato digital y con los que ha ganado varios premios. También realiza un espacio literario en dos radios de ámbito local, donde comenta cada semana diferentes obras literarias y sus eventuales adaptaciones cinematográficas.